



INGRATOS OJOS MIOS

MIGUEL LUNA Y

LA HISTORIA DE

GUILLERMO BERRONES

EL PALOMO

Y EL GORRION











INGRATOS OJOS MIOS

Miguel Luna y la historia de El Palomo y el Gorrión

Guillermo Berrones

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
DE NUEVO LEÓN



Jesús Ancer Rodríguez
Rector
Rogelio Garza Rivera
Secretario General
Rogelio Villareal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura
Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Dirección
Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta
Centro, Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000

Teléfono
(5281) 8329-4111 / Fax: (5281) 8329-4095

e-mail
publicaciones@uanl.mx

Página web
www.uanl.mx/publicaciones

Segunda edición, 2013
Universidad Autónoma de Nuevo León

Primera edición, 1995
ISBN:????????????????

Impreso en Monterrey, México
Printed in Monterrey, Mexico

Se prohíbe la reproducción total o parcial de
esta obra, sea cual fuera el medio, electrónico o
mecánico, sin conocimiento por escrito del editor.

INDICE

Comentarios a la primera edición	9
Introito musical	12
Uno	21
Dos	25
Tres	37
Cuatro	43
Cinco	51
Seis	55
Siete	59
Ocho	65
Nueve	71
Diez	75
Miguel Luna	81
Homenaje a "El Gorrión"	
Locuciones	93
Éxitos y composiciones	103
Fotografías	123

Miguel Luna, "El Gorrión" (1948 - 2010) In Memoriam.

CON DEDICATORIA A:

Luis y Julián, Carlos y José, Los Invasores de Nuevo León, Los Alegres de Terán. Los Madrugadores, El Conjunto Bernal, Los Humildes, Los Bravos del Norte, Los Cardenales, Los Donneños, Los dos Rancheros, El Duetto Estrella, Los Caminantes, Los Leones del Norte, El Perico y el Jilguero, Los Cadetes de Linares, Los Cachorros, Los Tigres del Norte, Los Broncos de Reynosa, Los Coyotes del Río Bravo, Los Montañeses del Álamo, Los Tremendos Gavilanes, Los Rancheritos del Toppo Chico, Los Gorriones del Topo Chico, Castigadores de Monterrey, Los Regionales del Valle, Duetto Relámpago, Duetto Vencedor, Los Panorámicos, Favoritos de Terán, Rayitos del Sur, Los Hermanos Garza de Monterrey, Los dos Navegantes, Los dos Rebeldes, Los Norteños de Nuevo Laredo, Los Hermanos Canales, Los Terribles, Los Conquistadores, Federales de Terán, Conjunto Tamaulipas, Los Traileros, Los Serafines, Los Fronterizos de Nuevo Laredo, Las Potranquitas del Norte, Los Regiomontanos, Los Troqueros, Los Escorpiones, Los Barón de Apodaca, Los Potrillos de Nuevo León, Las Hermanas Huerta, Las Norteñitas, Las Hermanas Padilla, Los Norteños de Nuevo Laredo, Las Jilguerillas, Arnulfo el Coyote Blanco, Roberto Pulido, Pedro Yerena, Chuy Rodríguez, Chuy Ayala, Lalo Mora, Juan Salazar, Lorenzo de Monteclaro, Lorenzo Dávila, Juan Montoya, Lalo García, Poncho Villagómez, Gerardo Reyes, Cornelio Reyna, Salomón Prado, Héctor Montemayor. Y a todos los grupos, intérpretes y compositores, omitidos por falta de espacio, que han legado a esta tierra y a su gente su inspiración, su canto y su música.



INGRATOS OJOS MIOS

Comentarios a la primera edición

“Ingratos Ojos Míos” es un magnífico título para el libro de Guillermo Berro-nes y Miguel Luna; en él ambos narran la historia de El Palomo y El Gorrión. Uno lo hace escuchando, grabando, transcribiendo y editando; el otro hablando, recordando, reviviendo, explicando, disfrutando.

Guillermo dando prueba de su tino de observador y escuchador activo. Aunque su voz nunca aparece, el oído de Guillermo (antes que su escritura) está presente a lo largo de todo el texto. Escribe renunciando a su oficio de escritor. Miguel, por su parte, habla de uno de los duetos maravillosos de la historia musical de Nuevo León, pero también habla, sin pretenderlo, de muchas de las facetas culturales profundas de esta región de México: la tragedia, el vacilón, la amistad, la migración, las montañas, el amor por la radio, los bailes, el corrido y otros tantos productos histórico-culturales aún vivos.

Los dos hicieron algo delicioso y saludable: abandonar por un rato sus oficios, sus personajes. Guillermo es un escritor, un cronista urbano, un manejador de letras, un contador de historias. En esta ocasión, abandonó el lápiz y se puso a escuchar. Miguel canta y juega con el acordeón. Esta vez dejó descansar su voz de Gorrión y su imaginación musical para convertirse en el narrador auto-biográfico no sólo de su carrera artística sino de su vida, de su mundo de vida (como decimos los sociólogos). Miguel habla en espera de ver su relato convertido en escritura en los oídos de Guillermo. Guillermo escucha escribiendo el hilo narrativo dentro de la voz, los recuerdos y argumentos de Miguel. Es un libro a dos voces.

Al invertirse parcialmente los personajes (la escucha escribiente y el hablante escritor), se produjo algo inesperado para la historia de la cultura en Nuevo León: se crearon los puentes entre los textos orales y las voces escritas. De estos puentes, vínculos o vasos comunicantes, Nuevo León ha carecido siempre.

¿Por qué esta carencia? ¿Le faltan escritores a Nuevo León? ¿Le faltan tradiciones orales? Ni lo uno, ni lo otro. Nuevo León cuenta con escritores desde hace más de dos siglos y goza de minas orales de, por lo menos, cuatro siglos. ¿Qué pasa entonces?

Digamos que la escritura nuevoleonesa se distingue por su miedo a lo oral y por su vergüenza de lo local. La escritura nuevoleonesa nace de un menosprecio por el habla local. Quienes han escrito y escriben en nuestro estado –también los que pintan, hacen teatro, poesía- no escuchan, sino emiten discursos para sí mismos y los de su clase. Se lanzan creando sin mirar a su alrededor. Sienten vergüenza por lo que somos. Hay sus excepciones, ésas que confirman la regla.

Guillermo decidió escuchar y de ahí salió, no un cuento ni una novela, sino minas para muchos cuentos, novelas, poesías, canciones. Las minas profundas del dolor y la alegría de una región del mundo con más de cuatrocientos años de historia humana.

Miguel –El Gorrión- nos puede ofrecer todo esto, no sólo porque es un artista, un maestro y un mago de la narración, sino porque él sabe cuál es el secreto: *Afortunadamente nunca hemos perdido contacto con el campo. Cuando hacíamos las giras al otro lado, durábamos por allá unos seis meses y luego regresábamos a La Chona y nos metíamos tres meses sembrando la parcela. Mi hermano y yo sabemos uncir una yunta, pegar un tiro de mulas, sembrar atrás, agarrar el arado y sembrar haciendo surco. Hasta la fecha seguimos teniendo contacto con el rancho y con la gente del campo. Nos juntamos con ellos desde el más rico hasta el más humilde. No hemos olvidado nuestros orígenes. Eso no lo hace ni la misma gente de los ranchos.*

Ahí está el secreto artístico y narrativo de Miguel Luna.

No es populismo, es simplemente cuestión de saber escuchar, de amar la posición del que escucha. Nadie puede producir discursos profundos si no ha aprendido a escuchar. Perdonen la digresión, pero políticamente se impone. Si Pedro Aspe jamás ha pasado la frontera a pata por el puente de Nuevo Laredo o Matamoros, ¿cómo podíamos esperar que supiera definir adecuadamente los

procedimientos de revisión aduanal? Si los regentes de la ciudad de México jamás han subido a un camión de la Ruta 100, ¿cómo pueden tener en sus manos la política del transporte de esa inmensa ciudad? Si los responsables de la política agraria en este país nunca han visto crecer la milpa, ¿qué se puede esperar de sus decisiones? Y para evitar que alguien piense que estoy lanzando una perorata clasista en el peor estilo de los años setenta, permítanme tal digresión: la grandeza de Eugenio Garza Sada no radica en que fue un empresario sagaz y exitoso (en esto se lo lleva Carlos Slim), sino que nunca dejó de convivir con sus empleados y obreros de Cervecería Cuauhtémoc.

El respeto histórico que se ganaron varios gobernadores de Nuevo León no venía de su maña política ni sus contactos en la capital del país, sino de su capacidad de ir al cine como lo hace toda la gente haciendo cola para comprar palomitas.

Si Miguel Luna ocupa el lugar que tiene como artista y ahora como narrador, no es sólo porque tiene una voz privilegiada y una imaginación estética sobresaliente sino porque *Hasta la fecha [sigue] teniendo contacto con el rancho y con la gente del campo... desde el más rico hasta el más humilde.* De ahí, su vena artística y, de pasada, la lección política que nos enseña.

Víctor Zúñiga, viernes 4 de agosto de 1995





INGRATOS OJOS MIOS

Introito musical

A la mitad de semana
un evento sucedió:
que la cantina de Pilo's
muchas gente congregó.
Un escritor de Victoria
a Guadalupe llegó
traía en su mente una rola
del Palomo y El Gorrión:
"Mi Rancherita Bonita"
dice que lo motivó
para escribir unas notas
y en libro lo convirtió.
Vuela, vuela, palomita
y dale mucho esplendor,
"Ingratos Ojos" se llama
y Guillermo el escritor.

La cita es en el Pilo's Bar, Jiménez y Zuazua en Ciudad Guadalupe. Guillermo Berrones presenta "Ingratos Ojos Míos", la historia de El Palomo y El Gorrión. La temperatura del medio ambiente no debe andar muy lejos de los 40 grados centígrados. Hace mucho tiempo que no visito el antro, una auténtica cantina de pueblo. El rumbo lo traigo extraviado. Emilio me acompaña.

Pedimos ayuda. Un par de ciudadanos nos orientan. Damos una vuelta anticipada. Un rodeo al Palacio Municipal y la plaza. La urgencia por llegar nos hace acelerar el carro. Un agente de tránsito sale de un rincón y nos hace la señal de alto. Mala pata. Nos pide licencia y tarjeta de circulación. Amenaza con retener el primer documento. Le explicamos que vamos a la presentación del libro de El Palomo y El Gorrión en el Pilo's, palabras mágicas, nos deja ir y además nos ubica.

Ahí está a tiro de vista. En la banqueta Armando Hugo Ortiz y el propio Guillermo Berrones saludan a los convocados. Entramos. Otro mundo. ¡Lotería!, Pancho, fiel escudero de Celso Garza Guajardo nos da dos vales de cerveza. Se agradecen. La multitud y la apretura le dan un tono carnavalesco al lugar. Caras conocidas: Celso y un muy su hermano que parece clón, Víctor Zúñiga sin barba y con 10 años menos. Romualdo Gallegos sostiene una columna del lugar, el violento literato Zacarías se recarga tranquilo a un lado de la cabina telefónica. Arnulfo Vigila estrena patillas.

El tradicional presidium es substituido por la barra de la cantina. La audiencia se encuentra acomodada en las mesas del antro y es flanqueada por carteles y fotos de los cadetes de Linares. Los Donneños, Los Relámpagos del Norte (Cornelio Reyna y Ramón Ayala jovencísimos), Luis y Julián, Carlos y José, Los Invasores. Por otro lado antiquísimos carteles de una pareja de gordos desnudos a nadie dstantean. Sembradas, entre la audiencia, se encuentran varias damas del quehacer cultural rompiendo con la tradición del exclusivísimo clientelar.

El ritual se inicia en medio de la bulla. Del otro lado de la barra offician cinco sacerdotes. Cuatro de ellos podrían pasar por cantineros: Celso por lo robusto, Víctor por la camiseta, Guillermo por el bigote y Armando Hugo por la pinta. Carlos Gómez le tira más al yupie. Y sí, los asistentes bien, pero muy bien que podemos pasar por parroquianos consuetudinarios: bebemos y gritamos.

Empieza a escurrir el jugo y el juego de las palabras: Homenajeadoras unas y agudas otras. Anecdóticas las de allá y cortas las de acullá. Sin embargo todas reveladores del cariño que han sabido suscitar El Palomo y El Gorrión.

Párrafos finales con salida musical

Al fondo de la cantina
el grupo se preparaba:
Cirilo en la batería
y Miguel al frente estaba.
Sin los discursos al fin
se agarraron de carrera
una tras otra cantaban
que parecía una loquera:
unos coreaban las letras
otros tomaban cerveza
unos sentados en sillas
y otros más sobre las mesas.
Y así siguió aquel evento
lleno de pura emoción
Cuando Guillermo, Gorrión y
Palomo nos dieron su corazón.

Alfredo Zapata Guevara (El Norte -Ensayo-, 6 de agosto de 1995)





Mi abuelita la hacía de la mujer en la casa porque mi mamá nos abandonó cuando yo tenía tres o cuatro meses. Se fue para un rancho hasta donde se hacen como dos horas a caballo desde el rancho El Sauz, donde vivíamos. Allá duró como un mes, el tiempo exacto no lo sé. Papá empezó a preocuparse por mí, ya que estaba muy chiquito, y armó unos ocho hombres con

carabinotas viejas, entre señores y muchachos, a caballo. Llegaron a San Francisco de Berlanga, municipio de Galeana y hablaron con el dueño de la casa donde estaba mi mamá. No quería recogerla. No iba por ella, nada más quería que yo me viniera con él. Estuvieron discutiendo y tuvieron un acuerdo. Mamá me entregó.

Papá siempre tuvo amigos donde quiera. Entonces, una señora del mismo rancho a donde llegó, le preparó unas mamilas y me envolvieron en unas cobijas. Papá regresó con toda su gente. En el camino vinieron galopando porque estaba canijo. Tenían miedo que los siguieran. Había rencores entre la gente de las rancherías y ellos lo que querían era llegar. Y me les caí del caballo. La gente que fue con papá lo platica ahora. El se regresó y me levantó. Ya después mi abuelita fue la que me atendió en la casa. Ella, mi hermano Lupe, el mayor, papá y un primo hermano al que de chiquillo lo inyectaron mal y quedó tullido, se llama Juan Reséndiz, eran mi familia.

Al tiempo mamá regresó arrepentida. Volvieron a juntarse. Entonces tuvieron a Palomo, o sea, mi hermano Cirilo. Nuevamente se separó. Y después hizo lo mismo, se fue a vivir con un señor llamado Julio Dimas. Se separó. Se fue con unos familiares de ella. O sea que ella no quería vivir con papá. Como a los ocho meses regresó y vivió con mi papá, pero viviría como unos cuatro o cinco meses más. Y fue cuando ya dejó a Palomo güerquillo. Entonces se vino a Monterrey con ese señor, Julio Dimas, con el que vivió hasta que él falleció.

Pero igual que conmigo, cuando se fue se llevó a Palomo y estuvo viviendo exactamente enfrente de la casa donde nosotros vivíamos. Eran dos ejidos divididos por dos arroyos. El ejido donde estaba mamá era el de Las Ánimas. El Sauz, pertenece a La Chona, municipio de Aramberri. Estaban como a unas dos cuadras de distancia. Papá fue y le pidió a Palomo y se lo trajo con nosotros. Mucho después quiso juntarse de nuevo pero papá ya no la quiso recibir ni saber nada de ella.

Con el tiempo mamá se vino a Monterrey con ese hombre. Yo estaba grandecillo cuando ella regresó al rancho con una media hermana mía que se llama Áurea y le dicen Yeya. Papá nos mandaba a saludarla: “Órale vayan a ver a su mamá”. Nos hacía ir a verla a fuerzas y nosotros mirábamos que andaba la hermanilla muy bien vestida y arregladita cuando iban de visita al rancho. Me acuerdo que me decía mamá al verme todo desarregladillo: “Ay m’ijo, pues si quieres vente conmigo, allá hay trabajo para niños así como tú. Donde jala Julio los niños van y juntan clavos o cosas que se caen de las fábricas y les dan su dinero por recogerlas”. Qué íbamos a ir si estábamos encariñadísimos con papá y a ella casi ni la conocíamos. Ella siempre fue muy trabajadora, pero los hijos que tuvo le salieron mariguanos, matones. Y hasta perdió su casa para poder sacarlos de la cárcel. Como que toda su vida le tocó pura joda, puro sufrir. Falleció porque la atropelló un carro y nunca tuvo reposo, se levantaba de la cama y los hijos la volvían a tumbar con tantas mortificaciones.

Mis papás se separaron, según dice la gente, porque mi abuelita era muy dura con ella y la trataba a puras maldiciones. Papá también estricto. Entonces ella prefirió irse de la casa. Pero hay gente que asegura que mi mamá cuando tenía unos dieciocho años, montaba a caballo, sembraba con yunta, hacía todos los quehaceres del campo. Era un hombre para trabajar. Dicen que era buena para amansar animales: mulas, machos, burros y caballos. Buena para sembrar, para montar, para todo. Dicen que con ella había que chingarse. Entonces, casi seguro que papá y la abuela le cargaban la mano, hasta que se fue con el primero que le echó el invite.

Nos quedamos solos Lupe, Palomo, papá, mi primo Juan, la abuela y yo. A mi abuelita le gustaban mucho los animales. Su vicio era engordar marranos

para luego venderlos en La Ascensión. A eso se dedicó después de que vendía vinos en los ejidos. Mientras papá y mi abuelita sembraban, Juan, que es mayor que nosotros unos seis años, nos cuidaba. Ya que crecimos un poco más, papá nos llevaba con él. Nos amarraba en los burros o en el caballo para que no nos cayéramos.

Al separarse de mamá y quedar soltero de nuevo, sus amigos le buscaban mujeres. Tenía muy mala suerte y ellos le decían: “Oye, en Sandia hay una viuda, a ver si vas a verla”. Iba y si no le caía bien, simplemente no había nada. Que en Margaritas hay otra y en tal parte otra, le insistían. Entonces un pelado muy juguetón, chistoso, le decía: “oye Chuy, tráete unas llantas de camión de allá de La Chona, para decirles que tienes camiones y a ver si así se animan”. Y en el rancho donde vivíamos, estuvieron por mucho tiempo un montón de llantas viejas. Como quiera nunca se le hizo gancharse con otra mujer hasta que nos fuimos a la ciudad de México.





M

i abuelita anduvo en la revolución. Se llamó Martina Rojas. Ella les lavaba la ropa a los soldados. Los atendía dándoles de comer. Y mi papá nació en los ferrocarriles, en plena guerra, porque mi abuelita anduvo por muchas partes: de Torreón a Chihuahua, Matamoros, a muchas partes. A donde hubiera tren, mi abuelita se iba. Pero llegó el momento en que mi papá tuvo que

entrar a la escuela. Esa señora se dio el lujo de poner a mi papá en uno de los mejores colegios de Saltillo, en donde estudió inglés y esgrima entre otras cosas. Por eso nosotros desde niños aprendimos en el rancho a usar los tenedores, gracias a mi papá, que tenía ciertos modales de gente fina inculcados durante su estudio. Papá tiene carta de estudios de primaria de un colegio importante de Saltillo.

Pero cuando la abuela se dio cuenta, por una gente de La Chona, que Alfonso Luna, también revolucionario y padre de su hijo, estaba riquísimo, pues le platicó a mi papá; él intentó convencer a la abuela de ir a conocer a su padre. La abuela no quería porque sabía que su hijo podía perder los estudios y ella quería que estudiara. Fue hasta que se tomó un tiempo libre cuando lo llevó y lo dejó con mi abuelito Alfonso Luna. Ella se regresó para seguir en la guerra.

Mi abuelo también participó en la revolución. Pertenecía a los rebeldes. Cuando se cansó de pelear regresó a La Chona. Ahí vivía también el abuelo de Paco Gómez, que fue militar del gobierno: Teniente Coronel Valente Gómez. En el pueblo se dio la coincidencia de vivir dos grandes amigos, pero al mismo tiempo enemigos. Lo que es la vida. Mi abuelo era guerrillero y sucedió el caso que juntaba a su gente, cien o doscientos hombres y se iba a pelear a la revolución; y don Valente Gómez agarraba la suya y se iban a pelear cada quien por su lado. Fueron enemigos de combate pero como personas eran grandes amigos. Mi abuelo se volvió miembro de la hermandad. Por mucho tiempo conservé

un alfardón que él usó, una silla del ejército que le pedí y aceptó regalármela. Lo alcancé a conocer bien. Ya muy viejo se la pasaba cantando los cantos de su religión, enfundado en unas bototas militares que le gustaba usar.

Cuando papá regresa con el abuelo, éste ya tenía otros hijos como de su misma edad. A papá lo maltrataban mucho sus medios hermanos, seguramente por el celo natural que se despierta. Entonces se va de la casa para irse a vivir con la tía Paula, hermana de mi abuelito. La tía Paula es abuelita de Carmela, la esposa de Palomo. Y es mamá de Beto La Chaparra. Ella era curandera y también anduvo en la revolución. En La Ascensión llegó a tener mucha fama. No porque curara con cosas de brujería, sino con medicinas, con chochitos y hierbas. Ella puso un billar en el pueblo en donde mi papá le ayudaba. Ahí trabajó por un buen tiempo. Estando en la escuela de Saltillo, papá se ganó un apodo, porque como estudiaban inglés y él es muy bajito, cortito de estatura, sus compañeros le decían El Short, pero en La Chona no pronunciaban bien la palabra y le decían El Chores o Chore. Así es como hasta la fecha lo conocen y no como Jesús Luna Rojas.

Cuando papá se va a vivir con su tía Paula le ayuda a sembrar y se independiza totalmente de mi abuelito Alfonso. Dicen que a su muerte le heredó una yunta y un caballo pero los medios hermanos nunca se lo entregaron por las mismas envidias. Papá nunca les pidió nada. Ahí, trabajando con doña Paula, conoció a mi mamá. Se casaron y en lugar de quedarse a vivir en La Chona, se van a vivir al rancho El Sauz, un ranchito de ocho casas donde ya había otros Luna que no son nada de nosotros.

Allí fue juez y tuvo una tienda. Su vida de juventud la pasó principalmente en La Ascensión. Dicen que era una persona muy popular, que algunas gentes le hacían bromas, a veces pesadas. Hacían que montara el caballo al revés o le pedían que se pusiera a contarles historias. Comparativamente con las gentes del pueblo, papá sabía muchas cosas. Él sufrió mucho porque no era aceptado por sus familiares y porque en un principio desconocía la vida del campo. Era considerado un hijo bastardo aunque mi abuela haya sido la primera mujer de mi abuelo. Sus medios hermanos tenían muy buenas pistolas y mucho ganado pero despreciaban a mi padre. Después de muchos años de andar en la revolu-

ción, mi abuela fue a buscar a papá para llevárselo, pero no lo pudo sacar de La Chona. Entonces ella decide quedarse a vivir con él.

Cuando la abuela regresó a La Chona encontró casado a papá. Era una mujer muy dura incluso con Palomo y conmigo. Al que le tocó vivir la peor parte fue a Lupe, mi hermano, porque se parecía mucho a mi mamá. Como que le tenía coraje. Lo mandaban hasta en la noche al monte para buscar los animales perdidos. Mi abuelita también cocinaba muy rico, aunque era muy mal hablada. Nos trataba a puras maldiciones. Tenía, de alguna manera, muy consentido a papá. Todas esas cosas influyeron para que mamá se fuera de la casa porque la abuela era muy enérgica y además intervenía mucho en la vida de ellos.

Desde chiquillo salía a vender vino con mi abuelita. A veces iba Lupe. Él es mayor que yo por dos años y yo soy mayor que Palomo dos años. Mi abuelita era muy conocida en todos los ejidos y salíamos a vender vino porque algunas gentes le recomendaban a donde ir: “Oye Martina, hay muy buena cosecha en Los Ángeles, en San Francisco y en Texas, habías de ir a darte una vuelta”. Entonces agarraba dos garrafones enormes, como cántaros grandes, les llamaba ollas de barro y las tapaba con unas tapas que hacían de madera y se iba a vender vino. Ese era el negocio suyo. Llevaba vino y de allá para acá regresaba con marranos, gallinas, guajolotes; pero lo que sí era seguro era el maíz. Y eso a mí me caía bien gordo porque nos íbamos en el burro muy tempranito y hasta que alcanzaba a llegar a una casa ajena escuchaba las palabras mágicas: “Pásele Martina, háganle de comer” si llegábamos a mediodía, en la noche a cenar o a almorzar en la madrugada. Porque era muy conocida donde quiera y eso significaba quedarnos por dos, tres, cuatro días mientras se acababa el vino. Y se armaban unas borracheras tremendas. Era muy bonito y chistoso eso. Pero ya no es como entonces. Antes era puro camino en carretera, en guayín o a caballo. Llegaba el vino de mi abuela y me acuerdo que era así como la película esa de *Viento Negro* donde llegaban las mujeres y hacían un desmadre con los pelados. Así llegaba doña Martina con el vino y se armaban esas borracheras en todo el ranchillo chingado. Luego al tercer día otro ejido y otra peda. Así hasta que acababa el vino mi abuelita y ya nos regresábamos.



Cuando nos fuimos a México, mi abuela se refugia con mi tía Santiago, media hermana de mi papá y madre del primo Juan Reséndiz, que nació tullido y que se crió con nosotros. Esta tía tuvo a Juan producto de una relación que sostuvo con uno de los hombres más ricos que ha habido en La Chona: Elías Reséndiz. Siendo niño le aplicaron mal una inyección y le lastimaron los nervios quedando tullido. Ya después de treinta años de estar así, lo traje a Monterrey para que lo curaran y lograron enderezarlo, pudo caminar y se regresó a La Chona.

Juan tenía un medio hermano: Reyes Puente, que trabajó mucho tiempo en el Hospital Civil de Monterrey, a donde lo llevé a curar, pero nunca se le prendió el foco para traerse a curar a su propio hermano. Juan caminaba arrastrando sus nalguitas en la tierra. Y cuando lo curaron pudo caminar con muletas, quizá hasta pudo caminar normal, pero no hizo los ejercicios de rehabilitación que le recomendaron porque le daba vergüenza. Ahora anda con muletas y como dice el dicho: ahora va a morir derecho. Mucho tiempo después, mi abuela murió de vieja, en la casa de mi tía Santiago.







TRES

En El Sauz había unas ocho casitas y mi papá logró, por sus pantalones, que en la escuela federal de ahí siempre hubiera maestro. Venía a Monterrey y se peleaba para que enviaran maestros al rancho. Todos los ejidatarios hacían “fatigas” cuando llegaba un director o inspector de escuelas. Limpiaban la vereda para que pudiera entrar el *Jeep* donde llegaba el maestro. Le mataban una vaca y lo atendían como rey. Comía y se regresaba a Monterrey bien contento. Lo que es la ignorancia de la gente.

A papá le gustaba buscarle a la vida. Le decían: “Oye Chuy, allá en Las Margaritas hay mucho maíz”. Ensilaba sus burros, cargaba a sus muchachillos y vámonos. Caminábamos por la orilla de la carretera. Nosotros veíamos pasar los *trailer’s* y papá nos explicaba: “Esos son camiones que traen tantas ruedas, de tantos ejes”. Porque eso ya lo sabía él. Papá siempre trató de enseñarnos. Que hay un tren que corre sobre fierros... Nos hablaba de aviones y carros. Yo le preguntaba:

- Oiga papá: ¿quién corre más de un avión y una moto?
- No, una moto corre igual que un avión, es muy rápida.

Llegábamos al rancho y como donde quiera lo conocían, lo invitaban a pasar. Había que levantarse temprano para ir a piscar. A veces perdíamos los huarches o no los encontrábamos. Entonces papá nos pedía que nos quedáramos mientras él se iba a la pisca. ¡Qué nos íbamos a quedar! Nos íbamos descalzos detrás de él. Hacía mucho frío y me acuerdo que donde pisábamos se oía el tronadero del hielo. Cómo calan los huesos con el frío. Y ahí vamos llore y llore con un chingo de frío, entumidos mientras papá cortaba el maíz.

En las tardes los señores del rancho nos invitaban a cazar conejos. Y los domingos papá agarraba un cajón de bolear y boleaba los zapatos de la gente que

tenía. En un mes juntaba lo poquito que le pagaban, lo que boleaba y sus dos o tres costales de maíz desgranado. Nos regresábamos felices al Sauz.

A veces pienso que uno vive de milagro. Un día me enfermé de algo muy raro. Papá se fue a trabajar uno días con don Gustavo Ramírez a La Chona. Me levantaba temprano para acompañarlo. La esposa de ese señor me invitaba a desayunar. Me acuerdo que apenas tomaba un trago de café o de lo que fuera y luego luego lo vomitaba. Así estuve hasta que me aliviané. Ese señor era muy duro con sus hijos. Tenía muchas reses y si uno de sus hijos montaba un caballo y el animal lo tumbaba, hacía que volviera a montarlo hasta que lo domara.

Desde que tengo uso de razón, como desde la edad de cuatro años más o menos, recuerdo la tiendita de mi papá. Siempre se rodeaba de gente pobre a la que le fiaba el mandado y ellos le ayudaban en lo que se le ofreciera. Hubo un señor que es muy importante en la historia de El Palomo y el Gorrión, se llama Felipe Rico y es de los hombres que más dinero han hecho en el sur de Nuevo León. El tenía la tienda más grande de La Chona. Le surtía a todas las tiendas pequeñas de los ejidos y las rancherías. Los Alvarado eran otra familia de los meros, meros, de cuando La Ascensión era un pueblo muy pequeño. Mi papá alcanzó a trabajar para ellos como talachero.

Cuando solamente había carretera de terracería de La Ascensión a Linares, los Alvarado eran los únicos que tenían camioncitos de aquellos que encendían con *crank*. Los Alvarado finalmente desaparecieron. Otra familia famosa de La Chona fueron los Reséndiz. Pero Felipe Rico fue el que siempre sostuvo su negocio. Su tienda se parecía a la que sale en las películas del viejo oeste. Tenía amarradero para los caballos. Era común ver afuera de su tienda el amarradero de burros y caballos pero en cantidades grandes, porque cada cliente que llegaba desde su rancho llevaba de tres a seis burros para la carga y aparte su caballo. Compraban su mandado y nunca se me ha olvidado cómo se veían los animales con la carga. A cada lado llevaban cajas de refrescos, encima bultos de frijol, de harina y todo lo que necesitaban cargar. Luego más encima tendían una reata y la amarraban de las cabrillas, una especie de montura para los burros hecha con unos palos cruzados, para que el animal no tirara el mandado. Llevaban redes

cargadas de piloncillo. Ese servía para cuando se preparaba el café: se ponía el agua a hervir y se le agregaba su pedazo de piloncillo para endulzarlo.

Igual que los demás ejidatarios, nosotros también cargábamos todo eso, nunca faltaban las bolsas de galletas de animalitos o de “perro” como le decíamos nosotros. Papá le ponía gruperá al burro para que cuando pasáramos por las cuestas del camino la carga no se ladeara y se nos tirara. La gruperá es como un cincho de cuero que va a un lado de la montura y pasa por abajo de la cola del burro. Ya mencioné que a papá le decían el Chore. Cuando lo veían llegar le preguntaban: “¿Qué pasó Chore, qué dicen Los Pájaros?”; o si no: “¡Ahí vienen Los Pájaros!” Desde niños nos conocen de esa manera en La Chona. Dice papá que a mí me puso Gorrión porque me parecía a esos pajaritos que cuando nacen tienen muy pocas plumas y como yo estaba casi pelón al nacer me bautizó así. A Palomo porque cuando nació era gordito, lleno de carnes y como los palomos son pechugones, por eso le puso así. Hasta la fecha, cuando la gente sabe que andamos allí, mencionan: “Aquí andan Los Pájaros”, por no decir El Palomo y el Gorrión. Por eso siempre he pensado en ese nombre para ponérselo en un futuro a algún negocio, me recuerda mi infancia, la gente del pueblo y la tierra de donde somos.

Mi mamá fue una de esas voces líricas muy bonitas. Tocaba la guitarra y cantaba. Papá también tocaba la guitarra pero por sin ningún rumbo. Ya casados se juntaron con un señor llamado Ramoncito Pérez que tocaba guitarra, violín y *banjo*. Por cierto que cuando nosotros ya grabábamos me gustaba contratar a ese señor para que nos cantara corridos en La Fábrica, la finca de La Chona, que le compré a Paco Gómez. Le compraba sus cervecitas y nos amenizaba el rato.

Cuando estaban jóvenes papá, Ramoncito y mamá formaron un grupo y se juntaban para amenizar una que otra fiesta. Se iban a tocar y luego regresaban bien surtidos de chivos, marranos y frijol, que era con lo que les pagaban. Un día fueron a tocarle a la dueña del rancho El Tigre. Este rancho le pertenece ahora al dueño de los Transportes Tamaulipas. Tocaban hasta cuatro días seguidos y en las noches se alumbraban con antorchas de sebo. Papá con la guitarra, mamá con otra guitarra y cantando, Ramoncito con el *banjo* o el violín. Así se la pasaban tocando en los ranchos. Cuentan que mamá cantaba muy bonito.

Todos en la familia de mamá eran buenísimos para eso de la cantada. Es una familia que vino de Tamaulipas, un lugar llamado Villa Mainero, que está más hacia adentro de Linares, pero en el estado de Tamaulipas. Me imagino que ellos llegaron a vivir a Puerto Bajo, un ejido cercano a La Chona, buscando trabajo. Y se quedaron a vivir ahí.

La verdad es que papá canta muy desafinado, pero eso sí, es de mucho gusto y muy terco. De ellos heredamos el gusto y las voces para cantar. Lo de cantante lo traemos por mi mamá, por lo Franco y lo de la carrera... pues la iniciamos en las escuelas de los ejidos; luego vino lo de México donde para poder comer tuvimos que entrarle a la cantada los tres hermanos: Lupe, Palomo y yo. Después se separó Lupe. Pero gracias a la terquedad de mi papá logramos la integración del grupo: El Palomo y el Gorrión.

Nunca oí cantar a mi mamá. Lo que sé de ella es por pláticas de la gente. A mi abuela sí la escuché cantar muchas veces cuando la acompañábamos a vender sus vinos en los ejidos de la región. Algunas de las canciones que me acuerdo que cantaba eran: *Pajarillo barranqueño* y *El pájaro platanero*. Me acuerdo que íbamos nosotros siguiendo a los burros cargados con las garrafas de vino por los caminos y mi abuelita más atrás cante y cante.







CUATRO

A

La Ascención íbamos a comprar el mandado para surtir la tiendita. En la madrugada nos amarraba a los burros y ahí vamos. Llegábamos a La Chona como a las diez de la mañana. Compraba su mandado y nos regresábamos a las cuatro o cinco de la tarde para llegar al rancho como a las diez de la noche. A veces agarraba la tomada y empezaba a querer pelear en la cantina. Nosotros íbamos a hablar con el tío Alfredo:

- Oiga, vaya y sáquelo, tío, porque se quiere pelear

- N'ombre, no le pasa nada, déjenlo.

Ya de tanto insistirle a veces iba y lo regañaba y lo llevaban para su casa. Allí nos amarraban a los burros para regresar. Era cuando volvíamos al rancho más temprano. Había veces que de plano nadie quería ir por él y nos decían: "N'ombre déjenlo, está chiflado, no le pasa nada". A veces íbamos con un tío que se llama Gerónimo, esposo de una hermana de mi papá, y nos hacía la valona. Pero si no iba alguien a sacarlo se peleaba. Jugaban con él, lo cocoreaban y se agarraba a trancazos. Lo metían al bote. A veces había un destacamento de soldados en los ejidos que le decían La Defensa y cuando se peleaba lo metían al bote y entonces sí iban los tíos a sacarlo. Pero había ocasiones que se les escapaba, porque era muy listo: machucaba un alambre y jalaba el candado de las puertotas de madera para abrirlo y salirse.

Nos amarraba a los burros y nos íbamos a El Sauz, el rancho donde nacimos. A veces nos perdíamos y nos andaba buscando. Comenzaba a gritarnos a todos. En una ocasión si me asusté porque estábamos perdidos y no nos hallaba. Al fin nos encontró a Palomo y a mí y nos fuimos al rancho. Pero a Lupe no lo pudo hallar y pensó que el burro había enfilado para la casa. Al llegar no estaba y que se regresa todo asustado. Me acuerdo que gritaba ¡Lupe! y sus gritos retumbaban en los cerros como si le contestaran. Y de Lupe, nada. Después de buscarlo

toda la noche, lo encontró hasta el siguiente día con unas familias en San Isidro, ya cerca de La Chona.

Papá se ponía unas borracheras... Para que nosotros no nos cayéramos de los burros y para no perdernos, nos montaba amarrados. Un día, ya de regreso al rancho, pasamos por el ejido de donde era Julio Dimas. Nos acompañaba mi tío Tomás Franco. Y él se cortó para irse al ejido La Presa. Nosotros le seguimos derecho. Los amigos de Julio Dimas vieron que mi papá iba borracho y se le adelantaron. Al llegar a una cuesta le gritaron: “¡Aquí vienes, hijo de la chingada!”. Se agarraron a trancazos y a pedradas al grado que entre varios tumbaron a papá y al último le dieron una pedrada en la cabeza. Nosotros llore y llore, amarrados en los burros. Eso sucedió como a las cuatro de la tarde. Y hasta que ya estaba oscureciendo volvió en sí. Agarró el caballo y comenzó a buscar a Lupe y a todos. Herido nos llevó para el rancho. Iba quejándose todo el camino. Yo creo que se recuperó por el amor a nosotros. Casi puede decirse que se levantó de muerto.

Cuando llegamos al rancho, mi abuelita tenía un jarrón de caldo. Estaba de visita un primo nuestro, Magdaleno La Tejona. Papá se bajó del caballo todo bañado en sangre. No se reconocía. Mi abuelita se asustó mucho. Cuando alguien llega a los ranchos los que avisan son los perros. Y los pelados que lo golpearon se dieron cuenta que llegamos por la ladrería. Y por la ladrería fueron a dar otra vez con mi papá. Mi abuelita apenas le estaba diciendo: “Mira cómo vienes, hijito...” cuando llegaron y le dijeron: “¡No te moriste, hijo de tu chingada madre!”. Y que se agarran otra vez. Magdaleno con los tenamastes les tiraba a la cabeza y al pecho. Luego agarró un palo y al que iba entrando a la casa, lo sembraba de un chingazo. Sacaron cuchillas. Entonces se vinieron los Luna, que vivían en el mismo rancho, para ayudar a papá. Y se agarraron hasta que los hicieron correr. Ya por fin mi abuelita pudo curarlo. Desde entonces, de puro miedo, Dimas se vino a Monterrey y ya no regresó hasta mucho tiempo después.

Con el tiempo regresó ese señor y nosotros también habíamos regresado de México. Fuimos al rancho donde nacimos, El Sauz, a un baile y a visitar a un señor al que yo le había regalado un tocadiscos precisamente para que hiciera

bailes en el rancho. Papá también nos acompañó. Ya estábamos un poco más grandes. Vimos a mamá que andaba con el señor y que se agarran de nuevo a trancazos. Julio Dimas traía una pistola calibre 22 y donde quiso tirarle a mi papá, el señor del baile le arrebató el brazo y se disparó la pistola. La bala le entró a Dimas por la boca y se le quedó incrustada a un lado. Se le veía negro donde le quedó la bala. Mi mamá llorando por Julio y nosotros asustados, abrazados de las piernas de papá para que no se peleara. Ellos ya tenían el pleito casado. Pero Dimas no se murió ni le pasó nada. Se lo llevaron a curar a La Chona.

En El Sauz ya nada más queda una familia. Cuando se fue mamá nosotros no la extrañábamos tanto porque convivíamos con mucha gente. Papá tenía su tiendita y siempre que salíamos anduvimos acompañándolo a todas partes. A veces me iba solo por varios días a La Presa o a La Chona. Llegaba a las casas de los amigos y ahí me quedaba. Ellos me daban de comer.

Por la misma pobreza de los ejidos, la mayoría de la gente cría gallinas. Si llegábamos a encontrar un nido en el monte, nos emocionábamos un chorro porque casi siempre tenían cuatro o cinco huevos y nos los llevábamos para la casa. Nos pasábamos espiando a la gallina. Si el nido era de cóconos, mejor para nosotros. Era un robo, pero pues no teníamos conciencia de eso.

Un hermano de mamá nos mantuvo por mucho tiempo con la méndiga ilusión de regalarnos un trompo y hacernos una reata para lazar. Cada que iba a la casa decía que se le había olvidado, pero que para la siguiente vuelta la llevaría. Como quiera es muy bonito eso de tener una ilusión, aunque no te den lo que te prometan, porque siempre estás con la creencia de que te lo van a cumplir.

Palomo y yo jugábamos con unas piedras cuadradas. Con ellas imaginábamos que era un tocadiscos. Dedicábamos canciones a todo el mundo. Las bocinas las hacíamos con flores de “maravillas” a las que les amarrábamos hilos para que parecieran alambres. Nosotros lo habíamos visto en la casa de un amigo, al que su papá le compró un tocadiscos. Tal parece que ya presentíamos en lo que íbamos a trabajar. Todo eso fue cuando teníamos como cuatro años. Ahora que nos acordamos de cuando hacíamos eso con las flores nos reímos porque ya no queremos hacerlo en la realidad. Es una chinga conectar bocinas.

De chiquillos éramos medio mentirosillos. Le contábamos a la gente que teníamos cabras u otros animales. Una vez le dijeron a mi papá:

- Oye, Chore, ¿por qué no me trajiste un chivito?

- Pues de dónde.

- ¡Ah qué muchacho cabrón! pues no estaba diciendo que tienes cabras.

- N'ombre, una chiva que nos hallamos en el monte y nos la llevamos al rancho.

Esa cabra la amarramos atrás de la carreta. Era de noche. Cuando íbamos llegando al rancho oíamos que iba bale y bale, pero no le hacíamos caso. Al llegar nos dimos cuenta que se había atorado la cabeza en uno de los rayos de la rueda y se la desgració.

Empezamos a jalar cuando yo apenas estaba güerquillo. Comencé a trabajar en las labores del rancho como a los seis años. Ya más grandecito fue cuando empecé a cantar en las escuelas. Cantaba con Palomo y con mi hermano Lupe en La Chona, en Aramberri, en Dr. Arroyo. Nos llevaban las maestras. Ellas mismas nos recomendaban en otras escuelas. Me acuerdo que escuchaba unos radios de madera de los que había antes. Llevaban unas pilas grandotas que tenían adentro como tejas de carbón. La gente ponía una antena de alambre arriba de las casas para pescar la señal.

Así eran los primeros radios y me acuerdo que salía mucho una canción que decía: "crema Colgate/ crema Colgate/ crema dental..." y anuncios de jabón. Todo eso que oíamos era lo único que cantábamos. Esa crema Colgate chingada sale desde que andábamos sembrando con papá en la parcela. Luego ya nos aprendimos otras canciones más nuevas que iban saliendo. De las primeras grabaciones de Los Alegres de Terán, de Las (Hermanas) Padilla, nos aprendíamos sus canciones. Me acuerdo que papá nos compró una guitarra negra. Sin saberla tocar le hacíamos al loco Lupe, Palomo y yo.

Nos empezaron a oír en la escuela y nos hacían participar. Y entonces las maestras le decían a papá: "Nos vamos a llevar a los muchachos para Aramberri. ¿Nos los presta don Jesús?" y allá va Miguel Luna. Me compraban huaraches, guaripa y un paliacate rojo. Cantaba una canción que dice: "Yo soy mexicano/ de acá de este lado..." Eran las canciones de siempre. Así empecé a salir a un rancho y a otro. Luego ya con el tiempo nos fuimos para México.

Allá en los ejidos se corta puya con un palo muy largo que tiene en la punta una rueda de fierro para cortar el cogollo de las palmas. Se lo echa uno atrás en una guajaca, que es como un colote, pero hecho con dos palos cruzados en forma de U y otro formando un aro donde se amarran las puntas de los otros dos y se le hace una red de puro ixtle. La puya se pone a hervir y ya cocida se talla. De ahí salen los mecates, suaderos, estropajos y todos esos derivados. Es como la lechuguilla, pero la diferencia está en que la lechuguilla se talla cruda mientras que la puya tiene que cocerse.

Papá siempre fue muy duro con mi hermano Lupe. Lo mandaba, a puros cintarazos desde la edad de ocho años, a cortar puyas y traer leña. Decía mi abuelita que mi hermano Lupe, como era el más parecido a mamá porque era güero, de ojos borrados casi azules, mi papá le tenía cierto coraje, sin tener por qué. Desde muy chiquito lo mandaba a realizar quehaceres de grande. Si se negaba le ponía unas jodas con una vara. A mí me daba mucha tristeza que le pegara y se lo fregara muy seguido.

Una vez Lupe iba solo a cortar puya. Yo quería acompañarlo. Tenía siete años. Me aferré y papá no quería: "¡No va a ir usted, cabrón!". Y yo terco: "no, yo sí voy". Entonces, desde muy chicos mi papá nos compró a cada quien nuestro burro; como aquí, cuando la gente rica le compra un carro a su hijo. El mío se llamaba La garrapata, una burra flaca y lenta como la fregada. Lupe tenía uno chaparrito, le decían La chinche, estaba bien gordillo, chaparro pero muy bueno de andar. Así que yo agarré mi burro y le eché el suadero. Cargué mi guajaca en la espalda, porque se la carga uno atrás con tirantes. También me eché a la espalda la cortadora. La gente ya experimentada carga el palo o garrocha con su cortadora de fierro en un costado del burro. Y me le pegué a Lupe.

Cruzamos un arroyo, unas labores y pasando eso se me atoró el pinche palo que llevaba en la espalda y la burra se asustó. Me caí encima de unas nopaleras. Me acuerdo que sentí el chingadazo. Me llegó el olor de la tierra. Entonces Lupe me quitó algunas espinas y me regresó para la casa a puros cintarazos: "¡Le dije que no viniera, ya ve lo que le pasó!". Regresé y me acuerdo que eché a la burra por delante. Me sentía todo apendejado, como noqueado, pero iba caminando. Llegué. Papá estaba sacando una puya que había cocido el día anterior. Estaba

en un estanque donde tomábamos agua y pasando el bordo me vio llorando. Con él me fue peor. Le dije que me había tumbado la burra y que me da otra chinga: “¡Órale, váyase para la casa, cabrón!”. Y me fui llorando.

Pasarían unos cuatro o cinco meses. Fuimos a La Chona acompañando a mi papá a un mandado que tenía que comprar. Mientras hacía su encargo nos metimos a bañar a una alberca, que hasta hace poco fue una pila redonda donde juntaban agua. Por cierto que, unos años más tarde, compré la finca donde estaba esa alberca porque me acordaba que allí íbamos a bañarnos de niños. Ya después de un rato de estar bañándome sentí en el pómulo del lado izquierdo un pellejo como de mugre. Donde le jalé para quitármelo, salió una espina como de pulgada y media que traía ensartada hacia dentro por atrás del ojo. Tengo una manchita o cicatriz donde se ensartó. La traje como cuatro o seis meses clavada, desde que me caí en la nopalera. No sé cuántos meses pasarían. La espina estaba ya toda podrida. Me tallé y me di cuenta que no me dolía. Tenía el pedazo adormecido.

Llegó papá y le enseñé la espinota. Entonces dijo: “¿a ver?”. Me tapó el otro ojo, el derecho, y yo veía todo borroso, tenía desprendida la retina. Me checaron ahí en La Chona con un doctor que no sabía nada de eso y nos fuimos al rancho. Todavía dejamos pasar como unos seis meses más para buscar que me atendieran.







Papá tenía un amigo: Chabelo García, que tenía camiones en los que viajaba a Monterrey. Ese señor ya murió. Agarraba rumbo a Galeana hasta el entronque con la carretera a Saltillo. Eran caminos de pura terracería. A él le dijo mi papá:

- Oye, hombre, yo quiero llevar a checar con un médico de Monterrey al muchacho mío.

- Yo te lo llevo, hombre, vente el día que quieras y nos vamos.

Llegó el día. Nos despedimos de mi abuelita y de mi primo Juan, el tullido, y nos venimos a Monterrey. Me acuerdo que Chabelo nos tapó con una lona para que no nos viera el (policía) federal de caminos y lo fueran a multar. Veníamos muy entumidos. Llegamos al Arco de la Calzada Madero en la madrugada. Había una gasolinera en la esquina. Ahí nos pusimos a cantar con nuestra guitarra desafinada. No traíamos dinero. Empezamos a juntar monedas y me acuerdo que hacía un frío de la fregada. Vimos unas prostitutas que estaban por la calle Reforma. Andaban trabajando también. Nos vieron entumidos, descalzos, cantando con la guitarrilla y nos hablaron:

- Oigan, vénganse. Señor, tráigaselos para que duerman un rato aquí.

Ellas usaban un cuartito para trabajar. Me acuerdo que nos dieron una jarrota para preparar café. No sé si fue Palomo, papá o Lupe, no me acuerdo. De lo que sí estoy seguro es que no fui yo. Estábamos totalmente entumidos y preparamos el café. Tocó la tristeza que a la hora de probarlo estaba muy salado. Le habíamos echado sal en lugar de azúcar. Ya no probamos nada. Así se quedó y mejor nos dormimos. Al día siguiente nos levantamos temprano y a talonearle otra vez.

Andaba también un señor que estaba chuequito de la boca. La tenía ladeada. Traía en el hombro un sarape. Cantaba en el Arco y nos hacía la competencia. Muchos años después lo vimos de nuevo pero ya estaba muy viejito. A mí me llamaba mucho la atención ese señor. De ahí nos fuimos al mercado Colón que

está cerca del río Santa Catarina. Me acuerdo que allí había un tiradero de basura en donde buscábamos qué comer. Mi papá miraba a la gente que andaba en lo mismo. Sacaban pescados, de los que tiran, para hacer caldo en su casa. Y ahí andamos nosotros también, a ver qué pepenábamos. Venían gentes de otras colonias a sacar de los toneles de basura algo para comer. Por eso papá se animaba a hacer lo mismo. Con la feriecilla que juntamos en el Arco y en el mercado Colón nos fuimos a México porque los médicos de aquí no pudieron atendernos y nos mandaron para allá.



Llegamos a México y nos quedamos con un tío que en ese entonces era secretario de la Confederación Nacional Campesina, la CNC. Se llamaba Arturo Luna Lugo y era primo de papá. Llegamos con él para que nos recomendara con un doctor. Recuerdo que papá le dijo:

- Oye, vine para que me recomiendes con un doctor que cure a este muchacho.
- ¡N'ombre! ¿Qué vienes a hacer aquí? Regrésense, qué andan haciendo ustedes acá.

En vez de ayudarnos, lo único que hizo fue recomendarnos con un doctor de un hospital para beneficencia. Estaba por al monumento a la Raza. Nos dieron cita. Desde la colonia Álamos hasta el hospital nos íbamos caminando. Hacíamos cuatro horas de tiempo. Si la cita era a las seis papá nos levantaba a las dos o tres de la madrugada: "Órale, vámonos". Don Arturo le decía que tomara un camión, pero papá nunca quiso. Tenía miedo perderse por eso nos íbamos a pie.

Empezaron a examinarme la vista y los doctores nos explicaron lo del desprendimiento de retina. Llegaron a la conclusión de que como era muy niño no se me podía anestesiar. Querían operarme en vivo. El riesgo era si me movía. Podía perder el ojo. Papá no quiso. Sería por ignorancia o por miedo, no sé. Era una operación muy delicada. Había que esperar un tiempo para después hacerme un trasplante.

Pasaron los años y así se fue quedando todo. Después ya no pusimos atención. Nos pusimos a cantar en la calle, en mercados y en los camiones para seguir buscando otros doctores. Fue cuando papá vio que cantar nos dejaba una buena lanita y empezó a juntarla. En ese entonces agarró como unos dos mil pesos, eso era un dineral.

Homero y Temo eran los hijos consentidos de mi tío. Uno de ellos se sentaba en sus piernas y nos daba coscorriones y patadas en las espinillas a Palomo y a mí. Nosotros teníamos que aguantar porque si no la tía nos pegaba a nosotros. En ese tiempo salía en la televisión el programa El Llanero Solitario y a nosotros nos agarraban de caballos para montarse arriba de nosotros.

A mi papá a cada rato lo metían al bote porque lo acusaban de andar explotándonos. Lo acusaban de habernos robado. Lo dejaban libre hasta cuando se investigaba que era nuestro papá. Le teníamos un miedo enorme a la policía. Nada más mirábamos un uniformado y a correr. Nos extorsionaban, nos quitaban dinero. Cuando veía a un policía medio sospechoso, me iba a la acera de enfrente o me le adelantaba a papá. Ya nada más miraba que pescaban a papá del brazo y a Palomo llore y llore, corría. Y patas para que las quiero. Luego me iba siguiéndolos a una distancia hasta que los metían al bote. Entonces me quedaba a esperarlos afuera, escondido debajo de los carros, hasta que salían y me juntaba con ellos.

En la noche volvíamos de jalar y nos íbamos a comprar soldaditos de plástico a escondidas de papá. Llegábamos como a las diez de la noche. Le pedíamos permiso para jugar un rato en el parque de la colonia Álamos y nos decía: "Bueno, pero una media hora nada más y si no ya saben...". Cuando estás chavillo y se tiene chance de jugar, se te pasa el tiempo de volada. Nosotros nos echábamos tres o cuatro horas jugando. Nos daba la una de la madrugada como loquitos en el parque. Solos. Ningún güerquillo andaba en los columpios. Llegábamos con papá, encontrábamos la puerta cerrada con llave. A dormir afuera, en la banqueta de la calle. Yo oía pitar a los veladores y me daba mucho miedo. Hacía tanto frío. Esos momentos no se los deseo a nadie. Palomo siempre fue muy gordo y piernudo. Nos acurrucábamos con él porque el frío estaba cabrón.

Otro día nos levantábamos a las seis, antes de que saliera mi tío. Tenía un cuñado que vivía con ellos, Homero Martínez. Si nos miraba acostados en el porche nos daba unas chingas. Le teníamos miedo. Años después ese señor cada día del soldado, nos llevaba a tocar para el ejército, porque era doctor con un grado militar. Como en el sesenta y dos, nosotros íbamos a tocar para los soldados el diecinueve de febrero. Nos llevaba ese señor. Nos pelaba rapa, como los soldados, nos bañaba y nos compraba ropa nueva. Entonces, cuando

se levantaba mi papá, nos abría la puerta. Nos lavábamos la cara y a chingarle de nuevo en los mercados, en los camiones. Ese era nuestro trabajo de diario.

Cuánto cantábamos en los mercados y en los camiones de México con la guitarrilla. Mi hermano Lupe, el mayor, no quiso saber nada de andar sufriendo y de esas cosas. Decidió meterse de criado. Puede decirse de criado porque lo mandaban a todos los mandados que se le ofrecían a mi tío. Y Palomo y yo lo seguíamos.

Palomo y yo nos íbamos a cargar canastas de mandado con los hermanos de Graciela, la novia de papá, en los Reyes, Coyoacán. Pero ya luego las señoras no soltaban muy bien las bolsas porque había chavillos muy méndigos que con el pretexto de ayudar corrían con ellas. Lo hacíamos para desaburrirnos de la cantada. Así convivimos con mucha gente que conocimos en ese ambiente. Pero siempre anduvo papá al frente de nosotros. Mi hermano Lupe duró con nosotros casi un año y luego se fue de criado con el tío y tantito tiempo después se regresó a La Chona con mi abuelita.

Un día se le ocurrió a papá ir a conocer Cuernavaca. Con los puros gastos del pasaje nos fuimos. Cuando íbamos llegando yo miraba los anuncios luminosos. Creo que quedé traumatado desde entonces. Porque nada más veía esa imagen y me daba un chingo de tristeza. Significaba llegar a un pueblo desconocido y cantar, cantar y cantar. Si llegábamos de noche nos íbamos directo a las cantinas, a donde fuera, porque había que sacar para el hotel. Y otro día a chingarle de nuevo. Así durante dos, tres días. Pero lo que sí tenemos que agradecerle a mi papá es que llegábamos y si había una difusora, pedía que nos dieran una oportunidad de cantar. Le decían que no. Pero terco les insistía hasta que nos daban chance de cantar. La entrevista era obligada. Luego nos daban una carta donde decía que habíamos estado en tal fecha en esa estación. Anduvimos en Cuautla, Chiconcuac, Celaya, donde se da la cajeta. Fuimos hasta Martínez de la Torre.

La primera estación donde estuvimos fue la RCN "La Nortea" con Tío Plácido. Una estación muy importante de México que cubre toda la república. Marco Antonio Aguilar nos llamaba Los Generalitos y otras Los Gorriones. Nos estaba

buscando nombre. Ahí llegamos a concursar con el Piporro en ese programa. Luego empezamos a salir en otro patrocinado por Chicles y Dulces Deliciosos Tofico conducido por Carmelita González y Genaro Moreno. Ellos lo tenían y nos daban oportunidad de salir cada ocho días ahí. Ya después de todas esas giras por la república salimos en programas infantiles de televisión, de lo que ahora es Televisa. Fogata Nortea era uno. Y después Vámonos al Norte.

Cuando empezamos a cantar en las calles de México nos juntábamos con otros artistas que también llegaron a pegar. Uno de ellos es el que toca el acordeón con Los Chinacos. Antes andaba con un grupo que se llamaba Los Malillas. Otro grupo fue Los Lobos de la Frontera, ellos eran los mejores de México. Los Malillas son ahora Las Potranquitas del Norte.

En ese tiempo había un señor cien por ciento español que se vino a vivir a México. Hablaba totalmente en gachupín y estaba empelotadísimo de la música de acordeón. Se llamaba Ramón Ferreiro. Puso una difusora allá por Xochimilco, la XEMC y hacía programas de acordeón todos los domingos. Ahí coincidíamos con todos esos grupos. Iba uno y tocaba cuatro o cinco canciones, luego otro grupo y la gente que quería contratar a alguno para sus bodas, quince años o bautizos iban ahí. Lo invitaban a uno y le decían: "Le voy a dar veinte pesos para que me toque dos horas y le voy a dar de comer". Cuando los músicos y cantantes supimos eso, íbamos con toda la raza porque era seguro que nos salía una tocadita. De perdido para ir a comer mole y tocar un rato. Nos juntábamos unos cinco grupitos a tocar en las pachangas y luego dividíamos la lana.

También iban unos señores a tocar. Eran dos hermanos: El Chino y Aurelio. Uno tocaba la guitarra y el otro el toloche. Le dijeron a mi papá: "Oiga, ahí en la colonia donde ustedes viven hay un chamaquito de la edad de sus chamacos que toca muy bonito la guitarra, debían invitarlo a que toque con ustedes". Lo buscamos y mi papá habló con la mamá del muchacho. Tenía muchas hermanas que la señora las ponía a trabajar en casas. Eran muy humildes y no tenían papá. Eran originarios de Michoacán. El muchacho tendría como unos diez años. Y la señora dijo: "Se lo regalo, yo no tengo ni con que mantenerlo". Se llamaba Jorge Corona y cuando lo vimos, traía los tenis agujerados. Empezamos a talonear juntos en las calles y en los mercados. Como se lo dieron a papá, anduvo con

nosotros para todos lados hasta que se casó en una gira que hicimos a Los Ángeles. Era como un hermano nuestro. De vez en cuando regresaba a visitar a su mamá y sus hermanas. De México se vino con nosotros a La Chona y también nos acompañó a Monterrey. Con su dinero se compró un bajo sexto y como era muy bueno para la guitarra, pues aprendió de volada.

Yo digo que la cultura se aprende, nada más hay que echarle muchas ganas. Mi hermano Lupe no quiso seguirnos. Con el tiempo juntamos una lanita y le pedimos a papá un acordeón para afinarnos. Pero esa fue otra bronca porque mi hermano Lupe la quería tocar y también Palomo. A ver quién aprende primero, dijo papá. Me los fregué. En cualquier lugar lo que se ve se aprende. En el radio lo que se oye se queda grabado. Así yo con el acordeón. Les dije: “A mí me toca por derecho, porque yo canto agudo y en los ranchos el del acordeón lleva la voz aguda”. Así fue como el acordeón se quedó conmigo. Palomo tocaba la guitarra, pero no le gustaba y seguido la rompía porque es muy corajudo. Hasta que invitamos a Jorge, Palomo comenzó a tocar los palitos o sea la redova. Y ya en Monterrey metimos el tololochista.

El dueño de Discos DLV, don Basilio Villarreal, era en ese entonces promotor de Discos del Valle y fue a la difusora de don Ramón para hacer una promoción en México. Eso pasó como en el cincuenta y nueve. Al mejor grupo de esa estación le iba a regalar un acordeón. Me acuerdo que se la ganaron Los Lobos de la Frontera. Entonces papá, como siempre era muy metiche, le pidió una tarjeta por si algo se ofrecía después.

Don Ramón Ferreiro me quería tanto que un día me regaló una pistola. Una 38 especial niquelada. Me la regaló porque papá siempre nos traía vestidos de charritos. Y me dijo: “Órale Miguel, para que la uses en tu funda”. Desde ese momento traía mi revólver bien grandote fajado al cinto. Yo bien chiquitillo y con mi pistolota de a deveras. Y no me la podían quitar porque en esos tiempos andando uno vestido de charro, no se la quitaban aunque la portara en la calle.

Cuando estaba chiquillo, y como no tuvimos mamá que nos criara, me acuerdo que yo me encariñaba muy fácil con la gente, con las maestras. Conocí a una muchacha muy hermosa, mayor que yo, pero muy bonita. Vendía periódicos. Yo creo que papá le traía ganas. Me invitó a su casa y nos fuimos, pero sin malicia de nada. Me acuerdo que estaba muy buena porque se desvestía delante de mí y yo la miraba desnuda. Me daba de comer. Se acostaba en su catrecillo y yo en el mío. A esa muchacha le gustaba mucho cantar. Era muy amiga de un tipo que vendía paletas y al que siempre conocimos por El Paletero. El tocaba el acordeón y la guitarra y a veces nos acompañaba.

Me fui a vivir con ella por unos quince días y ya no supe nada de papá ni de Palomo. Y papá buscándome por mar y tierra hasta que de pura fregadera dio conmigo. Yo andaba con esa muchacha por mi gusto vendiendo periódicos en los mercados. No quería regresar con él. Total que se pelearon y luego acabaron juntos en un hotel. Y dijo papá: “No, pues me lo voy a llevar”. Me acuerdo que me tomó de la mano y me llevaba a rastras porque yo quería quedarme con la muchacha. La chava siguió su rumbo y ya no la volvimos a ver.

Cuando cantábamos en las calles la policía a veces quería meternos al bote. Supuestamente porque andábamos de vagos. Yo siempre me les escapaba. Una vez, cantando en un camión nos encontró un señor, que fue representante de Los Socios del Ritmo y de varios grupos importantes: Chucho Rincón. Nos oyó cuando cantábamos y nos dijo: “bájense”. Palomo y yo nos asustamos. Bajamos con miedo y nos dijo:

- Oigan, ¿no les gustaría grabar?

- Si, pero nosotros tenemos nuestro papá.

- Les voy a dar esta tarjeta y díganle a su papá que los lleve mañana a esta dirección. Se van en carro de sitio. Toman un cocodrilo y yo allá lo pago.

Le dijimos a papá. Otro día nos cambiamos de ropa y nos fuimos temprano. Chucho tenía entonces una señora muy bonita y muy bien entonada. Cantaba y tocaba la guitarra. Nosotros tocábamos la guitarra por en case la fregada. Le dijo Chucho a la señora: “A ver, acompáñalos”. Le gustó mucho. “Se vienen mañana para seguirlos ensayando y que no se descuadren”. Fue y habló con Guillermo

Acosta, director de Discos Mussart, que ahora es Sony Discos: “Están muy bien los muchachitos, ensáyles unas dos canciones”. Nos ensayó y las canciones fueron: *Caminito de Rieles y Elpidio Pazo*.

En el ambiente hay de todo. Me acuerdo de una cubana que también andaba buscando una oportunidad para grabar. Palomo y yo estábamos chiquillos, como de unos ocho años. Nos ensayaron. Don Guillermo nos escuchó. En eso llega la señora esa. Le habla a un pianista para que la acompañe. A nosotros nos dijeron que nos sentáramos. Papá, Palomo y yo nos sentamos a escuchar. Esa muchacha tenía un cuerpazo cabrón, muy bonito y no traía calzones. Me acuerdo que se meneaba cantando algo así como tropical. Se daba vueltas y se le miraban todas las sentaderas. Nosotros riéndonos. Y papá: “¡Ya cállense, cabrones!”, nos daba unos coscorriones para que no nos viera el señor que estábamos riéndonos de la vieja. Le hacíamos como rancherillos. Nos tapábamos la cara porque la veíamos sin calzones. La señora como si nada, metida en lo suyo.

Entonces dijo don Guillermo: “Tú, Chucho, ponte de acuerdo con ellos, separa estudio para grabar”. Nos salimos. Y él se fue con la chava sin calzones, la cubana. Nosotros nos fuimos a ensayar.

A la hora de grabar nos preguntaron:

- ¿Cómo se llaman?

- Los Gorriones.

- No, porque ya anda un grupo con ese nombre en Monterrey. Creo que acompaña a Pedro Yerena y ya empezaron a grabar. Se llaman Los Gorriones del Topo Chico.

- Bueno, pues también nos dicen Los Generalitos.

- Pues sí, pero luego que crezcan, apoco les van a seguir llamando Los Generalitos.

En eso estábamos. Cuando en ese ratito llegó don Guillermo Acosta y también le entró a la discusión del nombre con Chucho Rincón. Entonces oyó a papá que nos estaba regañando: “Oye Gorrión, oye Palomo, quédense quietos”. Así nos llamaba desde que estábamos en el rancho. Y le dijo don Guillermo: “Así déjele, para que está batallando, grábeles con ese nombre El Palomo y el Gorrión”. Así fue como nos bautizaron. Se nos quedó el nombre gracias a don Guillermo

Acosta. Grabamos *Caminito de Rieles y Elpidio Pazo*. Esas canciones ya las oíamos en la radio, eran grabaciones viejas con acompañamiento de guitarra. Las grabamos y empezamos a hacer más programas de televisión y giras con El Piporro.

Cuando empezamos a grabar conocimos a unas personas que se vestían de payasos, hijos de un señor que tenía un sindicato. Este hombre le dijo a mi papá: “¿No le gustaría, señor Luna, que los muchachos vayan a cantarle las mañanitas al señor Presidente don Adolfo López Mateos?”. Y fuimos durante dos años seguidos. Cuando los niños destacados del país iban a saludarlo nos tocó estar a nosotros y cantarle. Hasta aparecimos en los periódicos. Hay una foto donde estamos cantando y López Mateos tiene agarrado a Palomo del hombro. En otra está recibiendo flores de esos niños y nosotros aparecemos cantando las mañanitas.

En ese entonces nos llevaron a cantarle hasta al Presidente de México Adolfo López Mateos. Fuimos a Martínez de la Torre en avión. Todos asustados, papá se acuerda muy bien y dice: “Uno se hace del baño de puro miedo en esos aparatos”. Me acuerdo que nos dieron unos chicles para que masticáramos y se nos destaparan los oídos porque no escuchábamos nada. Eran aviones de hélices. Con miedo y todo llegamos a Martínez de la Torre. Después fuimos a Acapulco. Chiquillos de a tiro. Ahí fue donde conocimos el mar. Hay una anécdota que recuerdo mucho: conocimos a Los Panchos. Estaban en un restaurant muy elegante, comiendo. Pasamos nosotros queriendo cantarle a la gente y ellos estaban allí, sentados. Y en eso nos dicen: “A ver, préstenos la guitarra y cántense una”. Les cantamos. Con la guitarrilla se aventaron también una canción. Fue donde nos dimos cuenta que eran Los Panchos. Me acuerdo muy bien de sus caras. El güero tocaba el requinto. Todos eran muy jóvenes entonces. Me imagino que andaban de descanso ese día que los conocimos. También ahí nos paseamos por primera vez en un barco. Subimos a cantarle a la gente y dimos una vuelta, pero nos mareamos y vomitamos todo lo que habíamos comido. Entonces regresamos a México.



Como ya salíamos en programas de televisión, nos buscó una señora que era la representante de Javier Solís y de otros artistas del medio. Se llamaba Longa Becker, inglesa y representaba a artistas en México. Nos dio un tarjetita y fuimos a verla. Nos preguntó si nos gustaría meternos al cine. Aceptamos. A mí me mando a estudiar arte a los Estudios América. Fui como unas cuatro o cinco veces. Vivíamos en una colonia humilde: Los Reyes Coyoacán. Hasta allá iba ella por nosotros en su carro último modelo. Para entonces papá andaba de novio con una chava, criada en la casa de mi tío Arturo, se llamaba Graciela. En aquel entonces hicimos un contrato con la señora Becker para filmar ocho películas. Una de ellas sería con Javier Solís. La señora nos adelantó como trescientos cincuenta mil pesos, casi como unos treinta mil de los nuevos.

Pero en ese entonces nos mandaron un recado. Mi abuelita estaba muy mala en La Chona. Cuando regresamos me acuerdo que ya no conocíamos a mi hermano el mayor. Papá nos decía que era nuestro hermano Lupe. Pero no lo reconocíamos. Estaba muy cambiado: chaparro y pescuezón, por las chingas del rancho.

Volvimos a convivir con Lupe y a cantar en los ranchos de Aramberri, Linares, Montemorelos y Hualahuises. Compramos un aparatillo eléctrico para la guitarra y fuimos a presumirlo a La Chona. Supuestamente íbamos de entrada por salida. Pero como nosotros habíamos estado muy poco tiempo en el rancho, empezamos de nuevo a montar los caballos y andar de un lado para otro en el monte. Ya no queríamos regresar a México. Nos escondíamos de papá cuando hablaba de regresar a la capital. Así nos echamos tres meses en La Chona hasta que con mentiras logró sacarnos a Monterrey.





INGRATOS
OJOS MIOS NO
ME DEJAN EN
PAZ / CADA
VEZ QUE TE
MIRO TE QUIE-
RO MAS Y MAS
/ CON ESOS

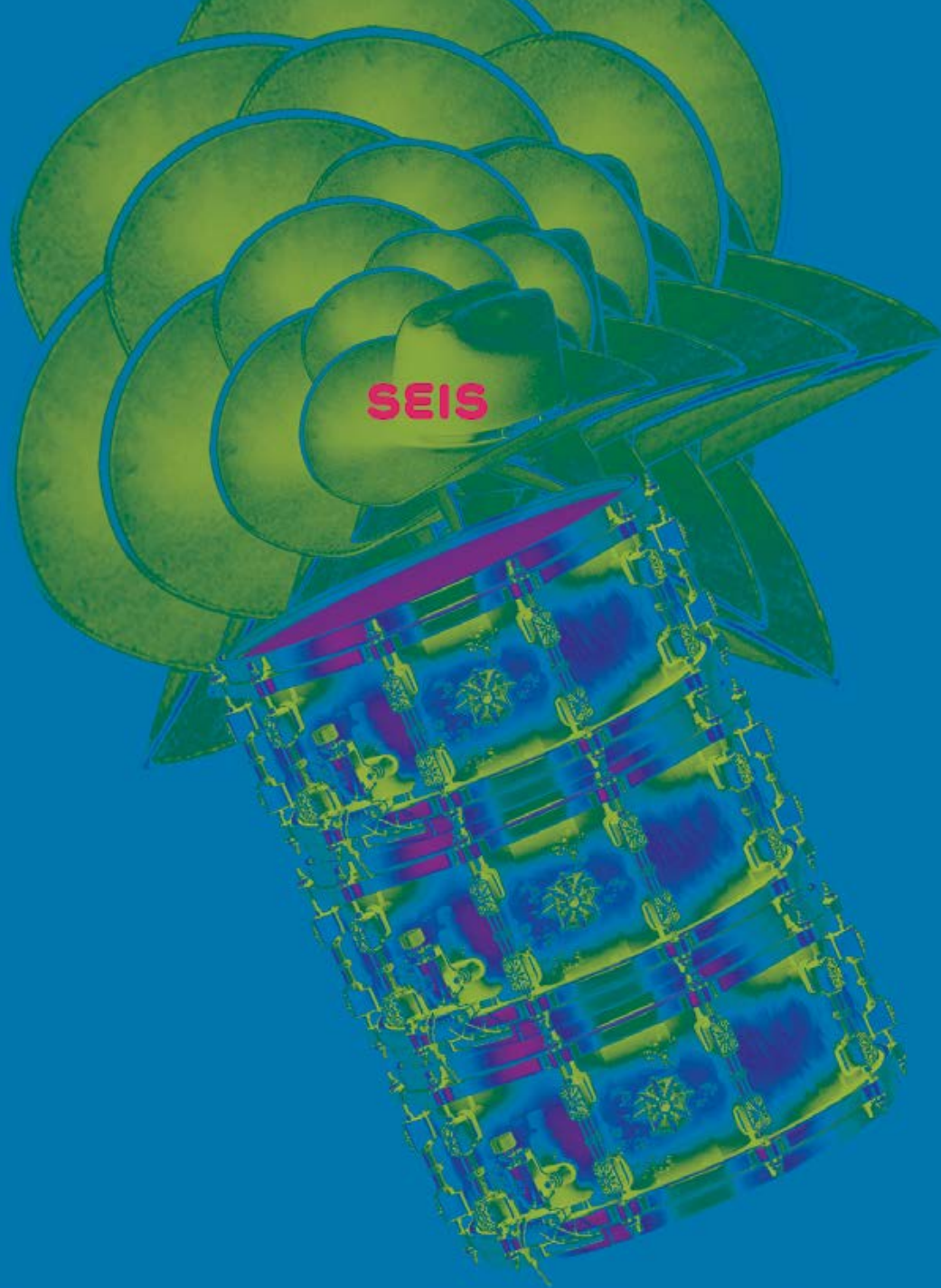
OJOS MIOS NO
SE QUE VOY HA-
CER / SI TU NO
ME COMPREN-
DES ME VASA
EN LO QUE VER /
ELLOS TIENEN
LA CULPA DE

MI GRANDE
ILUSION / SIN
VERTERTE RE-
CUERDO CON
TODO EL CO-
RAZON / CUAN-
DO TE ESTOY
MIRANDO MI

AMOR SUFRE
POR TI / INGRA-
TOS OJOS
MIOS POR QUE
SERAN ASI /
LORRAR LLO-
RAR DE PENA
LOS VOY A CON-

DENAR / POR-
QUE POR CUL-
PA DE ELLOS
NO TE PUE-
DO OLVIDAR /
CUANDO TE ES-
TOY MIRANDO
MI AMOR SUFRE

POR TI / INGRA-
TOS OJOS MIOS
POR QUE SE-
RAN ASI /
EL PALOMO
Y EL GORRIÓN



Antes habíamos tocado en las rancherías de Aramberri, cantando a puro pulmón, sin aparatos, con lámparas de petróleo. Cuando papá logró sacarnos de La Chona, después que regresamos de México en el 61, nos llevó a Linares, en donde vivimos como dos años. Tocábamos en El Tamborazo, que era la zona de tolerancia. Batallábamos mucho porque teníamos que sacar permiso. A veces los mismos sindicatos nos ponían peros porque éramos menores de edad y no debíamos andar en esos lugares. Pero andábamos tocando y haciendo por la vida. Los domingos nos comprometíamos con la presidencia municipal para tocar en el kiosco de la plaza. Eso era ya una tradición en Linares porque todos los domingos estábamos cantando nosotros acompañados de la banda del municipio. Pero hacer eso nos valió para lograr el permiso y poder cantar en la zona de tolerancia y en los bailes de las rancherías. Llegamos a ir hasta Hualahuises donde amenizábamos la feria del pueblo y nos quedábamos en la casa del organizador de la feria, don Antonio Nevárez González. También en Linares hicimos programas en la estación XER, igual que como en Martínez de la Torre, Acapulco, Cuernavaca, Cuautla donde visitábamos las difusoras y mi papá no se retiraba hasta que le daban una constancia de que habíamos tocado en sus programas. En esa difusora conocimos a un señor, dueño de unas huertas muy grandes de naranja. Él nos invitó a comer y a quedarnos a vivir en su casa.

De Linares nos pasamos a Montemorelos. Ahí conocimos a otro buen amigo que tocaba la batería con un grupito en la zona de tolerancia. Ahora ese cuate tiene *trailer's*. Pero él vendía tacos. Mi hermano, desde muy chico, no quiso aprender a tocar ningún instrumento, solamente tocaba la redova, o los palitos, como se le nombra en muchos lugares: una cajita de madera que se toca con un par de palos. Entonces, ese muchacho, llamado Andrés Barajas, entró a tocar

con nosotros la batería. Solamente eran los platillos, una tarola y el tong. La tocaba de pie, parado. Con un pie se apoyaba y con el otro aplastaba el pedal del tom (bombo de la batería). El grupo lo formábamos Jorge Corona en el bajo sexto, Palomo en la redova, yo en el acordeón y Andrés en la batería.

Estando en Monterrey fuimos a un programa que tenía Rómulo Lozano en la XET. Nos presentamos con él, nos invitó para que fuéramos al día siguiente. Participamos al grado de que ya íbamos todos los días a su programa. El estudio de la XET se llenaba siempre con gente de Pesquería, de Apodaca y de otros lugares que iban a ver a El Palomo y el Gorrión. Rómulo tenía ese programa que era como una serie. Eran programas con mucha presencia en el público como el de El Ojo de Vidrio, Cholita y Albino. Ahí conocimos a Martín Aguirre, que la hacía de Chinto de la Rosa en El Ojo de Vidrio. Era el chofer de las camionetas de la difusora. Ya murió.

Margarita Robledo, la dueña de Discos Impacto, nos fue a ver al programa y nos dio una tarjeta. Le dijo a papá: “Vaya con mi papá, él tiene una compañía, que se llama Discos Dominante, para que los grabé”. Esa disquera se llamaba antes Discos Robledo. Fuimos y el señor no quiso grabarnos porque estábamos muy güerquillos. La hija habló con él, para tratar de convencerlo pero no quiso.

Entonces nos acordamos de la tarjeta de don Basilio y fuimos con él. Vivía en el tapanco de una discoteca: Discos Modernos, de la señora Natalia... no recuerdo su apellido. La conocía porque se la amarró y salía con ella y le vendía Discos del Valle. La señora le daba chance de quedarse arriba, en el tapanco, con una estufita y un tanquecillo de gas. Don Basilio nos invitaba a quedarnos a dormir allí. Nos dijo: “Miren, yo voy a empezar una marquita disquera, pero yo no les puedo pagar ni un quinto, por ahora, si quieren regalarme el primer L.P. que yo les grave...” Pues dicho y hecho, le grabamos en el estudio Cadena, que tenían una parte del equipo en una casa y otra en la XEFB. Usamos dos micrófonos, tololoche, tarola, acordeón y bajo sexto. Le grabamos todo el disco de un trancazo y no nos dio nada. En ese L.P. que le regalamos iban todas las canciones que pegaron: *En Toda la Chapa, Ingratos Ojos Míos, La Elisa, Ya no Quiero Limosna, Solito Mejor Solito, Dimas de León, Mi rancherita, Amargo licor, El pájaro prieto, Elpidio Paso*, todas fueron éxitos. Hasta que grabamos

el segundo L.P. ya nos pudo pagar. Nos dio cuatrocientos pesos. Ahí fue donde grabamos *El Lirio* y *El Capiro* entre otras.

En nuestro grupo nos han acompañado muchos músicos. Uno de Los Regiomontanos nos acompañaba tocando el tololoche, Jorge el bajo sexto, Palomo la redova y yo el acordeón. Cuando empezamos a grabar, de las plazas más grandes fueron Estación Sandoval, Matamoros, Reynosa y en Nuevo Laredo comenzamos a tocar en Las Ruinas y en una terraza llamada Las Américas. Se llenaba, la gente no cabía. Ahí conocimos a un grupo llamado Los Norteños de Nuevo Laredo que tocaba muy bonito. La mayoría de sus integrantes ya murieron. Tocaban muchas polcas cuando alternábamos con ellos. Fue el primer grupo que conocimos que traía la batería completa y el baterista tocaba sentado, a diferencia de Andrés. Esa idea la agarró Palomo y empezó a practicarla. Desde entonces formamos el grupo con Primitivo Gatica en el *bass*, Jorge en el bajo sexto, Palomo en la batería y yo en el acordeón.

A Primitivo Gatica lo conocimos en la XET. Cantaba en el programa de Rómulo y se hacía llamar El Halcón. Pero tenía muy mala suerte y un día se acercó con nosotros. Nos dijo: “Dénme chance de tocar con ustedes, yo toco la batería”. Nosotros pensamos, bueno, sirve que así Palomo ya nada más canta. Eran puras mentiras, no sabía nada. Entonces le dijimos que mejor se enseñara a tocar el *bass*. Jorge se comprometió a enseñarle y le compramos uno en una tienda que estaba enfrente de la XET. Jorge le enseñó a tocarlo. Pero en la primera grabación, don Basilio no quiso que nos acompañara. No le dio chance y metió a Tereso, el de Los Serafines para que nos acompañara. Pero Gatica, Jorge, Palomo y yo integramos el grupo. Así aguantamos casi quince años hasta que Gatica se fue con Los Cadetes de Linares y Jorge se quedó a vivir en Los Ángeles, California.

Todos los L.P. fueron pegando. Empezamos a trabajar en fiestas y bailes, pero seguimos yendo a los programas de Rómulo Lozano. En los cines ganó mucho dinero llevándonos a tocar y a nosotros nos daba una bicoca. El nos contrataba para tocar en cines, circos y ferias de los distintos municipios donde llevaba espectáculo. A Ciénega de Flores, Linares, Cadereyta, Pesquería, Hualahuises,

Concepción del Oro, Zacatecas. Todos esos lugares recorrimos con Rómulo después de aquella vez que papá no nos podía sacar de La Chona.

Ya que grabamos las canciones, nos empezaron a pagar más. Por fin pudimos comprar un carrito y nos olvidamos de la señora Becker, de sus películas, de regresar a la capital y de todo lo que pasamos allá. Quien sabe que sería de esa señora. Ya no volvimos a México más que a trabajar en presentaciones. Nos quedamos aquí y comenzamos a trabajar en bailes. Prácticamente así empezó la época de El Palomo y el Gorrión. Surgieron los trofeos y diplomas para nosotros.

En Matamoros, Tamaulipas, había un salón restaurante que se llamaba Matamoros Café. Cuando tocamos allí no cabía la gente. En Estación Sandoval, adelante de Río Bravo, también en Tamaulipas, había una terraza que ningún grupo la había llenado. Nosotros sí lo logramos. Vinieron a vernos desde Texas, Reynosa y Río Bravo. Por cierto, en ese baile se acercó don Servando Cano con dos muchachos jóvenes para que les diéramos oportunidad de cantar unas canciones y darse a conocer. Eran Los Relámpagos del Norte.

Unos meses más tarde ellos grabaron *Ingratos Ojos Míos*. Esa fue su primera grabación para Discos BEGO de Paulino Bernal. No pegó con el público y entonces grabaron otra: *Ya no Llores*. Esa sí les pegó. Pero como quiera seguían perdiéndonos oportunidad de cantar en los bailes donde participábamos nosotros.

Ya que compramos nuestros propios aparatos de sonido, empezamos haciendo giras por Torreón, Saltillo y todas esas plazas grandes. No sé cuánto ande pegando Bronco ahorita (1994), pero nosotros llenábamos en aquel entonces tres o cuatro cuadras de gente que venían de las rancherías y se amontonaban para oírnos cantar. Teníamos a todo el pueblo con nosotros. Si teníamos que presentarnos dentro de un salón, no nos dejaban entrar; y entonces tenían que armar un escenario arriba de un camión o en el crucero de una calle y desde ahí veíamos a la gente por todos lados. Y claro que ni para cuando la tecnología de ahora.

La época de oro de El Palomo y el Gorrión puede decirse que fue en los sesentas. Llenábamos plazas como la de Torreón, Nuevo Laredo y tantas otras que ahora son recuerdos muy bonitos. Fuimos también a muchas rancherías a fiestas donde nos alumbrábamos con lámparas de petróleo y cantando a puro pulmón.

Después de tanto trabajar nuestra fama fue creciendo. Vinieron a contratarnos Paulino Bernal, del Conjunto Bernal, y el Gordo Delgado, que fue un empresario muy importante. Nos dijeron: “Oigan, ya tenemos como tres años buscándolos, ustedes andan pegando por donde quiera”. Y así fue como empezamos las giras para Estados Unidos, ganando en dólares. Hacíamos caravanas desde Texas hasta California. Se organizaban bailes en bodegas y tiendas de comida y se juntaba toda la mexicanada. En esas primeras giras alternábamos El Conjunto Bernal y El Palomo y el Gorrión. Y hasta como en la cuarta gira nos acompañaron Los Montañeses del Álamo, Los Gorriones del Topo Chico, Pedro Yerena.

Por cierto, en la primera gira que hizo Lorenzo de Monteclaro por Texas y California, con esos empresarios, lo contrataban sólo si nosotros lo acompañábamos. Era cuando a Lorenzo le pegó *Aguanta Corazón*. Nosotros aceptamos y participamos. Y una vez en un hotel se peleó con Palomo, a trancazos, por cosas sin importancia de que súbete a la tele o que bájale. Como Lorenzo estaba más alto, Palomo agarró un tubo y ya andaban queriéndose matar hasta que logré separarlos. Entonces Palomo dijo: “Ya no lo acompañamos”. Y ya iban a regresar a Lorenzo para México, pero se puso muy abusado y habló con los empresarios y conmigo para que convenciéramos a Palomo. Al fin hicieron las paces y seguimos acompañándolo.

El Gordo Delgado realizó muchas giras donde conocimos a muchos artistas. En una de esas conocimos a Vicente Fernández cuando empezaba a pegar. Después manejaba puros artistas grandes de México y nosotros nos quedamos con Raúl Garza, quien se asoció con Servando Cano y fue cuando empezaron a organizar los bailes grandes en Monterrey. Pero todo eso vino mucho después.

En el 65 empezamos a hacer las primeras giras. En una revista vimos que acababan de salir al mercado unas bocinas llamadas *Cerwin Vega*. Se hacían solamente sobre pedido. Intentamos conseguirlas pero fue difícil hasta que una ocasión fuimos a Los Ángeles y vimos que cerca de Hollywood estaba la fábrica de *Cerwin Vega*. Nos informamos y sólo eran ventas por mayoreo, pero logramos que nos vendieran seis. En otra gira compramos seis más. Compré unas bocinas para bajo, graves, que se usan para el *bass*. Y se me ocurrió meterlas para las

voces. Todos los grupos traían dos bocinas. Me juzgaban loco porque usábamos catorce cuando alternábamos con otros grupos. Pero el sonido que traíamos era muy completo. Esas bocinas eran *Cerwin Vega* y muchos de los músicos no las conocían. Tuvimos la suerte de ser los primeros en usarlas. Las cargábamos en un camión Ford. En una ocasión que alternamos con Los Humildes, Rury el director del grupo, nos pidió que les prestáramos el equipo porque vieron la diferencia de sonido y la gente se les echó encima: “Jalen con el de ustedes, no sean chaqueteros”. Entonces se pusieron al tú por tú con el público y les fue peor. Tuvieron que irse de nuevo a tocar con su propio equipo.

En la colonia Nogalar había una terraza donde alternamos con Ramón Ayala y pasó igual que con Los Humildes. Ramón sentía lo duro del equipo de nosotros. Su música se quedaba atrás, no cubría todo el salón.

También fuimos los primeros que trajimos luces de colores en nuestro equipo. Ahora se usan unas estructuras muy completas y grandísimas, pero entre los primeros grupos, nosotros impusimos esa moda. Eso fue como en el 68. Yo le copié al acordeonista Esteban Jordán el adaptarle un *peicer (sic)* para el acordeón. Me acuerdo que don Servando Cano y mi compadre Ramón Ayala me decían que para qué era ese mugrero; pero la verdad es que adornaba muy bien el sonido del acordeón, lo hacía vibrar y escucharse como órgano. A la gente le gustaba mucho y pensaban que era un filtro; preguntaban qué era ese sonido. Y ahora Ramón lo usa también, pero hasta después de veinte años. No sé qué sentirá Ramón ahora si le dijera qué para qué es ese mugrero. Nosotros evolucionamos desde hace veinte años y casi estoy seguro que fuimos el primer grupo latino que usó bocinas *Cerwin Vega*.

En las giras con Paulino Bernal nosotros traíamos cuatro bocinas hasta que conseguimos las *Vega* en Hollywood. Y las conseguimos gracias a que nos hicimos amigos de un latino que trabajaba ahí. Esas bocinas las fabricaban sobre pedido porque eran para conciertos de orquestas. Las trajimos antes de que se ofrecieran a la venta del público común. Ahora todo mundo trae. Eran bocinas de 300 watts mientras que las otras traían apenas cien. Los Marinos de Nuevo Laredo, se acercaron conmigo para preguntarme dónde las conseguía. Estos pelados se pusieron abusados para hacer el negocio de su vida. Los contacté con la compañía de Hollywood porque no les querían vender, ya que era sólo

por mayoreo, pero gracias a que hablé con el amigo que trabajaba en la fábrica, les pudieron vender. De ahí empezaron a venderle a Virgilio Canales para su tienda. Así fue como muchos de los grupos las pudieron conseguir aquí en Monterrey. Todavía en la actualidad la gente no deja de usar en lo grave las *Vega* porque son muy fuertes y realza la calidad del sonido.

El señor Vallejo era el que tenía El Teatro Blanquita, allá en México. Nos anduvo buscando como por dos años hasta que nos encontró para que los acompañáramos en la caravana Corona que andaba por todo México. En esa caravana recorrimos todo el Pacífico y alcanzamos a venir a Monterrey, pero no nos dejaban que nos fuéramos a la casa, nos pagaban hotel de lujo estando aquí. En ese tiempo nosotros andábamos muy fuerte con nuestra música.

Cuando el señor Vallejo murió, se hizo cargo de la caravana su esposa. La señora Vallejo era una señora fea, flaca y ya grande de edad. Tenía unos bigotes a los lados de la boca como Cantinflas. Ella nos mandó llamar para llevarnos a las giras donde iban Vicente Fernández, Pedro Yereña, Juan Gabriel. La señora traía una secretaria, una mujer muy conservada, llenita, que se llamaba Jose. Se daba mucho a respetar y era la encargada de la contabilidad. Las dos señoras se quedaban admiradas de cómo cantábamos Palomo y yo. Por ese tiempo la delegada de la ANDA era una señora que fue mujer de José Alfredo Jiménez: Mary Montiel, bailarina de ballet. Tenía un hijo de unos dieciséis años, y era una señora a la que yo le hice una canción que se llama *La Chulada*. Esa señora quería que nosotros ingresáramos a la ANDA y nos ayudó con todos los trámites para conseguir nuestras credenciales de socios. Éramos muy buenos amigos. Ella me invitó a su cuarto en el hotel donde nos hospedábamos. Después la señora Vallejo también comenzó a invitarme muy seguido para que almorzara con ella. La señora Jose también insistía en que las acompañara. Al terminar de tocar en nuestras presentaciones, siempre me iba con ellas de compras a las tiendas del lugar donde estuviéramos actuando, a tal grado que nos hicimos muy amigos y eso provocó que la señora Montiel anduviera muy enojada con la señora Jose y con la señora Vallejo.

Hicimos como cuatro giras juntos. A partir de entonces empecé a salir con la señora Jose porque me la amarré. Un día me mandó llamar la señora Vallejo y

me dice: “mire norteño de mierda, usted me le hace un desaire a la señora Jose y lo mato, hijo de la chingada. Esta señora se ha dado su lugar con todo mundo en tanto tiempo de giras; con nadie se ha metido y... vino a fijarse en un pinche güerco mocoso como usted. Cuidado, dígalo bien, cabrón, usted me le hace un desaire a esta señora y lo mato, cabrón”. Yo ya estaba casado en Monterrey y lo único que hice fue decirle que no tuviera cuidado.

La canción que le hice a la señora Montiel decía: Usted señora/ la traigo de un ala/ ya no me haga señas/ yo no valgo nada/ siga su camino/ sufriendo y penando/ ese fue su destino... pero a esa canción le cambié la letra para que no dijera que me sentía muy carita o presumido: usted señora/ ya me trae de un ala/ ya no me haga señas/ yo no valgo nada... y es que cuando pasaba junto a mi me decía: “Pinche norteño miedoso de mierda, te faltan huevos...” y yo le cantaba una canción que José Alfredo Jiménez le hizo a otra mujer: *Paloma Querida*: Por el día que llegaste a mi vida/ paloma querida... porque la señora andaba bien sobres conmigo. Pero como ya me la había sentenciado, decidí irme por el lado de la señora Jose.

Todos los artistas de la caravana traían, acompañándolos, al mismo mariachi. Los integrantes le decían a Palomo: “Oye, que le vio la señora Jose a tu hermano si no valen madre ustedes”. Y era gente grande, adulta. Todos en contra de nosotros. Todo mundo enojado, hasta las Hermanas Huerta. Y es que nosotros éramos los consentidos de la señora Jose. Nos protegía más, nos daba más feria, nos ubicaba en los mejores hoteles y a los demás en hotelillos baratos.

En la primera gira con la caravana llegamos a Torreón y a nosotros nos quiso poner en un hotel de segunda mientras ellos estaban ubicados en puros de cinco estrellas. De volada que agarramos nuestras cosas y...

- Nos vamos señora.
- Oiga ¿por qué?...
- Mire señora, nosotros venimos en esta caravana con ustedes y con ustedes nos quedamos en el mismo hotel.
- Pero si éste es un buen hotel.
- Usted sabe que nosotros dejamos buenos jales allá en los Estados Unidos para venir con ustedes. Nosotros no tenemos por qué andar dando lástimas de nada...

Entonces eso y el hecho que me hubiera amarrado a la señora Jose provocó que todos los demás nos trataran mal. Incluso los mismos del mariachi. Nos empujaban de adrede cuando pasábamos, nos hacían mala cara y muchas cosas más. Todo porque la señora jaló conmigo y todos le traían ganas...

Todavía hoy me encuentro gente de México y me dicen que la señora Jose no me ha olvidado, que siempre pregunta por mí. Tengo entendido que siguen en el medio, tanto ella como la señora Vallejo. Se hicieron cargo del Teatro Blanquita y luego se lo pasaron a la señora Margo, la que era mera dueña del lugar. En últimas fechas supe que la señora Jose andaba con Irma Serrano para todos lados, acompañándola. Toda su vida ha trabajado en eso.



A Lucha Villa la conocimos en Los Ángeles. Empezamos a cantar con ella en las reuniones que teníamos después de cada presentación y de ahí se fue dando la oportunidad de pasar a lo otro. Pero no es porque seas muy carita ni nada de eso, sino porque las trataba bien y convivía con todo mundo. Eso le cae bien a la gente. Nos juntábamos en el Hotel Alejandría: Lucha Villa, Los Panchos, Vicente Fernández, los de La Sonora Santanera, Los Dandy's. Salíamos a caravanas juntos y a veces nos juntábamos en los parques a cantar y convivir. Así conocimos a Mercedes Castro en Indio, California. Era admiradora de nosotros y se iba a los bailes con su hermana Lupita, también admiradora de nosotros y se paraban mero enfrente de donde estábamos tocando. Le tiraba los perros a Jorge, el del bajo sexto, pero nunca le hizo nada. Después Cornelio Reyna la conoció; se la amarró y la metió a grabar en Mussart.

También conocí a Alicia Juárez, otra mujer de José Alfredo Jiménez. Con ella anduve bailando. Estaba gordilla, pero piernudota, cuando la conocimos en Los Ángeles. Nos pedía chance de cantar y le decíamos que nosotros no acompañábamos a nadie. Entonces Paulino Bernal le daba chance de cantar, acompañándola. En una gira que hizo José Alfredo, Alicia cantó; le gustó, se la llevó. Luego la vimos nuevamente en las giras, pero ya acompañada de José Alfredo. Eran unos trozotes (las piernas), pero ya andaba de vieja de José Alfredo.

En el Hotel Alejandría conocí a Lucha. Una de las mujeres más hermosas que he visto. Tenía un cuerpo precioso. Nos juntábamos en un cuarto a jugar baraja o a contar chistes. Que nos vamos a juntar en el cuarto de fulano, decían; y ahí

vamos a tomar, jugar baraja o simplemente platicar. Una ocasión tuve a los de la Sonora Santanera grabándome chistes que les contaba desde las tres de la mañana hasta las nueve de la mañana. Nos amaneció riéndonos con unas carcajadotas tremendas. Siempre he tenido la suerte de caerle muy bien a la gente y a mí me tocó conocer muy buenos amigos.

Palomo traía su camioncito doble rodado modelo setenta, nuevecito, donde traíamos todo el equipo y yo siempre prefería irme en el autobús donde iba toda la raza. Recuerdo que Lilia Prado se desvestía delante de nosotros. Pasaba y nos daba un nalgazo. Una mujer muy hermosa. En esos viajes yo les cantaba: *en contra de mis propios intereses/ te di mi corazón sin condiciones/ sabiendo que por ley me pertenezcas/ pero pa' mí en tu pecho/ ya no existían amores...* con Los Dandy's tocando guitarra y todo mundo se quedaba con la boca abierta. Qué voz de muchacho cabrón, decían todos. Entonces siempre me invitaban. Eso a mucha gente le cae muy bien, pero en otros despierta la envidia y te odian.

Yo era muy amigo de La India María (María Elena Velasco). Llegué a estar en su casa de México. Me trataba muy bien. Una mujer muy bonita. Nada más llegábamos y me decía Chis Chas, el cómico norteño: "Oye, te quiere saludar la señora Velasco", que así es como se apellida. Pasaba por mí al hotel y de ahí me lleva a su casa. Le gustaba que le cantara una canción que le regalé y que nunca la grabó: *Qué pasa mi prieta/ decídete luego... porque la vida/ hay que vivirla/ los dos juntitos/ dos pichoncitos...* Esa canción se la hice en su casa y ella encantada conmigo.

Tengo una tía en México, se llama Esthela. Delante de mi tío me hacía bromas: "¿Entonces qué, hijo, todavía jalas, le ponemos los cuernos a tu tío?". Mi tío nada más se reía y yo... ¡trágame tierra! Es muy guapa. A ella le gusta mucho cantar y cuando la visito agarro la guitarra y es estar cante y cante toda la noche o el rato que estemos juntos. A veces cantamos a capela. Por eso se encariñan las gentes con uno. A ella le encanta cantar y hasta quiere grabar. Mi primo Rafael Luna la encandila y le dice que grave aunque sea para recuerdo. A mí me pide que le grave en mi compañía, dice que él me paga. Siempre que anda por Monterrey me visita.

Tuvimos un representante maricón: Santos Espinosa, un señor grandote que cuando veníamos de los bailes se agasajaba a Jorge porque estaba muy enamorado de él. Ese señor falleció en el café obrero, en El Palax, de la calle Madero. En las giras mandaba hacer cuatro mil fotografías de nosotros en blanco y negro con cliché. Las vendía a peso y las acababa todas en un sólo baile. Aparte de que ganaba el diez por ciento de lo que cobrábamos, se ganaba lo de las fotos. Muy trabajador y nos llevaba para todos lados.

La esposa de Jorge Corona, el del bajo sexto, era de origen hondureño. Una mujer muy inteligente y de un cuerpo hermoso porque era bailarina. Se llama Diana. Llegó una ocasión al Hotel Quinta Avenida. Ella fue la primera mujer con la que yo tuve intimidad. Me citó en ese hotel. Yo iba con papá porque ella dijo que quería conocernos. Entonces le dijo a papá: "Oiga don Jesús, vaya a traer algo de comer. Unas cervezas para usted y para mí. Para Miguel unos refrescos". Yo tenía unos catorce años. Se fue papá y empezó a quitarse la ropa. Un cuerpazo. Me empezó a agasajar y pa' pronto. Ahí fue el primer brinquito de Miguel. Todo pasó mientras venía papá. Para cuando llegó yo estaba muy cambiadito. De ahí en adelante ella iba a buscarme a la casa donde vivía.

Una ocasión Diana me invitó a cenar junto con Victoriano, chofer de nosotros. Veníamos caminando por la Calzada Madero. Me di cuenta que unos policías nos venían siguiendo muy aprisa. De repente los pescó y yo corrí, me les escapé. Fui a dar a pie hasta la Ladrillera. Los metieron al bote. Como Diana era extranjera, era más complicado el problema. Pero pagaron la multa y salieron como a las tres de la mañana. Llegaron y me dice Victoriano: "órale, levántate porque dice Diana que te vayas a quedar con ella al hotel". No quería muy bien. Pero ahí voy con ella.

Cuando regresamos a Monterrey, después de haber estado en México, llegamos muy fregados, rentamos un cuartito de tablas agujeradas por la colonia Nuevo Repueblo. El piso era de tierra. En tiempo de frío nos dormíamos sobre una gabardina que usaba papá. La tendíamos y nos tapábamos con las mangas

de la misma gabardina. Hasta como al mes de haber llegado compramos una camita.

De ahí nos cambiamos a la colonia Ladrillera y rentamos un tejabán cooperándonos con mi primo Reyes. Ahí vivían también sus hermanas. Salíamos del programa de Rómulo y nos regresábamos a pie y luego nos íbamos a cantar a algunos lugares. Pues hasta esa colonia iba Diana. Empezó a acompañarnos a todos lados. Ya cuando vi la cosa muy en serio; que nos fuéramos a vivir juntos, le dije que no. Estaba muy güerquillo y ella era mayor que yo. A mí me daba vergüenza con papá.

Entonces se amarró a Jorge. Con él tuvo familia. Yo le decía que ella había andado conmigo y no lo creía. Decía que no era cierto, que ella nunca me había dado nada, que lo decía de puro ardor. Entonces pensé: pues allá él. Se juntaron y tuvieron muchos hijos. Luego Jorge se quedó en Los Ángeles y ella se fue a seguirlo y allá viven. Arreglaron papeles. Aquí dejaron su casa en la colonia López Mateos.







Aquí en Monterrey empezamos a grabar y nos daban chance en algunos programas de televisión. Hasta en los programas rockeros como el de Muévanse Todos donde salía Vianey Valdez. Luego comenzamos a hacer programas de música norteaña. Esos programas los empezó Kippy Casados y Rubén Aguirre, el Profesor Jirafales (personaje del programa televisivo El chavo del 8). Esthela Núñez, antes de empezar a grabar sus primeras canciones hizo programas de televisión aquí en Monterrey con nosotros. Luego tuvimos un programa en la XEOK donde el estudio se llenaba siempre que íbamos. Una ocasión llegamos en un carro Ford 64 y la raza le rompió los vidrios y le arrancaron la antena. Querían despojarnos las camisas y las chaquetas. Fueron épocas muy bonitas. A partir de entonces ya no quisimos saber nada de la ciudad de México.

Seguimos grabando con don Basilio y empezamos a salir para trabajar en toda la República y en Estados Unidos. Los éxitos continuaron desde el primero hasta el cuarto L.P. de discos D.L.V. El origen de esa compañía y todo lo que es nos lo debe a nosotros.

Después de las giras con el Conjunto Bernal, seguimos grabando con don Basilio. Para entonces ya había agarrado otros grupos como Los Rancheritos del Topo Chico y otros que empezaron a sonar. Íbamos a bailes y seguíamos grabando. Entonces Basilio quería que nosotros regrabáramos lo que otros estaban tocando. Fue entonces que El Palomo y el Gorrión comenzaron a decaer. Sólo vivíamos de lo que sacábamos en las giras.

Don Basilio Villarreal es una de esas personas que conocen muy poco de música pero que tienen mucha suerte. Si le mostrábamos una canción, él decía: "Ésta no sirve". Días después nos escuchaba cantar la misma canción y nos preguntaba: "Oye, qué buena canción ¿quién se las dio?" Un tipo muy raro.

Nosotros teníamos la intención de grabar con mariachi, pero notamos que a él no le interesaba. Nosotros queríamos experimentar porque siempre habíamos tocado sólo música de acordeón. La inquietud salió porque a veces en las caravanas nos poníamos a cantar con el mariachi y se oía bien. Al ver su desinterés y que nos daba puras negativas; además de que no nos dejaba escoger el material de grabación a nuestro gusto, decidimos irnos a otra compañía. Grabamos un L.P. para discos FAMA de Los Ángeles, California.

Con Basilio estuvimos desde el 62 al 73. Los arreglos que se hacían a las canciones, en su compañía, todos eran míos, pero él le ponía en los discos que los arreglos eran suyos o de su hijo. Cuando nos salimos de esa disquera, lo primero que hice fue componer algunas canciones como *Mi Pueblito*, *Maricela*, *Por el Parque*. En discos FAMA no sucedió nada porque no le metieron promoción. De ahí nos pasamos a discos SARAPE de Dallas, Texas. Ahí grabamos otro LP con el señor Johnny González, dueño de la marca disquera. Tampoco hubo promoción. Eso nos hizo reflexionar y aventarnos para crear nuestra propia marquita. Ya con nuestra propia compañía hicimos lo que Palomo y yo habíamos pensado durante mucho tiempo. Grabamos un tema de Pedro Fuente con mariachi, que fue el que abrió las puertas a la compañía nuestra, los arreglos eran míos. El tema era *Qué Bonito* del cual recibimos muchos trofeos: de Los Ángeles, de San Antonio, Discómetro de México, de muchas partes recibimos reconocimientos. Muchos artistas que vieron el éxito del tema también lo grabaron. Entre otros, Los Alegres de Terán, Lucha Villa, Mario Saucedo, Flor Silvestre, pero el éxito original fue con El Palomo y el Gorrión. Hay un LP que se hizo totalmente con mariachi, se llama 15 éxitos de El Palomo y el Gorrión donde están varias melodías más y es uno de los *cassettes* que se siguen vendiendo mucho hasta la fecha. Y eso que don Basilio decía que no podíamos grabar en otro estilo.

La compañía fue una idea mía. Siempre he sido muy inquieto y creí que la podíamos hacer. Además de querer grabar con mariachi, la idea de formar la compañía fue para darle oportunidad a otros grupos. Llegamos a tener hasta catorce grupos grabando con nosotros. Originalmente le quise poner por nombre GORPAL para que fuera mi nombre primero, pero no me gustó y finalmente opté porque siguieran siendo las siglas del nombre del grupo y le llamé PAYGO, Palomo y Gorrión.

Cuando empezamos a pegar fuerte y que aparecíamos en los programas de Rómulo Lozano, volvimos a saber de mamá. Mandó a Julio para que hablara con mi papá porque quería saludarnos. Como nuestro éxito fue tan rápido y como acabábamos de llegar de México, Dimas pensó que ya éramos millonarios y nos dijo:

- Bueno, vámonos ¿en qué carro andan?

- No, pues en camión.

Y nos fuimos a La Fama, donde ellos vivían, para saludar a mi mamá.

Me casé en 1971. Laura era secretaria en la XET. Todo mundo la conocía más por Raquelito. Tenía un cuerpo de modelo. Aunque nunca quiso jalar ni como edecán. Era una mujer muy guapa. Recuerdo que andaba un pelado enamorado de ella, grandote, ojos borrados, bien tendido: Pedro Treto Cisneros, que luego dirigió al equipo de beisbol Sultanes de Monterrey. Terco con ella. Estaba chavo. Invitaba a Laura a comer y la iba dejar a la casa. Y había otro tipo, corredor de autos, que ahora es un industrial. Se apellida De Carral. Luis era el nombre. Muy bien parecido y andaba de galán con Laura. Rómulo Lozano fue otro de los que anduvieron tendidos con ella. Hasta que empecé a ir a su casa y conocí a su mamá.

Santos Espinosa fue el que me hizo un paro. Habló con la señora y le dijo: “Oiga señora, es que Miguel quiere ser amigo de Raquelito, le tiene un amor platónico”. Como Santos era maricón le salió muy bonito lo que dijo y le creyeron. De ahí en adelante Laura empezó a salir conmigo a comer o a dar la vuelta. Si no, yo iba a su casa y comíamos con doña Mica, la mamá de ella. Compré mi carrito y le daba raid. Comenzamos a salir. Luego ya nadie me hablaba ahí, en la XET, donde ella trabajaba.

Enrique Ávila Rubí, era en ese tiempo el programador de la difusora y también estaba enamorado de Laura. Se quería casar con ella. Hasta lo último, cuando ya estábamos casados, me empezó a pelar, porque antes estaba enojado. A doña Mica le gustaba Ávila Rubí porque era muy serio. Todos ellos anduvieron sobres de Laura, pero Miguel Luna se las ganó. Mucha gente dejó de hablarme cuando nos casamos. Por cierto, los que tocaron en nuestra boda fueron Los

Montañeses del Álamo. Rómulo me decía: “cuídala, cabrón, nos chingaste a todos, pero que no sepamos que le haces algo a Raquelito porque entonces sí vale madre”. Y hasta la fecha me preguntan por Raquel Laura.

Anduvimos de novios tres años, hasta que doña Mica me dijo: “Oiga Miguel, se va a casar con mi hija o déjala tranquila, en paz, para que ella busque un hombre que le convenga y haga su vida. Está enamorada de usted y que ella haga lo que quiera, pero usted defina si va a casarse ¿o qué?” Nos casamos en un salón de la colonia Chepe Vera. Rómulo, Jeremías Becerra, Los Dos Rancheros, el padrino de México, todos ellos atestiguaron la boda. Teníamos como unos veinte años de edad.

Los primeros años la sufrimos de a madre. Laura es muy trabajadora. Se iba a las dos de la mañana hasta La Chona con papá, manejando ella un camión de doble rodado. Y siempre bien derecha. A veces se iban amigos míos con ella, acompañándola, y si le insinuaban algo ella luego luego me decía. Así se daba su lugar. Una mujer que se da su lugar puede andar donde quiera y con quien quiera. Muy derecha. Cuando nos casamos ya no trabajó en la XET, pero ahí duró unos cuatro años.

Cuando nos casamos ya tenía mi casa en la Colonia López Mateos, allá por Santa Catarina, mi carrito y algunos animales en el rancho. Eso sí, doña Mica me quería de a madre porque: Que vamos a Laredo, a la tienda fulana, que vamos allá... ella y Nidia, la más chiquilla de la familia. Hasta ella misma se andaba enamorando de mí y me lo decía: “Oye, Miguel, ya me estoy encariñando contigo”. Yo pensaba: Dios mío, pues qué pasa. Esto Laura lo sabe.

Laura tiene muchos medios hermanos. Su papá se divorció de doña Mica cuando nació Nidia. Todavía las visita. Sabe como tres idiomas. El también me quiere mucho, hasta la fecha. Se ha casado como seis veces. Trabajó como encargado del Hotel Ancira y luego en el Ambassador. Vive en Escobedo, Nuevo León y ya está muy viejo. Ahí puso una tiendita que él mismo atiende. Cuando me casé mi mamá iba a visitarnos a la casa.

Tengo una madrina en México que me quiere mucho. El padrino ya hace mucho que murió. Ellos eran archimillonarios. Su hija me quería mucho, todavía me quiere, porque hace poco hablamos por teléfono y me preguntó que cuándo

iba para allá. Nos conocimos de güerquillos en su casa. Siempre nos quisimos mucho. Cuando me casé, decía mi madrina: “No sé por qué se casó Miguel si mi hija lo quería mucho”. Ellas tienen tanto dinero que no se lo acaban en toda su vida. Es una morenita alta que estaba destinada para Miguel. Ella anduvo de novia conmigo. Cuando se casó, el esposo supo de lo nuestro y desde entonces no me puede ver. Recientemente nos volvimos a encontrar. Le dije que me iba a casar de nuevo y se agüitó un poquito porque ella todavía tenía esperanzas de llegar a concretar algo conmigo, ya que andaba emproblemada con el esposo. Mi madrina ahorita tiene como sesenta años y me quiere mucho también. La gente se encariña con uno porque uno es noble.

Nosotros iniciamos los bailes masivos. Los Relámpagos del Norte empezaron con una canción llamada *Ya no llores*, en esa se hacen primera y segunda el bajo sexto y el acordeón. Esa fue idea mía y no es que sea presumido. El Palomo y el Gorrión grabaron por primera vez con esos arreglos en *Mi Rancherita*. Después Los Relámpagos del Norte grabaron su canción con esos arreglos.

Después del cuarto LP que grabamos con don Basilio, grabamos una canción que se llama *Compadécete mujer* donde las voces son las que empiezan la melodía y en seguida hay un arreglo con el bajo sexto y luego ya se entra de lleno a la canción. Pues ésa fue idea mía y don Basilio se la adjudicaba. Una canción de Tereso García, que se llama *Mi Rancherita*, también llevaba unos arreglos muy bonitos donde el acordeón y el bajo sexto hacen primera y segunda, adornando juntos. Todo eso se grabó antes de que Los Relámpagos aparecieran en el mundo de la música con ese estilo que lo sacaron como suyo, pero que era un estilo creado por mí para El Palomo y el Gorrión y que lo hicimos famoso. Aunque cuando lo oyeron con ellos, la mayoría de la gente cree que es de Los Relámpagos. Como también mucha gente piensa que los bailes grandes los iniciaron otros grupos, pero cabe aclarar que fuimos el primer grupo norteño que entró a la capital de México. Fuimos en la Caravana Corona, con artistas de mucho renombre y prestigio. Después entraron Los Alegres de Terán y otros grupos. En algunos periódicos se menciona, a veces, que los bailes grandes y la onda grupera iniciaron con Ramón Ayala y Los Relámpagos. Eso no es cierto porque, el señor Servando Cano no me dejará mentir. Pero él personalmente nos pidió

oportunidad para que Los Relámpagos, que él representaba, tocaran algunas piezas para darse a conocer en los bailes donde nosotros nos presentábamos. Eso demuestra que, desde entonces, nosotros encabezábamos los bailes masivos, que nosotros fuimos primero en esa onda.



Cuando creció nuestra fama, después de las primeras grabaciones, hacíamos giras con Rómulo Lozano y con Pinolillo, un personaje que tenía un circo, a Reynosa, Concepción del Oro, Río Bravo, Juárez, Montemorelos, Cerralvo, Sabinas. En Cadereyta nos presentamos en el Cine Rodríguez, uno de los más grandes que había. En esa presentación se quedó afuera más del doble de la gente que había adentro. A pesar de que acomodaron gente hasta arriba del foro donde estábamos tocando; otros colgados de las ventanas, en los pasillos, todos apretados en el lugar. El dueño del cine dijo que a pesar de que eran otros tiempos, cuando Pedro Infante estaba pegando mucho en popularidad, había ido a ese cine y que lo lleno. Pero que nosotros lo habíamos superado. También pasó lo mismo en Estación Sandoval, más allá de Río Bravo. Ahí nos dieron un diploma por haber metido más gente que ningún otro grupo.

La primera vez que nos presentamos en Saltillo fue en un salón que se llamaba Obreros del Progreso. Al día siguiente nos anunciaron en la plaza. Recuerdo que llegamos en nuestro carrito, un Ford 54. La sorpresa fue que dos cuerdas antes de llegar a la plaza estaba llenísima de público, peor que si fueran a recibir al Presidente. No pudimos entrar. Tuvieron que meternos con la ayuda de bomberos y policías para llegar hasta el escenario donde íbamos a cantar. No me explico cómo oírían si se usaban bocinas *Radson* de cono de muy baja capacidad.

Algo parecido nos pasó en un ejido que está como a una hora y media de Torreón. Llegamos y toda una cuadra estaba repleta de gente que no pudo entrar al cine donde nos presentaríamos. Recuerdo que los campesinos no nos dejaban entrar. Se amontonaron en la puerta del cine. No, ahora cantan para todos o no entran, nos decían. Una cosa exagerada, hasta que los organizadores anunciaron por las bocinillas del cine que harían el baile en el parque de beisbol. Como si hubieran visto al diablo, la gente se fue corriendo para ganar lugares. Hubo atropellados, pisoteados donde se iban empujando unos con otros. Y con el co-

rredero se levantó una polvareda. En el parque acercaron una tarima de *trailer* y ahí montaron el escenario. Toda esa popularidad se logró gracias a la radio. En esa época quién iba a tener tocadiscos o grabadoras como hay ahora. Por eso los llenos que hacíamos no cualquier grupo lo lograba. Nosotros le debemos mucho a la radio.



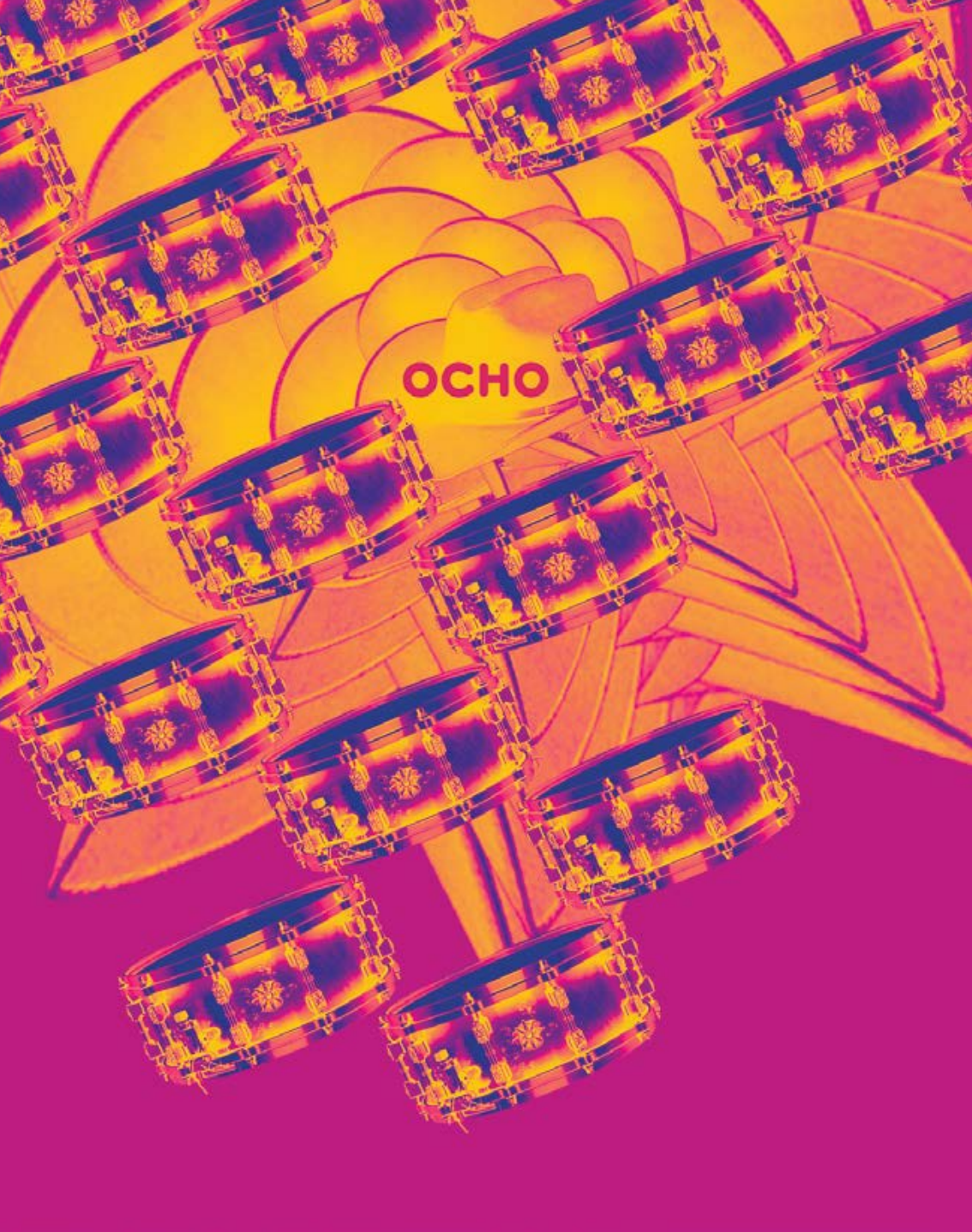
Una ocasión, en la XET radio, hubo un concurso musical que se le ocurrió a don Mario Adame Zamora, el conductor del programa. La idea era ver quién juntaba más votos en la preferencia del público. Participaron Pedro Yarena, Chuy Rodríguez, Juan Salazar, Lorenzo de Monteclaro, Juan Montoya y tantos otros. El premio era una lira de plata como trofeo. Empezó la competencia y comenzaron a llegar a la difusora: postales, cartas y llamadas de la gente emitiendo su voto a favor de los distintos intérpretes de la música regional nortea. La competencia duró como tres meses y fue muy emocionante porque la gente estaba al pendiente del resultado. A final de cuentas les ganamos a todos y se nos entregó la lira. Los nombres de los últimos diez participantes que emitieron sus votos acompañarían al grupo ganador a una cena en el Hotel Ancira. Después de nosotros, el que alcanzó muy buena cantidad de votos fue Lorenzo de Monteclaro, también se le entregó una lira de plata y estuvo en la cena. Pero nadie se le pudo comparar a El Palomo y el Gorrión. Cuando se dio a conocer el resultado don Mario Adame, bromeando, hizo un comentario en el programa: “Bueno, esta competencia ya la ganó El Palomo y el Gorrión; ellos le ganaron a todos los cantantes de aquí de Monterrey. Ya sólo falta que se encuentren a Juan Salazar y los balacee”. Y es que Juan Salazar tenía fama de broncudo. Golpeaba señoras y había estado en el penal. Inclusive algunas ocasiones nos dimos cuenta que para grabar y pasar sus programas a la XET radio, Juan Salazar llegaba con celadores, grababa y luego lo volvían a subir en la camioneta y lo encerraban de nuevo en el penal. El comentario que hizo el señor Adame se difundió a nivel nacional e incluso en Estados Unidos.

Pasó el tiempo y en todos los lugares donde íbamos a tocar, y hasta la fecha sucede, que la gente nos pregunta: “Oye, supimos que Juan Salazar balaceó a uno de ustedes”. Al principio lo negábamos y nos metíamos en la bronca de explicar

que había sido una broma del señor Mario Adame, pero la gente pensaba que lo hacíamos por encubrir a Juan Salazar y entonces decidimos que cuando nos preguntaran, según al que le tocara la pregunta iba a decir que el herido había sido el otro. Si me preguntan a mi yo siempre digo que Palomo fue al que hirieron.







OCHO

Cuando papá tenía seis años, dice que conoció al Niño Fidencio en su mero apogeo. Llegaban los ferrocarriles con muchos heridos para que los curara. Dice que se hacían unas colas grandísimas como de doscientas gentes. El Niño Fidencio se amarraba a la cintura unos trapos embarrados con sebo y les prendía fuego. Luego caminaba entre los enfermos y les decía que el que alcanzara a tocar los trapos prendidos, se iba a aliviar. Se armaba el amontonamiento y eran más los que morían aplastados o quemados que los que se aliviaban.

He escuchado otras anécdotas del Niño Fidencio que me resulta difícil creer. Dicen que juntaba montones de gente y luego caminaba sobre sus cabezas sin caerse, casi flotando. Se metía a unos baños ahí en Espinazo, Nuevo León y toda la gente se metía para bañarse con él. Todo eso vio papá cuando anduvo con mi abuela en los trenes atendiendo a los soldados; dice que hasta un presidente (Plutarco Elías Calles) llegó a visitar al Niño Fidencio.

La tía Paula, con la que vivió mi papá hasta antes de casarse, tuvo una hija que se vino a vivir a Monterrey donde puso unos billares y se dedicaba a trabajar con la magia negra. Llegó a ser de las personas más importantes. Vinieron a verla gentes hasta del otro lado. Llegó a hacer mucho dinero porque curaba pero usando la fuerza de la magia negra. Como era prima hermana de mi papá, él acostumbraba visitarla mucho. Se llamaba Josefina. En el billar tenía una calavera debajo del mostrador donde se servían las cervezas. Desde el mostrador bajaba un tubo hasta la calavera y cada noche tenían que caerle siete gotas de un perfume que se llama Siete Machos Cabríos. Dice papá que cuando iba a morir su prima, se daba de golpes contra las paredes de su casa, como que enloque-

ció. A las monjas les dejó de herencia unas tinas con dinero para que pasaran a recogerlas. Papá vivió una temporada con ella en Monterrey ayudándole en la limpieza del billar y vio todo esto que platico.



En La Chona, papá trabajó con un doctor alemán muy famoso, que no sé cómo llegó ahí. Se llamaba Picaso. Este doctor andaba examinando las cuevas de la sierra y metía a papá junto con él para que lo acompañara. Un día lo mandó de noche al panteón para sacar el cuerpo de una persona que habían matado. Cuenta papá que antes de desenterrarlo tenía que llamarlo por su nombre y decirle: "Fulano de tal, te voy a sacar para estudiarte". La primera vez papá tuvo miedo y prefirió correr. Tiempo después mataron a otra persona en El Sauz y el doctor mandó nuevamente a papá para que desenterrara el cuerpo y con ese sí se animó y lo sacó. El doctor quería los cuerpos supuestamente para estudiarlos y le pedía a papá que todas las noches lavara la calavera. Cuando Picaso muere, dicen que su cuerpo estaba lleno de piojos. Y la calavera del cuerpo, que había estado estudiando el doctor, papá se queda con ella y se la lleva a la hija de la tía Paula. La siguió lavando todas las noches con el perfume que le había dicho el doctor. Y la tenían allí en el billar.

Una ocasión agarró la borrachera con su primo Beto La Chaparra, el hijo de la tía Paula, y se le olvidó lavar la calavera. Se acordó hasta como a las dos de la mañana. Asustado fue y se acostó entre los cuerpos de la prima Josefina y de Beto porque tenía mucho miedo. Y cuenta que de todas maneras sintió cuando lo sacaron cargando para afuera de la casa y lo pusieron atravesado en el brocal de la noria de su tía. Dice que le tiraba unos gritotes y cuando ella salió, le dijo:

- ¿Qué traes güerco desgraciado, ya tomaste otra vez?

- No, tía.

- ¿Qué chingados estás haciendo ahí?- Y del puro miedo estaba tieso, tendido sobre la noria. Y no se explica quién lo sacó. Y de ahí en adelante, santo remedio. La prima se trajo la calavera para Monterrey.

Todavía después de que volvimos de México, papá nos llevó a buscar al espeso de su prima porque ella ya había muerto y le preguntó: "Oye, ¿dónde está mi calavera?". Todavía después de muchos años papá preguntaba por su mentada calavera. Dicen que para que una calavera de esas brinde suerte debe ser de una

persona que haya muerto asesinada porque supuestamente si lo matan antes de que se cumpla su tiempo de vida natural, entonces su alma queda penando hasta que llegue su día de juicio. Quién sabe si será cierto. Dice papá que tiempo después, cuando tomaba, veía los espíritus de los muertos que fue a sacar por órdenes del doctor aquél. Uno lo sacó del panteón y el otro estaba sepultado junto a un camino. Todo esto lo aprendió del doctor Picaso y sucedió cuando papá era muy joven, antes de que se casara. Ese doctor lo enseñó a fundir plata. Conoce de las minas porque Picaso le enseñó todo eso. Nada más para sacar los difuntos mandaba a papá solo.



Doña Paula murió de ciento diez años. Dicen que era muy buena curandera. Alguna ocasión llegó un señor enfermo al que le sacó como un litro de pus de la nariz. Ella misma lo sondeó y lo curó con yerbas. Un valor muy grande de mujer porque nadie se atrevía a hacer esas cosas en el pueblo. Lo sanó. Era una mujer con mucha experiencia que conocía de todas las medicinas. Inyectaba a todos los de La Chona. Se le veía que andaba como a cien por hora todo el día, nada más le volaban las nagüillas. No había horario, a la hora que fuera. Yo la vi ya muy viejita correteando por el pueblo para curar sus enfermos. Una persona muy famosa que anduvo en la revolución. A mí me curó porque me caí de una cerca y se me vinieron encima unos palos. Uno de éstos se me clavó en la frente que hasta se me veía el hueso. Lo primero que se me ocurrió fue correr para la casa de doña Paula y me alivió que hasta ni cicatriz me quedó. La fui viendo que agarró una aguja con hilo para coserme y ya me arrepentía porque me cosió sin anestesia y me recetó una pomada y así estuve hasta que me alivié por completo.



Mauro Luna era hermano de doña Paula. Le decían El Chinique porque era de los más chicos de la familia. Le gustaba mucho montar. Tenía un caballo que lo educaron, para saltar cercas, los de una guarnición del ejército. Vivía en la hacienda de La Presa, cerca de La Chona. Ahí tenía unos billares y le gustaba mucho el box. Admiraba al Toluco López y al Pajarito Moreno. Usaba una pistola *Parabellum*, marca alemana, y tenía también un radio de esos antiguos. No se perdía cada pelea que transmitían. En la primera que perdió El Pajarito Moreno agarró a balazos el radio. Cuando nosotros, ya de grandes, íbamos a jugar a su

billar, de repente se le metía lo loco y nos pelaba el cuete, cortaba cartucho y empezaba a tirar balazos. No quedaba nadie en el billar.

Mauro estaba un poco tocado. Tenía un hijo que vivía en Sandía y en La Chona, otro, al que le decían El Cinco. A veces cuando pasaba alguien con cualquiera de esos rumbos les decía: “Oye, creo que yo tengo un familiar allá, hombre, no sé cómo se llama, pero saludámelo”. Era su hijo. Y en otras ocasiones: “Ahí en La Chona tengo un hijo, no me acuerdo de su nombre...mi número...mi número...”. ¡Cinco! le decían para hacerlo recordar; y entonces pedía que lo saludaran de su parte.

Antes de morir duró como dos meses en agonía. Cuando ya parecía que se iba a morir, revivía. Así estuvo hasta que por fin marchó. Un hermano de mi mamá le ayudaba en el rancho porque su esposa estaba ya muy viejita y platica que cuando lo cambiaba se le notaban llagas en la espalda de tanto que duró tirado en la cama. Durante esos dos meses, mi tío Tomás Franco, tuvo lista la caja porque parecía que ya iba a morir. Lanzaba un suspiro largo y el tío pensaba, qué bueno que ya descansó el pobre, y nada. A los diez minutos volvía a resollar y cuenta que le pegó unos sustotes. Al final de su vida se le iba el tiempo en cantar canciones de la hermandad, igual que mi abuelo.

Pepe Reyna era un varillero de La Chona. Vendía joyas, agujas, hilos, dedales, listones de colores y un montón de cosas por todas las rancherías del sur del estado. De él hay un corrido que se cantaba en todos los ranchos. Andaba en su guayín y además era músico. Pepe Reyna tocaba violín y guitarra cantando sus corridos. Tocaba por toda la región. Y José Pérez era otro personaje como Pepe Reyna. Este se la pasaba recorriendo las rancherías. A la casa donde llegaba les ayudaba a pisar o a sembrar, todo a cambio de la pura comida. Era muy enamorado. Llegaba con su guitarra terciada a la espalda, montado en su burro cada dos meses. En las noches, después de trabajar, las gentes se juntaban en la cooperativa o en la tienda del ejido y él se ponía a cantar o a platicarles las historias que venía dejando atrás: de gente que mataban en los bailes, de que fulano dejó a fulana, que aquél balaceó a otro por la mujer de fulano. Platicaba eso y les hacía corridos. Al día siguiente volvía al trabajo o se cambiaba de rancho, de casa. Duraba una semana o dos y de repente se perdía, a veces hasta por

un año. No tenía paradero ni se sabía su origen. Eran gentes que son bohemios vagabundos. Se la pasaban preparándose en la vida para ir a los ranchos a divertir a la gente. Buscaban las historias no para aprovecharse de ellas sino para divulgarlas.

Hay otro personaje llamado don Luciano. Tenía dos hijas. Una de ellas vivía en El Sauz. Ahí fue donde me tocó conocerlo. Igual que los otros, se la pasaba recorriendo los ranchos, pero a diferencia de aquellos, éste tocaba el acordeón. De él se conocen muchas historias. Hacía reír mucho a la gente porque imitaba sonidos y lo que hacían las personas. Les contaba todo lo que llegaba a suceder en un baile. Si allí había pleito, les iba contando la historia con detalles y al mismo tiempo imitaba los sonidos de la gente corriendo, los gritos de las mujeres, el tiradero de sillas, el ruido de los balazos y así se la pasaba haciendo reír a todo mundo. Ahora ya debe ser muy viejo. Lo último que supe de él es que vivía en Nuevo Laredo.

Ramoncito era un musicazo que cuando cantaba arrastraba mucho las erres. Con el tiempo fue perdiendo el oído. Todavía de viejo tocaba acompañado de su hijo Tocho Pérez. Hay una anécdota donde ellos estaban tocando en algún lugar y se armó una balacera. Asustados, corrieron porque se vieron muy cerca de los balazos. Ramoncito se quedó atorado de su camisa entre las púas de una cerca. Del susto se hizo del baño. Dicen que le gritaba a su hijo: “Desatóreme mi Tocho, desatóreme mi Tocho y huélale, si es bazofia ya me chingarón”. Pero la verdad es que no estaba herido.

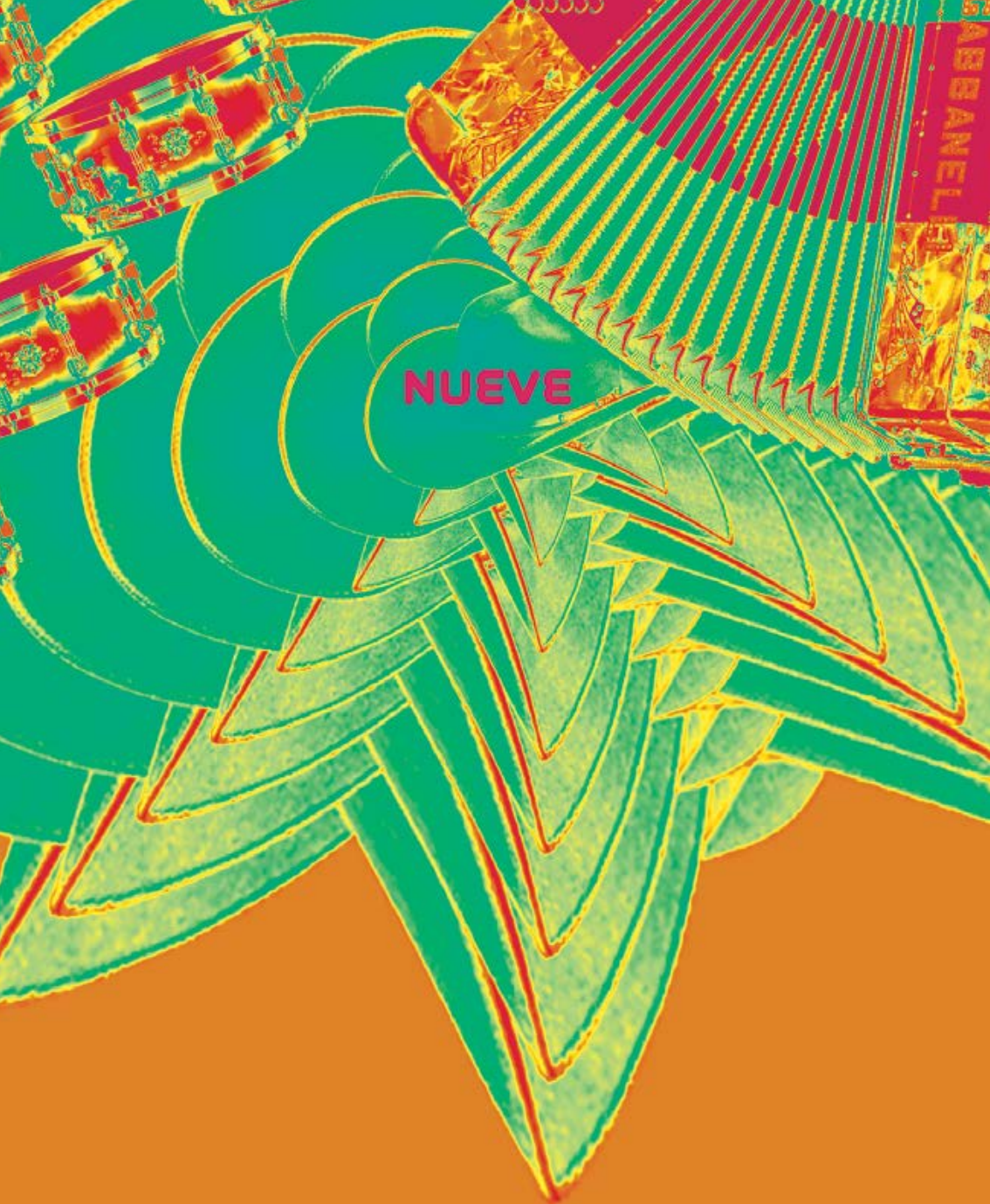
Cuando viví en La Chona, antes de irnos para México incluso después que regresamos, todavía se siguió haciendo. Si alguien sembraba y cosechaba mucho maíz, se juntaban cuatro o más muchachas del ejido, contrataban un músico y se iban a su labor, escondidos entre las hierbas. Llegaban con el dueño por sorpresa y lo vendaban. Amarrado lo obligaban a que hiciera baile y comida para todos. Pero si el dueño de la parcela se las olía, arrancaba corriendo antes de que llegaran y se escondía, porque nadie quería gastar. Esa era una tradición muy bonita y muy sana, un juego de adultos que todo mundo respetaba.

Otra anécdota de Ramoncito es que una ocasión se lo llevó mi compadre Arturo Ramírez en un caballo: “Órale Ramoncito, móntese, enánquese, allá van ya las muchachas adelante, vamos a amarrar a don Santos Ortega”. Este señor llegó a ser alcalde de Aramberri. Ramoncito se terció el acordeón a la espalda y se montó en el caballo. Entonces donde Arturo le dio galope, como Ramoncito era muy delgado, se andaba cayendo y le grita enojado a mi compadre Arturo: “Párele, Arturito, párele, cabrón, bájeme porque si no, no toco».

Todos ellos: mi abuelo, doña Paula, Mauro y otro señor que se fue a Laredo, vienen de gente muy fuerte. Duraron muchos años, todos pasaron de los cien. En muchos de los casos se murieron primero los hijos.







Al regreso de nuestras giras por los Estados Unidos nos íbamos a descansar a La Chona unos dos meses. Entre semana a mí me gustaba andar visitando los ejidos, platicar con la gente y estar en las fiestas de los municipios. Mi papá tenía un criadero de burros. Cuando regresamos de México llegamos a juntar como setenta animales. Entre esos estaba uno blanco. Ése lo conseguí luego que regresamos de México. Le rogué a un señor que tenía crías para que me vendiera uno. Me lo vendieron. Un día mi papá le prestó una burra a un señor de un rancho vecino, precisamente de San Pablo de los Rueda. Era una burra pinta. Tiempo después papá me pidió que fuéramos a ver qué había sucedido con aquel animal. Fuimos y el señor nos regresó una burra nieta de la que nosotros le habíamos prestado, pero igual de pinta. Entonces, el señor me invitó a una fiesta.

- Miguel, te habías de venir a la fiesta de San Pablo.

- Pues, ¿cuándo es?

- En tres días más.

Cuando llegó la fecha de la fiesta nos fuimos tempranito. Son fiestas a donde llega gente de todas las rancherías: de La Presa, de Sandia, del Sauz, Los Ángeles, de San Francisco, de tantos ejidos que hay ahí a la redonda. Cuando llegamos nos encontramos a mucha gente conocida. Andaban jugando a la pelota (beisbol), preparando peleas de gallos, jugando beisbol. Uno de ellos era Chon Dimas, nacido en el mismo rancho que nosotros, al que conocía desde niño. Lo saludé porque era un muchacho que se había criado con nosotros, unos dos años más grande que yo.

Ya para oscurecer le pedí a papá y a mi hermano Lupe que nos fuéramos a La Chona y regresáramos más tarde para invitar y traer más raza a la fiesta. La música ya había comenzado, el ambiente se estaba poniendo bueno. Al regreso nos encontramos a mucha gente que venía huyendo de la fiesta. Cada quien se fue

a su rancho como pudo. Por ellos nos dimos cuenta de lo que había sucedido. Hirieron a cuatro campesinos, entre ellos a Chon Dimas. La fiesta casi ni arrancó de lleno. Nos platicaron cómo había estado.

El que dirigió a la gente para que disparara y que hirieran a los campesinos se llama Gustavo Vázquez. Es un comandante de la policía judicial al que ya conocía. A mí ya me había tocado con él un caso un poco desagradable. De ese señor, a mí me consta que era muy agresivo, prepotente. Muy crecido porque trabajaba en gobierno. Sucedió que yo andaba de pata de perro con una muchacha de La Chona que se llamaba Ernestina Torres, muy bonita, mujer joven. Mi hermano Palomo salía con una hermana de ella. Íbamos al rancho y se quedaba conmigo en una hacienda vieja llamada La Fábrica, que le compré a mi compadre Pepe Gómez. Allí tenía vacas, chivas, yeguas y animales que criaba. Alguien encandiló al abuelito de Ernestina para que me hicieran un problema. El papá de ella había sido influyente. Y un tío suyo trabajaba también con Gustavo Vázquez, en ese entonces. Otro judicial, Tacho Carranza, era uno de los que he comentado que tenía pleito casado con papá, porque cuando íbamos a comprar mandado y se emborrachaba, Tacho lo cocoreaba y lo hacía enojar.

Entonces, entre esos dos judiciales y Gustavo Vázquez hablaron con el abuelito de Ernestina para convencerlo y poder hacerme un problema. Como mi hermano Lupe y yo siempre andábamos rodeados de amigos, nos fuimos al rancho El Pinal, también de nosotros, y que está como a media hora de La Chona, a caballo. Veníamos jugando, en la noche, cotorreando, echando chistes. Ernestina estaba en la finca de La Ascención. Yo traía una pistola nueve milímetros de quince tiros. Ya para llegar a La Chona hay una acequia. Ahí estaban esperándonos escondidos los judiciales, tirados de panza. De repente se pararon y ¡Deténganse!, gritaron. Mi hermano me arrebató la pistola de la cintura y la mete debajo del suadero de la silla de su caballo para que no me la quitaran. Nos preguntaron:

- ¿Qué armas portan?

- ¡Ninguna!- les contestamos.

Y a mí se me ocurrió algo. Como siempre hemos sido muy conocidos por nuestra música porque de alguna manera hemos hecho un nombre que se reconoce; se me hizo fácil identificarme para que no nos molestaran. Ya otras oca-

siones había funcionado siempre que pasaba algo así. Ya que nos conocen, no nos molestan ni nos esculcan. Entonces, cuando nos encañonaron les dije en la oscuridad:

- Permítame identificarme, soy Miguel Luna de El Palomo y El Gorrión.

- ¡El mismo cabrón que andamos buscando!

Eso no nos funcionó, salió peor. Nos bajaron de los caballos. Empezamos a discutir la acusación de que me había robado una muchacha, a Ernestina. Y les dije que yo no me había robado a nadie, que ella andaba conmigo por su propia voluntad. Con palabras fuertes me decían que me iban a detener. Como a mí era al que buscaban, los demás muchachos ya se iban a ir. Los dejaron libres. Y sucede que cuando los caballos han caminado buen rato y que el jinete desmonta, se sacuden, se les mueve la piel, tiemblan. Al sacudirse el méndigo caballo la pistola cayó al suelo. Entonces, Vázquez, el judicial que ya dije que era muy agresivo, dijo: "Ah, me querían ver la cara de pendejo". Y le dio un par de patadas a Lupe en el pecho al mismo tiempo que le rayaba la madre. Mi hermano se le aventó encima para golpearlo y también se la rayó, pero lo agarraron los demás muchachos y lo calmaron. Ese pelado medía como uno setenta de estatura y Lupe pues es chiquito, pero nunca se raja con nadie. Mide como uno cincuenta y cinco. Por cierto que supimos que Vázquez era de China o de General Bravo, Nuevo León. Lo cierto es que Lupe se quedó con el par de patadas y las cachetadas que le dio y ya finalmente los dejaron que se fueran. Yo era el que les interesaba.

Me preguntaron dónde estaba la muchacha. Les dije que en la casa pero les insistí que ella estaba por su propia voluntad. Uno no les anda preguntando la edad a ellas. Yo temía que fuera menor de edad y entonces sí hubiera estado en problemas. Total que me esposaron y me metieron en la cabina de la camioneta. Me dio mucha pena porque no sé qué cosa llegaron a hacer al juzgado de La Chona y la gente me vio ahí esposado. De volada se corrió la voz en el pueblo.

Me llevaron junto con Ernestina a Doctor Arroyo pero no nos metieron a la cárcel. Nos dejaron en las oficinas y allí me sacó de dudas sobre su edad. Esos señores lo que querían era hacer negocio conmigo porque la verdad es que no había delito que perseguir. Era cosa entre ellos. Otro día, muy temprano, entró Gustavo Vázquez y me dice:

- Oye, Miguel: ¿Por qué no arreglamos esto? tú tienes vacas, tienes animales. ¿Por qué no vendes dos, tres? o me las entregas y aquí no ha pasado nada.

- No, mejor le damos para adelante a ésto porque para empezar ella anda por su voluntad y es mayor de edad.

- Pero es que tú eres casado.

- Y eso qué, yo estoy separado de mi familia -le tuve que echar una mentira.

- Pues sí, pero al rato viene su abuelito y el tío de ella.

Entonces se arrima Tacho y me dice que arregle con el comandante porque él había tenido que hacerme la valona con los familiares ya que supuestamente andaban muy ofendidos y querían agredirme. Yo le contesté que él no tenía por qué andarme defendiendo, ya que yo me sé defender solo y además tengo verdaderos amigos en todas partes.

Después llegó el viejito, el abuelito de Ernestina, y estuvo discutiendo con ellos. En eso también llega mi papá, que estaba en Monterrey pero al enterarse de mi detención se fue a Doctor Arroyo. Le pedí que se comunicara con Rómulo y con don Jeremías Becerra, padrinos de mi boda y con muchas amistades en gobierno. Cuando le estaba diciendo ésto a papá, el comandante oyó y se fue directamente a hablar con el agente del ministerio público. No le quedó otra que hacer las cosas por medio de papelería. Todo legal.

El agente del ministerio era conocido del comandante y originario de Estación Sandoval, un pueblito del norte de Tamaulipas. Cuando ya mi papá se había comunicado a Monterrey, entra el agente y me dice:

- Oiga, conque usted es de El Palomo y El Gorrión. Me acaban de informar que usted estaba aquí; pues qué problema hay. ¿Cómo está la cosa?

- No, pues aquí los señores que se quieren pasar de listos y ya me están pidiendo ganado para dejarme en libertad y que no haya problema. Yo no les voy a dar ni un quinto.

- Chihuahua, pobre viejito, lo encandilaron que le hiciera pleito a usted, pero... yo los conozco a ustedes desde cuando iban a tocar para el doctor Aguilera a Estación Sandoval y por cierto, uno de ustedes estuvo engañando al doctor con su esposa.

- Bueno eso es cosa que si alguno de mis compañeros -lo cual era mentira- lo hizo, ya fue hace más de diez años, pero si tiene con qué probarlo, adelante, investigue.

- No, lo que quiero decirle es que yo los conozco desde que iban a tocar y creo que allá hay algo pendiente contra ustedes...

- No, pues investiguelo. Lo que pasa es que yo creo que aquí no hay delito. Mi papá acaba de comunicarse a Monterrey para que si lo hay, darle para adelante si la muchacha pide algo. Y si no para que se haga justicia conmigo.

Ellos, en realidad lo que estaban buscando era darle una salida al problema. La verdad es que Ernestina siempre anduvo conmigo por su voluntad. Para esto, ya habían sacado a la muchacha para que hablara con su abuelito y ella se mantuvo firme de que andaba por su propia voluntad y no la sacaron de ahí. Yo le había dicho al agente que si había delito, cumpliría con la ley, y si no pues andaban fuera de la olla porque me estaban pidiendo dinero sin motivo alguno. Entonces el agente me pregunta:

- Oye, ¿tú eres sobrino de Arturo Luna Lugo?

- Sí, si soy su sobrino-. Mi tío había sido líder de la CNC y diputado federal.

- No te apures, al rato te vas. No hay problema aquí. Lo que pasa es que vamos a hacer un papeleo por una pistola que te recogieron y que ya enviamos al ejército.

- Está bueno.

Ya que hicieron la papelería me dejaron en libertad. El pobre viejito quedó en ridículo. Y yo quería seguirle adelante porque consideraba que eso era un abuso. Entonces se vino Gustavo Vázquez a hablar conmigo y me dice:

- Mira Miguel, ya dice el agente del ministerio público que te conoce y nos gustaría que no vayas a hacer relajo más adelante. Como amigos. En lo que te podamos ayudar más adelante, nosotros siempre andamos aquí. Esta onda fue de los familiares.

Pero era mentira porque el que quería el ganado era él. Le dije que estaba bueno, pero que nada más me regresaran la pistola que me habían quitado. Como ya la habían entregado al ejército, fue difícil rescatarla. Y también que ya no le hicimos la lucha. Gustavo Vázquez insistió:

- Danos tu palabra de hombre que aquí muere todo.

- Está bueno.

Esto pasó como dos meses antes de lo de San Pablo de los Rueda. De este pelado que les cuento fue el mismo que llegó allí y ocasionó la tragedia de los campesinos. Cuando regresábamos al ejido nos encontramos a los agentes de la judicial que iban hechos madre por el camino. Yo incluso hice un corrido de esa tragedia. Pasó que Gustavo, igual que mucha gente de gobierno que se la pasa extorsionando y robando, llegó al ejido extorsionando al comisariado ejidal dizque por los juegos de pelota, que no tenían permiso. Como el comisariado no les quiso dar dinero ya que era una fiesta de aniversario del ejido donde los juegos son una tradición y una costumbre para que se haga la fiesta. Luego se fue a los gallos y paró las peleas porque el comisariado no les daba dinero. Ahí fue donde se hizo la discusión. Pararon las peleas, esposaron al comisariado, lo detuvieron. Otro muchacho fue a avisar al juez del pueblo, que estaba en una cooperativa, una tiendita donde se junta la gente a platicar. Ahí estaba Chon Dimas. El judicial se fue detrás del muchacho, siguiéndolo. Hasta entonces se dieron cuenta que los judiciales andaban drogados. La gente indignada, caliente, porque le iban a parar su fiesta y porque tenían al comisariado detenido, los comienzan a insultar. Al entrar el muchacho a la tienda para avisar a los demás, el judicial se quedó parado en la puerta. Todo mundo intentó correr. Chon Dimas salió hecho a la mocha, corriendo. El judicial le dispara un escopetazo en el mero pecho y a todos los que estaban adentro, y que intentaron salir corriendo, que se los echan también. Entonces la gente al ver que hirieron a Chon y a tres personas más, comienzan a forcejear con los judiciales. Un hermano del comisariado se enfrentó con los judiciales y logró arrebatárle la metralleta a uno. Pero como es gente que no sabe mucho de ese tipo de armas, que nunca las han disparado, le jalaba y le jalaba pero no le encontró la forma de hacerla disparar. No pudo cortar bien el cartucho. Los judiciales al verse desarmados comenzaron a correr. Se salvaron porque los campesinos no le hallaron a la M1, si no quién sabe cómo les hubiera ido.

Los que sí tenían armas en el ejido las habían escondido porque ya saben que a las fiestas va la policía y para evitar que se las quiten, mejor las guardan. Generalmente son carabinas viejas o pistolas de calibre chico que usan para la cacería. Pero la mayoría no conocen mucho de armas. El papá del comisariado,

cuando detuvieron a su hijo y que vio a la gente herida, se fue a su casa para buscar las armas que tenían escondidas. Halló una escopeta, pero descargada. El alcanza a ver cuando huyen los judiciales y pasan corriendo por el patio de su casa. Les intenta disparar con la escopeta pero sin tiros.

Los judiciales, asustados con lo que acababan de hacer, huyeron corriendo por entre el monte hasta que llegaron al camino y una persona que iba pasando en su camioneta, ajena a todo, les da *raid*. La gente ya enardecida comenzó a romper los vidrios de la camioneta de los judiciales, que la dejaron abandonada. Ahí fue donde encontraron marihuana y peyote. Los judiciales iban masticando peyote. Andaban totalmente drogados, por eso en San Pablo anduvieron haciendo barbaridades. El pueblo se adueñó de las armas que les quitaron. Se quedaron con ellas. La camioneta la quemaron. Después me enteré que Gustavo Vázquez nunca estuvo en el bote. Como responsable de lo que pasó en San Pablo de los Rueda, lo único que hizo el gobierno fue cambiarlo de lugar. Lo enviaron a China, al lugar de donde era originario. Y con la esposa de Chon Dimas, lo único que hicieron fue darle un dinerito para echarle tierra al asunto. Porque intervinieron los líderes de Tierra y Libertad y fue la única forma con la que presionaron al gobierno para que indemnizara a los familiares de los muertos y los heridos que ahí hubo.

El corrido de San Pablo de los Rueda lo compuse porque después de los hechos hubo una manifestación muy grande de la gente de San Pablo de los Rueda y de los de Tierra y Libertad que los apoyaba. Todos los días salían notas en los periódicos tratando el asunto. De ahí fui tomando datos que previamente comprobé con las gentes conocidas de por allá que fueran ciertos. Armé el corrido, pero evité mencionar el nombre del comandante porque había el riesgo, según recomendaciones de algunos amigos, de que tomara represalias o me demandara; además de que el nombre estaba muy manejado por la prensa y todo mundo sabía a quién me refería en el corrido. En la estrofa original le había puesto: Gustavo Vázquez se llama/ el comandante cobarde/ ...y lo cambié por este otro: Con escopeta y pistola/ un comandante cobarde/ ... para no meterme en más problemas.

A Paco Gómez le hice un corrido. Lo conocí desde niño. Un muchacho muy justo. Era un amigo muy querido, justamente así se llama el corrido: *Recordando a un amigo*. Cuando íbamos a descansar a La Chona convivíamos mucho con él. Su abuelo, Valente Gómez, fue de los fundadores de La Ascensión, tenía el grado de Teniente Coronel. Su papá también fue revolucionario con grado militar. Venía de familia muy bragada, valiente, con un carácter ya bien definido. Paco, trabajaba en Seguros Monterrey. Pepe, su hermano mayor, después se hizo compadre mío. A ellos les compré unas propiedades en La Chona, una hacienda que la gente le llama La Fábrica.

Igual que nosotros, Paco se iba de Monterrey los fines de semana para descansar en La Chona. Se paseaba en la plaza del pueblo. Entonces, otro muchacho de familias acomodadas, al que conocíamos como El Pelucho, tenía fama de que, precisamente porque tienen dinero se vuelven abusivos, crecidos, sangrositos y que se la dan de valientes. Tenía todas las agravantes. En una fiesta de amigos que organizaron en un ejido llamado Puerto Bajo, como a veinte minutos de La Chona, se juntaron Paco y otros amigos. Allí, El Pelucho y sus amigos se agarraron a trancazos con otro amigo nuestro: Ramiro Alardín. Paco se metió a favor de Ramiro y calmó la bronca. Desde ahí quedaron rencillas entre Pelucho y Paco.

Tiempo después, en una cantina estaban tomando Paco Gómez y otros amigos. Llegó Pelucho a tomarse unas copas y entró con Toño Díaz. Toño había sido el causante del pleito en Puerto Bajo. Se hicieron de palabras Paco y Toño, reviviendo los disgustos anteriores. Paco no era dejado, entonces Toño ya no quiso entrarle, le tuvo miedo. La gente dice que Pelucho, que se la daba de muy valiente, de bravucón, intervino sacando su pistola para tratar de asustar a Paco. Entonces Paco saca la suya, le dispara y lo deja mal herido. Días después muere. Pero a Pelucho lo mataron por culpa de Toño Díaz.

Paco cumplió su condena en el penal de Monterrey y ahí se hizo íntimo amigo de Filomeno Villanueva, al que ya conocía de tiempo atrás. Entre los dos controlaban el penal. A Paco lo mandaron a las Islas Marías un tiempo por problemas de conducta. Luego regresó al penal de Monterrey hasta que cumplió su condena. Para entonces, Filomeno ya había salido y al poco tiempo de liberado lo

mataron. Al abandonar el penal Paco siguió trabajando en Monterrey y visitando La Chona en sus días de descanso. Se paseaba tranquilo por el pueblo. Como los amigos de Toño Díaz sabían de su presencia, cuando se juntaban a tomar en las cantinas le decían burlándose: “Ahora sí, cabrón, ya salió tu papá del bote; necesitas cuidarte porque ahora sí te va a fregar”.

Un día invité a Paco para comer cabrito en el rancho donde nosotros nacimos. Era un muchacho alto, delgado, bien parecido. Me acuerdo que le dije:

- Órale, Paco, come más cabrito.

- Hay que comer para vivir, Miguel, no para engordar.

Estuvimos un buen rato platicando. De regreso a La Chona le pregunte:

- Oye Paco, ¿qué onda con Toño?

- No, yo ya cumplí mi condena en la cárcel, si él no me busca yo creo que mejor ahí queda la cosa, es lo mejor. Uno ya lo que quiere es vivir, disfrutar del pueblo donde nacimos.

Su gusto era ver la gente caminando, andar en la plaza con los amigos. Toño sabía que Paco ya estaba libre y con las pláticas y las bromas que le hacían sus amigos ya no andaba tranquilo. Sentía que por su culpa habían matado a Pelucho.

Beto Dávila, apodado La Chaparra, Paco, mi hermano Palomo y yo formábamos un grupito de amigos que nos gustaba platicar y levantarnos muy temprano para ir a las seis de la mañana, a comer tunas frescas en las nopaleras. Nada más por convivir. Beto es ahora el suegro de mi hermano. Él y Paco se juntaban más porque les gustaba echarse sus cervecitas. Nosotros no tomábamos nada de alcohol ni cerveza.

Una mañana, Beto y Paco fueron juntos a comer tunas. De regreso se pusieron a platicar a un lado de la iglesia, frente a la cantina Fito's Bar. En eso llega Toño Díaz medio tomado y estaciona su carro en contra esquina y, según dice la gente, sus amigos lo comienzan a cocorear diciéndole: “Mira, ahí está tú papá enfrente, por qué no sales y le atorras”. Seguramente que, ya tomado, a Toño se le hizo fácil lo que le proponían. Beto y Paco seguían platicando recargados, apoyando un pie en la pared. Paco tenía los brazos cruzados. Toño pasó en su carro a vuelta de rueda con su pistola en la mano y se detuvo frente a ellos. Por la ventanilla del lado del copiloto se asoma y dispara acribillándolo a balazos. Le dejó ir toda la

carga. Algunos disparos pegaron en la pared y otros pasaron rozando el cuerpo de Beto, pero Paco cayó herido. Toño arrancó su carro a toda velocidad. En la otra esquina estaba un sobrino de Paco, un jovencito de dieciocho años, Valente Gómez, testigo de cómo sucedió todo, pero se encontraba desarmado y lo único que hizo fue correr a levantar a su tío herido. Toño pasó junto a él a toda velocidad. A Paco se lo llevaron mal herido para que lo atendieran en el Hospital La Carlota de Montemorelos y ahí murió. Pero su muerte fue la consecuencia del miedo que le tenía Toño Díaz. En el corrido narro su muerte, las broncas anteriores que tenía y el miedo de Toño. La verdad es que no merecía morir de esa manera. Era gente valiente, bragada, pero nada más cuando se ofrecía. Lo mataron desprevenido.

La Chona ha sido un pueblo muy político desde tiempos muy atrás. Hubo una vez un diputado llamado Mauro Reyes. Los Reyes y los González fueron dos familias que siempre estuvieron de pleito. Una vez que uno de los Reyes fue diputado, las dos familias se armaron con metralletas y se agarraron a balazos en la mera plaza; era un cinco de mayo. El corrido dice: En la iglesia de la plaza se afortinaba la gente / debido a la balacera que se formó de repente / los Reyes y los González, hombres de mucho valor / que se tiraron balazos, que no se tenían temor... Familias muy bravas. Los Reyes armados porque estaban en el gobierno, los otros porque tenían sus armas y mucho rencor. Otra estrofa dice: También a una señorita / le arrebataron la vida / en casa de Elías Reséndiz / por una bala perdida... Elías era el papá de mi primo Juan, el tullido. En esa balacera todo mundo corrió. En el pueblo había feria. Dicen que los Reyes, nada más porque no le hallaron a una metralleta, si no hubieran hecho una mortandad mayor. Se alcanzaron a matar varios de los Reyes y de la familia de los González. Ramoncito Pérez me cantaba ese corrido que no está grabado en ningún disco.

El corrido de los Reyes y los González y el corrido del diputado Guerrero no están grabados, pero son de los más representativos del sur del estado. El papá de mi amigo Enrique Rocha, no recuerdo bien su nombre, pero ése señor mató a un diputado. Hay un corrido muy bonito que dice: A Rocha no le convino / que le tumbara el sombrero / eso ocasionó la muerte / del diputado Guerrero...

Mauro Reyes y el diputado Guerrero eran de esas gentes que hay en los ranchos y que se metieron a la política. Siempre andaban armados en los bailes, luciendo sus armas. Rocha era un pelado chaparrito. El diputado Guerrero lo empujó en un baile y lo maltrató, no sé por qué razón. Al querer sacar la pistola, Rocha le sacó una daga y se lo metió primero. Dicen que cuando ya llevaban herido al diputado, cargándolo como quién dice de cuervito, todavía preguntaba: “¿Dónde está Rocha?”, porque quería seguir peleando con él. Eso sucedió en un baile de Sandía. El diputado fue de esas gentes del sur del estado que tuvo mucho que ver con el gobierno. Políticos antiguos.

La Fábrica, se llama la finca que le compré a Pepe Gómez. Después de su participación en la revolución, don Valente Gómez y uno de sus hijos, fueron los encargados de todo el personal. Él había sido de los fundadores de La Chona. Era la época de cuando los ingleses tenían todos esos sembradíos. En esa casa hay un túnel que ahora está tapado. Cuando la compré cometí el error de hacer una fosa donde estaba la noria, porque mi compadre no me había contado la historia. El túnel tiene como ochocientos metros. Pasaba por la casa de mi abuelito Alfonso. Iba a dar hasta la casa de El Cinco, el hijo de don Mauro Luna, tío de papá. Esa casa está a unas cuadras de La Fábrica. Dicen por ahí pasaban las mulas y se cree que ahí hay oro escondido, plata y muchas cosas de valor.

Le dicen Fábrica porque allí y en la casa de Elías Reséndiz la gente iba a dejar la trementina que sacaba de los pinos. Ahí la derretían y la procesaban. Aparte de eso, en La Fábrica los ingleses hacían refacciones para tractores. En esa hacienda se fabricaban pistones y toda clase de fierros. Era gente muy inteligente. Dice mi papá que en esos tiempos había en La Chona hasta teléfono. Cuando se vino la revolución agarraron todo lo más que pudieron, pero no alcanzaron a llevarse todo en su huida. Mi compadre Pepe Gómez dice que de niños ellos entraron al túnel y sacaron platos y vajillas de plata. Había una noria que tenía una escalera por donde se llegaba al túnel. Sería interesante encontrarlo nuevamente. Cuando papá llegó de Saltillo a La Chona con su abuelo, alcanzó a verla funcionando. La hacienda de la Trinidad, la de la Presa y la de La Chona eran de puros ingleses.



En 1966 había un viejito revolucionario, muy mal hablado, Manuel Álvarez Vega, dueño de gran parte de toda La Ascensión. Cuando entró lo de la Reforma Agraria le afectaron casi la mitad de sus terrenos, se los invadieron. A mí siempre me gustó comprar terrenitos y caballos finos. Me di cuenta que vendía un predio de quinientos treinta hectáreas y fui a hablar con él. Quería sesenta mil pesos. Regateando logré que me lo dejara en cincuenta mil pesos. Me decían que para qué quería tanto terreno y luego en la sierra. Son unos pinares muy bonitos, decían que estaba loco. En ese trato le di veinticinco mil pesos a don Manuel y para pagar el resto me dio tres meses. Siempre surge un envidioso. Apareció otra persona que también le interesaba el terreno. Entonces viene el viejito y me exige el resto del dinero con la amenaza que si no le pagaba se cancelaba el trato. Con mi padrino Felipe Garza conseguí que me prestara lo que faltaba para liquidar la deuda antes de tiempo y finalmente pagué.

Este señor me escrituró en Aramberri donde firmó él y su esposa. Dejé pasar el tiempo y no acudí pronto por la escritura. Los de la presidencia como que se confabularon y me la hicieron perdediza. De todas maneras les exigí y me hicieron otra, basados en el contrato provisional firmado por don Manuel y su esposa. En eso, mueren los viejitos. Yo recogí mi escritura legalizada por la presidencia. Todo quedó en orden. Entonces, alguien de los mismos de la presidencia le dice a una de las nueras de los viejitos que la firma estaba falsificada, siendo que el esposo de esta mujer, hijo de don Manuel, había firmado como testigo del contrato entre sus padres y yo. Por mala suerte este señor también había muerto.

De ahí se me acusó de fraude después de diecinueve años de haberse realizado aquel trato. Durante todo ese tiempo yo estuve pagando las contribuciones correspondientes y tengo los recibos donde se comprueba. Y nadie puede pagar contribuciones a su nombre si no es dueño del terreno. Total que ese problema salió a la luz pública. Me detuvieron unas horas hasta que les comprobé con mis documentos que todo estaba bien. Lo que pasó fue que a la pobre señora alguien le lavó el cerebro y la hizo verse muy mal. Afortunadamente salí bien librado.







DIEZ

Cuando ya andábamos pegando como grupo, traíamos un aparatito *Fender* donde conectábamos el bajo, el *bass* y las bocinas *Radson* de cono. Fuimos a tocar en la Hacienda San Rafael de Cadereyta. Al calor de los corridos dos muchachos comenzaron a pelear. Al empezar la pelea, va el Comandante de la policía y los separa, les da unos empujones a los dos y se retiran. Al rato, regresa uno de los muchachos, armado, y le habló al Comandante. Le dijo que ahora sí ya venía preparado. Esto sucedió enfrentito de donde estábamos tocando. Sacó la pistola. El Comandante, con mucho valor, lo que sea de cada quien, se le enfrentó pero sin sacar su pistola. Avanzó como tres metros hacia el muchacho y éste le descargó toda la pistola pegándole dos balazos en el hombro izquierdo. Y aún así, el Comandante no sacó su pistola. Se acercó herido y le arrebató el arma con una sola mano. Le dio unas cachetadas, lo desarmó y se los entregó a los policías para que lo encerraran. Si el Comandante hubiera sacado la pistola, quién sabe qué hubiera pasado porque todo sucedió frente a nosotros. Donde vimos al muchacho con la pistola en la mano, todos los músicos corrimos a escondernos detrás del forito donde estábamos actuando. Recuerdo que Jorge traía su aparato nuevecito y con tanto miedo se lo llevó en rastra con todo y bajo sexto y alambres, provocando corto circuito. Nada más sacábamos las cabezas desde donde estábamos escondidos para ver lo que estaba pasando. Ahí se acabó el baile.

En Michoacán la gente también es muy brava. Les encanta montar animales muy grandes. Siempre que vamos, ya nada más comenzamos a cantar corridos, la cosa se pone al rojo vivo.

Una vez nos tocó que cuando la gente andaba bailando emocionada, pasaban las parejas frente a nosotros y descargaban su pistola al aire. Pasaba otra pareja

y hacía lo mismo. Y de los policías ni quién dijera nada. Ya para terminar el baile, en la última parada, que se hacen de pleito dos parejas de las que andaban tirando balazos. Entonces, intervienen las mujeres, que fue lo que nos valió a nosotros, porque cuando se pelaron los cuetes entraron las mujeres y no los dejaban que se dispararan. Terminando el baile, sacamos nuestros aparatos y cuando íbamos a subir al autobús, vimos que estaban tres de los que se iban a pelear adentro, en el baile. Estaban escondidos en una camioneta estacionada detrás del autobús de nosotros, esperando que salieran los otros para echárselos. Subimos al autobús corriendo y nos tiramos en el piso porque vimos a los tipos pelando los cuetes. Cuando llegó la policía y vio a los que estaban armados afuera; se metieron al salón y no dejaron salir a los otros que estaban adentro para evitar la tragedia.

En Zacatecas, al punto de los corridos, unos pelados armados se subían al escenario y se amontonaban con nosotros. Vinieron los policías de la judicial armados con metralletas M1. Trataron de bajarlos y les dijeron:

- No estén molestando, ya bájense.
- No estamos molestando, estamos pidiendo corridos.
- Pues se me baja porque, usted me pela mucho...
- Se me hace que no le pelo nada. Se me hace que usted es puro cabrón.

Y que se pelan los cuetes. Entonces se sube el municipal y les pide que se calmen tanto al Comandante como a la gente que estaba arriba. Y nosotros en medio, sin deberla. La sangre se nos fue a los talones. Vimos que el Comandante quiso imponer su ley y le contestaron igual. Lo bueno fue que el municipal los apaciguó. El Comandante se fue y a los pelados aquellos los dejaron arriba. Pero por un pelito y se arma la balacera.

Donde quiera nos pedían corridos. Eso era motivo para que se prendiera la gente. En un rancho cercano a La Chona, en Pablillo, fueron a tocar Los Alegres de Terán. Como ellos cantaban muchos corridos, al calor de la música se emocionó tanto la gente que se armó la balacera. Dicen que Los Alegres brincaron hacia abajo del foro y huyeron asustados. Hubo tres muertos, gente de Galeana. Todo por culpa de los corridos.

Palomo siempre fue muy conflictivo. Una vez se agarró a trancazos con Gerardo Reyes. Y Palomo estaba chiquitillo. Gerardo ya lo traía al mal traer. Y Armando Peña, baterista del grupo Bernal, era karateca. Le dio solamente una patada a Gerardo y le dijo:

- No seas aprovechado, él es un niño. Ponte conmigo.

Y Gerardo le contestó:

- Es que es muy huevudito.

- Pues ponte conmigo, cabrón, no te pongas con él, es un niño. Si tú lo vuelves a tocar, te rompo toda la madre.

Y santo remedio porque ya era estar siempre peleando con Gerardo.

Un día, frente al cine Reforma de la Calzada Madero, Palomo se agarró a trancazos con dos pelados ya grandes porque uno de ellos me dio un empujón y un coscorrón. Y que se les va encima a chingazo limpio. Los tumbaba y los agarraba de una pata y al suelo nuevamente. Era sanguinario. Los dejó bien madreos y los hizo correr. Siempre fue muy bravo.

Otra vez se agarró con un par de chilangos que traían un grupito que se llamaban Los Fonómicos, muy buenos artistas, pero muy méndigos. Pues les rompió el hocico a los dos. Si no ha sido porque los demás artistas separaron a Palomo, quién sabe cómo le hubiera ido. Nosotros estábamos chavillos, eran las primeras giras con el señor Delgado. Pero Palomo siempre fue muy bueno para los trancazos.

Palomo también se peleó con Rury Garza, en Chicago. Era un empresario veterano de Vietnam que tenía un casino. Esa vez me había ido de paseo a Dallas. Me hablaron y agarré el avión de regreso. Hablé con Rury y me dijo lo que había pasado: "Antes no maté a Palomo, yo andaba loco. Es que empezamos a discutir por lo de las tocadas y luego se me vino encima. Le saqué la navaja". Era un navajón grandísimo y trajo a Palomo corre y corre alrededor del billar donde estaban. Palomo lo tupió a chingazos, por eso le sacó la navaja hasta que lo acorraló. Estuvo a punto de matarlo tirándole piquetes. Los billares estaban

en el segundo piso y desde ahí saltó Palomo. Eran casi como tres metros de alto. Por eso se salvó, porque si se queda allí lo hubieran matado. Se lastimó una pierna pero así logró irse corriendo. Y Mona Valdez una señora que trabajaba ahí detuvo a Rury para que ya no alcanzara a Palomo. Todo esto me lo platicó Rury cuando lo fui a ver. Conmigo se disculpó, pero decía que lo pudo haber matado.

En una gira que realizamos a San José, California, al empresario que nos llevaba se le fregó la banda del carro y la máquina comenzó a calentarse. Para sacarle el calor, se le ocurrió encender la calefacción y que se calentara menos. Y nos iba dando a nosotros. Casi íbamos asándonos. Palomo protestó y que se agarran a chingazos. El tipo era más grande y sí le puso a Palomo, pero éste lo agarraba de las patas y lo tumbaba. Jorge y yo ahí tratamos de separarlos. Ahora nos acordamos y nos reímos mucho porque ya que los separamos el empresario le decía a Palomo apretando los dientes: “Hijo de la chingada, pinchi indio te voy a chingar”. Y nos reímos porque dice Palomo que él era más indio porque ni siquiera pronunciaba bien las palabras. Era de por allá de Guadalajara, del sur del país, nada más que ya tenía algún tiempo de estar trabajando con el Gordo Delgado allá en Estados Unidos.

Al Teatro de la ciudad de Forth Worth, llegamos en una gira, que era la primera que hacía Vicente Fernández. Allí estábamos actuando cuando a mí me dio por ver hacia arriba del escenario. Debajo de las cortinas vi que estaba a punto de reventarse un mecate que tenía una viga de hierro colgando. Les tiré un grito a todos. Jorge, Gatica y yo nos retiramos de los micrófonos pegando un salto hacia atrás. Palomo no alcanzó a pararse de la batería cuando cayó un riel y en seguida otro. Se desprendieron y perforaron el piso. Gracias a Dios que no le pasó nada a mi hermano. Uno de los fierros le hizo garras la batería y el otro quedó como a tres pulgadas de sus piernas colgando sostenido por el mecate. Retiraron asustado a Palomo. La policía y grupos de rescate entraron de inmediato. La gente se nos acercaba para decirnos que pusiéramos una demanda, pero nos conformamos con que nos repusieran la batería y los aparatos que se dañaron. De la que se salvó Palomo. Gajes del oficio.

En otras giras con el Conjunto Bernal iban las hermanas Cantú. Había una igualitita a Vitola, fea, flaca y más vieja. Un poco más chaparrita. Y la otra hermana era hermosísima, güera y con un cuerpazo. Son de Falfurrias, Texas. Pues Juanito Sifuentes, el del *bass* del Conjunto Bernal andaba con la flaca y Paulino Bernal andaba con la más bonita. Siempre andaban en las albercas hasta en la madrugada, bañándose encuerados. Y nosotros nos la curábamos con ellos.

Siempre que íbamos a las giras nos separaban en diferentes carros. Una vez nos tocó a Palomo, a Jorge y a mí irnos con ellas en el mismo carro. Ellas iban adelante y nosotros en el asiento de atrás. La flaca siempre tenía la manía de decir, donde quiera que nos paráramos a comer: “Es el mejor café que he tomado en mi vida”. Siempre decía así. Esa vez también lo dijo. Y le pasó la taza a Jorge para que lo probara. Por querer seguirle la corriente le contestó: “Mmh, riquísimo, fresca de mar”. Todos tiramos la carcajada y luego nos burlábamos de él, porque que tenía que ver el mar con el café.

Nuestro trabajo es la música y vamos a donde nos contraten. Le hemos tocado a gente muy importante de la mafia y hemos tenido la fortuna de ser de los grupos mejor pagados. A los de Sinaloa, entre los más famosos. A los Pruneda de Nuevo Laredo, que ya casi se los acabaron a todos. Al Chapo Guzmán antes de que lo pescaran. A los amigos de Caro Quintero. Tocar para ellos significa jornadas largas y exclusivas. De las ocho de la noche a las doce del día. En ocasiones les hemos tocado hasta una semana completa, encerrados en los bares particulares de sus fincas o en hoteles que rentan completos para ellos y sus amigos.

Pero también le hemos tocado a políticos importantes y con ellos a veces hasta gratis. Estuvimos con don Adolfo López Mateos siendo niños. Participamos en la toma de posesión de Carlos Salinas de Gortari. He grabado haciendo segunda voz con Rafael Buendía, con Lola Beltrán. Y he grabado hasta con el más humilde de los grupos de aquí: Los Emperadores, haciendo estilo de Los Relámpagos del Norte y la imitación nos quedó igualita. También con Los Genuinos de Hidalgo. En un cumpleaños de Elba Esther cantamos Fortino Garza, Palomo y yo con don Ricardo Rocha.

Así también, hemos tenido la suerte y la oportunidad de estar en lugares muy importantes como el Million Dollar de Los Ángeles cuando era un teatro muy famoso. En El Aragón de Chicago. Hicimos un concierto de corridos en La Capilla Alfonsina de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Parece ser que somos el primer grupo de música norteña que se presentó en ese lugar. La XEW rindió un homenaje a nuestro grupo que sólo se ha hecho a los artistas de la talla de Pedro Infante, Jorge Negrete. Dicho homenaje queda archivado y resguardado para la posteridad como una muestra valiosa de grupos selectos. Participamos en el Festival of American Folklife de la Smithsonian Institution en Washington D.C. En el Teatro Blanquita de México. En la Caravana Corona. Y hemos tocado en los últimos rincones de Oaxaca, Michoacán y de tantos otros estados de la República Mexicana. Desde Michigan, Washington, Miami, Los Ángeles, Canadá, hasta los ejidos de La Chona. Son tantas las cosas que ha habido en la vida de El Palomo y el Gorrión.

Cuando nos invitaron a tocar en la toma de posesión del presidente Carlos Salinas de Gortari, nos enviaron una avioneta como a las diez de la noche, pero venía fallando. Entonces suspendieron el vuelo para poder repararla y nos citaron hasta el siguiente día a las seis de la mañana. Ahí estuvimos puntuales. La avioneta iba cargada con los instrumentos de nosotros, muchas cajas de dulces de Linares y bolsas de galletas, además de los integrantes del grupo. Iba Carlos Gómez, conductor del programa de televisión: Chispas Norteñas, el piloto, Palomo y yo.

Alcanzó a subir bien. Apenas llevábamos cinco minutos de vuelo. Íbamos casi encima del rancho que tengo en Dulces Nombres cuando le dije en broma a Carlos: "Mira Carlos, mi gorrita, me la voy a poner por si acaso se cae la avioneta. Así nada más voy a rebotar y no me duele la caída". Era una gorra rusa con orejeras. De pronto bajó la presión del aceite y se quemó un motor. La avioneta se ladeó y el otro motor también comenzó a fallar. Palomo iba al lado del piloto. Fue desesperante. Le pegaban al tablero para ver si se estabilizaba la aguja del aceite y nada. Regresamos y me acuerdo que Primitivo Gatica comenzó a llorar y a pedirle a Dios: "¿Por qué dios mío, por qué a nosotros?". Los otros músicos

también lloraron. Inexplicablemente, suponemos que de puros nervios, Palomo rompió una de sus botas. Nos dimos cuenta cuando por fin bajamos, la traía toda descosida. La avioneta regresó echando mucho humo y con la desesperación del piloto hablando por radio al aeropuerto. Se oía el rechinado de los instrumentos nuestros donde se movían con la inclinación de la nave. Fue una cosa muy fea. Para cuando llegamos al aeropuerto ya andaban los camiones de bomberos, Cruz Roja y un montón de vehículos detrás de nosotros. El piloto pudo controlarla y hacer un buen aterrizaje a pesar de que la avioneta se le atravesaba en la pista. El piloto bajó sudando y besó la tierra. Allí nos dimos cuenta de la clase de peligro en que estuvimos. Dijo el piloto que en esos accidentes se tiene un cuatro por ciento de probabilidades de salvación porque al aterrizar se puede volcar la nave y explotar. También nos platicó que ya había tenido algunos percances peligrosos, incluso en aviones grandes, pero que ése era el peor de su vida.

Curiosamente, al año, el mismo día, fuimos a tocarle al Chapo Guzmán a Nogales Sonora. Nos enviaron un jet grande. Le cargamos nuestro equipo. El aeropuerto está entre pura sierra y había tormentas. No podíamos aterrizar y veíamos que las bocinas y todo lo que llevábamos iba de un lado a otro. El avión hacia la cola para un lado y se atravesaba. Íbamos a aterrizar y el aire no nos dejaba. Para arriba otra vez. Anduvimos más de media hora peleando con el aire. Y todos rece, rece y llorando. De pronto Palomo se acordó: "Ya te diste cuenta, Miguel ¿qué fecha es hoy? La misma de hace un año cuando nos íbamos a matar en la avionetita aquella. Dios nos dejó vivir exactamente un año. Hoy se cumple un año y nosotros dando tumbos en el aire". Hasta que por fin pudimos tocar pista y bajamos bien asustados. Decían las gentes de ahí que eso no era nada, que cuando fumigaban los campos lo hacían sobre la tormenta y que con las sacudidas del viento se pegaban en la cabeza. Pero nosotros no estamos acostumbrados a eso.

El ambiente con esa gente es muy bonito, te respetan y valoran tu música, tu trabajo, no les importa ni les molesta si te niegas a consumir droga con ellos. Una ocasión, en Acapulco, rentaron diez cuartos para nosotros y sólo ocupamos cuatro. Es gente muy humana, que te ayuda mucho y a la gente fregada. Apre-

cian tu trabajo. Te contratan no sólo por el hecho de presumir que contrataron al artista fulano. Te contratan y te valoran, se sientan enfrente para escucharte; disfrutan mucho los corridos y viven la música contigo. Bien o mal contribuyen a la economía de México.

Si nos ha tocado un buen manejador del grupo desde que empezamos, hubiéramos hecho un ochenta por ciento más de lo que hemos logrado hasta la fecha. Como mi papá era de rancho y no tenía idea a veces de lo que se puede cobrar, pues se conformaba a veces con lo que le dieran. Por ejemplo, cuando íbamos con Rómulo, había veces que sacaba seis mil pesos de puras entradas. Pues a nosotros nos daba trescientos y papá andaba feliz porque para él era mucho dinero. Hubo cantidad de empresarios que nos pagaron como el diez por ciento porque papá no sabía cobrar. Y era la mejor época de El Palomo y el Gorrión. Nosotros hicimos ricos a más de diez empresarios. Por la ignorancia de papá mucha gente se aprovechó, hasta que tomé la dirección del grupo y comenzamos a cobrar mejor, pero ya se estaba pasando la época de El Palomo y el Gorrión.

Un orgullo que nos queda es que de todas las tocadas que hemos realizado por todo el país y por Estados Unidos, un sesenta por ciento han sido para beneficio de escuelas, del entonces IPI, albergues, asilos, el DIF. A esos lugares hemos ido a tocar hasta por un porcentaje mínimo. Esto los demás grupos no lo hacen.

Afortunadamente nunca hemos perdido contacto con el campo. Cuando hacíamos las giras al otro lado, durábamos por allá unos seis meses y luego regresábamos a La Chona y nos metíamos tres meses sembrando la parcela. Mi hermano y yo sabemos uncin una yunta, pegar un tiro de mulas, sembrar atrás y agarrar el arado y sembrar haciendo surco.

Hasta la fecha seguimos teniendo contacto con el rancho y con la misma gente del campo. Nos juntamos con ellos desde el más rico hasta el más humilde. No hemos olvidado nuestros orígenes. Eso no lo hace ni la misma gente de los ranchos. Cuando vienen a trabajar en las fábricas de la ciudad ya ni siquiera vuelven. Y si vuelven, van para presumir que ya tienen un carrito, una pistola, buena ropa. A eso van nada más. Nosotros vamos para convivir con la gente. Algunos compañeros del medio nos lo critican porque dicen que nada más va-

mos a perder el tiempo en lugar de seguirle con lo nuestro, que es la música. Yo no creo eso. El campo hace que no te vuelvas viejo, te rejuvenece.

Todo lo que somos se lo debemos a mi papá porque nos enseñó que debíamos hacer las cosas bien hechas. Sabíamos cantar. Al principio como que no nos llamaba mucho la atención, pero papá a puro coscorrón y órale, órale, decía, vamos a ver a fulano. Un día fuimos a la casa del Indio Fernández para que nos escuchara. Y no nos recibía. Le pusimos tanto gorro hasta que por fin aceptó. Entramos y me acuerdo que estaba acostado en una camilla de pura piel. Tenía catres, sillas y camas de piel. Ya estaba viejón. Tenía viviendo con él a una chavilla como de unos diecisiete años. Allí tenía una piedra usada en la película de "Río Escondido". Le cantamos unas canciones y le pedimos chance en el cine. Nunca nos dio oportunidad. Papá era así: terco, muy terco. En los programas de televisión, a veces le decían:

- Oiga, señor, es que los programas no son infantiles.
- No le hace, como quiera, deles chance a mis hijos.

Y ya nos metían a concursar y a cantar. Nunca le tuvimos miedo a ningún escenario ni éramos vergonzosos para cantar.

Las voces son un privilegio que nos heredó nuestra madre. Las giras, la fama que en algún momento alcanzamos, las grabaciones, nuestra vida artística, todo se lo debemos a mi padre: don Jesús Luna Rojas, que siempre anduvo terco para que El Palomo y el Gorrión creciera y lograra poner su nombre en la música regional norteña.



el palomo y el gorrión

el palomo y el gorrión



MIGUEL LUNA

A las tres Marías: Norma la mujer de Miguel, Mary, la de Guillermo y Patricia, la mía (casi mía)

[Homenaje presentado el 2 de octubre de 2010 en el marco del Tejano Conjunto/Norteño Music Convening, South Texas College, Weslaco, Texas. Organizado por el Texas Folklife and the STC Border Studies Club]

A Miguel Luna se le salió el corazón por la boca. Se le salió el cinco de agosto de 2010 cuando Constanza, mi hija más pequeña, veía como corrían mis lágrimas, mientras admirábamos el lago Massawippi, uno en donde, dicen, habita un dragón. Al dragón no lo vimos, solo supimos que a Miguel se había salido el corazón por la boca; de ahí, su muerte. Y es que él no cantaba, él gritaba, con un grito que surgía del pecho; un grito poético como aquel que nos hacía estremecer cuando escuchábamos *“pajariiiiillo, pajarillo, pajariiiiillo barranqueño”*. Pecho, grito y corazón. La triada de Miguel.

El primero, el pecho, era una caja de resonancia, dentro del cuerpo, capaz de destruir bocinas y seducir almas. El pecho era como una caverna de milagros en donde resonaban melodías antiguas, como aquella que tanto dolor nos produce: *“Toma Elisa el puñal y traspasa este pecho que amaste primero”*. Su cuerpo acompañaba la caja acústica. Se encorbaba como se hace cada vez que alguien desea murmurar una oración. La música para él estaba adentro y tenía que salir, como un torrente, como un huracán. Conmovía, conjuraba, alisaba el mundo, armonizaba las memorias, su esófago y sus pulmones tenían un poder sobrenatural. La espera hacía que el silencio naciese.

Miguel tomaba el aire prestado. El de las montañas de Aramberri. Me equivoqué, se robaba el aire, lo procesaba con un gesto generoso cuando se preparaba

para cantar, digo, gritar, *Tres Generaciones*. Estoy todavía en el aire aspirado, en sus pulmones, viendo el rictus que prepara el acordeón, no hay sonidos, todo es silencio, es la espera, va a brotar algo, nadie sabe cual de los cientos de canciones -que él podía cantar en su repertorio íntimo- habría de sorprender. Todas esas canciones que habían sido elegidas por él y su hermano Palomo, según sus propias y personales estéticas. El aire sigue dentro del pecho. Todos a la espera, en sus cumpleaños, en los cumpleaños de su amada esposa Norma, en los de sus hijos, en los de sus amigos, en los bailes, en las celebraciones, en las bodas, en las bodas de oro, como aquella en la que las tres Marías (Norma, Mary, Patricia) se congelaban en Laguna de Labradores, Galeana, Nuevo León. El aire sigue en su pecho, como lo está en el fuelle del acordeón.

Éste es el secreto ineluctable de la música de Miguel: la expectativa, el primer acorde, las dos o tres primeras notas, antes del manantial de sonidos (oh *Elpidio Pazo*, el corrido). Advirtamos al lector novicio. Antes de la voz de Miguel, recibíamos los acordes. Casi siempre. Anunciando su voz, es decir, lo que sale de su pecho. En espera del estallido.

Surge el grito del pecho, sonoro, decidido, afinadísimo, un eco de las montañas de Aramberri, retumbando en los divinos cañones y barrancas del sur de Nuevo León, huele a retama -mi compadre Guillermo lo escribió-, pero también es agreste como las biznagas, sonido de plata, rural como la burra, la que montaba la abuela Martina. Hondo el grito en "*Calle de la Palma Real, porque estás tan asombrosa; por la muerte de un amigo que lo ha matado su esposa*"; de una virilidad implacable en "*Quince años tenía Martina cuando su amor me entregó, a los dieciséis cumplidos una traición me jugó*" o de una sorna jocosa, juguetona en "*Ingratos ojos míos no me dejan en paz, cada vez que te miro te quiero más o más*", una que invitaba a bailar, a cantar, a acompañar envuelto con las voces de El Palomo y El Gorrión.

Gritos poéticos, cada uno con sus matices. Su repertorio, uno hecho de gritos musicales que convocan todas y cada una de las fibras más profundas de las culturas del altiplano de Nuevo León en donde el sol y la seca aplastan a los humanos, el olor de los pinos y los cedros amansan los espíritus y en donde las gentes saben lo que es la soledad. Tierra de choneños y otros alcoholes para enfrentar las noches que nos pellizcan con sus heladas o para aguantar esos días que enrojecen las pieles de los campesinos. Eso es, Miguel era un campesino.

Necesitaba el campo, el contacto amoroso con los chiles del monte, el aroma de las carretas de caballos, el espacio y la tierra. Sobre todo eso, el espacio del campo. Por eso su canto era un grito, tenía que llenar la llanura, cubrir con su manto sonoro todas las montañas, sus cuevas, sus hendiduras y recovecos. La fineza de su voz de oro se acompañaba del ansia por llenar el mundo abierto. Yo adoraba escucharlo gritando el estribillo de la *Viuda Alegre*: "*La gente lo comentaba, la gente lo presentía, ahí va la viuda alegre, decían, cuando pasaba*".

Su canto-grito llenaba, cubría, viajaba, trepaba, pero no sólo eso. Había algo más que imperdonablemente sus grabaciones no logran comunicar. Era indispensable escucharlos en vivo para apreciar al Palomo y al Gorrión. Su canto-grito era un golpe parecido al de las coces de los caballos, directo a los oídos, rústico. La rusticidad hecha poesía. Raspa, duele en el alma. El pequeño golpe que surge de la garganta de Miguel (y también de Palomo) tiene un parecido infinito a la sensación primera que produce el paso del tequila bronco en la boca. Dolía bonito, pues: "*Traigo una herida en el alma y aunque me agunto me duele*".

[Palomo, ¿cómo eligieron estas canciones? ¿De dónde las sacaron? ¿Cómo sabían, Miguel y tú, que habrían, todas, casi todas, de producir esas sensaciones estéticas en miles y miles de personas, al punto de hipnotizarnos? ¿Quién les enseñó a seleccionarlas? ¿Cuál ha sido su secreto? ¿Intervenía Don Jesús, su padre, en la elección?] Este grito lo aprendieron de niños, en las ancas de la burra que montaba la abuela.

En espera de las respuestas de Palomo, volvamos al placer-dolor que produce el canto-grito de estos dos pájaros, como heridas en el alma. Las voces de los dos son sublimes y ariscas a la vez, como yeguas briosas que cabecean cuando les jalan el freno; indómitas, serranas. Alguna vez soné -soñamos- con un encuentro improbableísimo: Pedro Almovódar dialogando con Miguel Luna. El resultado hubiese sido -soñábamos con Patricia, Guillermo, Mary, en noches largas - un filme inolvidable cuya historia habría de contar cómo lo divino nace de las serranías, con una escena síntesis en donde, a la manera de la de Caetano Veloso en donde surgía el "*Cucurrucucú Paloma, cantaba, cucurrucucú*"; pero en lugar de escuchar la aterciopelada voz de Caetano, tendríamos en la pantalla el recio torrente de sonoridad de Miguel con su "*Él no había cumplido quince años de edad, ella con sus años, caricias y besos lo hizo su consentido, malhaya*

su cruel maldad... Y la malcasada le pagó con decepción... pues la tuvo que matar, ya por todas partes se canta el corrido, del joven engreído y la malcasada... ". Filme erótico y herético con los amores de la bella mujer de cincuenta años con un amante de catorce. Termina en la tragedia: su noble marido tiene que abandonar el cadáver a los cuatro vientos y el joven engreído termina con un alcoholismo prematuro. Almodóvar lo hubiese gozado; hubiese deseado ser la mujer de cincuenta y el chico de catorce, a la vez.

Encarnaciones celebratorias, Miguel era eso, la encarnación del corazón. Ya es hora de terminar hablando un poco de su corazón. Ése es el que lo mató, pero también el que lo hizo vivir. Como a todos, pero más a él. A unos los restauran del corazón con el corazón abierto, Miguel por el contrario vivía con el corazón abierto. Amigo, era amigo. Padre, era padre. Festivo, era festivo. Amoroso, era amoroso. Campesino, era campesino. Generoso con su música, era músico generoso.

El acordeón como tótem. Era gemelo de su corazón. Había una unidad indescifrable entre su cuerpo, su corazón y el instrumento. Tótem, síntesis de símbolo y realidad. Se abría y se cerraba. Se salía del cuerpo. Me duele recordarlo en la Elisa, "*las memorias que tú me enseñaste... a mis ojos el sueño no viene*". Que esta última frase no se entienda, que finalmente Miguel habría de entenderla: desgastó su corazón porque, como dijo mi hijo Nicolás, se alimentaba de él, a mil por hora. O como añadiría mi hijo Aurelio, ¿de qué otra cosa habría de nutrirse?

En esas noches claras, de misticismo norteño, en las que El Gorrión expresaba su respeto y admiración por Julián Garza, y Julián hacía lo propio en correspondencia, atardeceres de mutuo homenaje, fuera de cámaras, intereses y pichicarías del gremio, escuchamos sus voces diferentísimas dibujando en el cielo lo celestial de la tierra. Dos grandes, dos águilas, volaban mientras el sol se ponía, dos voces se acompañaban generosamente, con el corazón.

Y como en los corridos, me despido de ustedes señores, con el testimonio de la última lágrima que derramé por la ausencia de Miguel, en compañía de mi hija Clara, que esa lágrima sea el testimonio de que una de las mejores cosas que me pudo haber sucedido en la vida fue Miguel: su pecho, su grito estético y su corazón. La triada, la de la Santísima Trinidad. Y su amistad, que hace del cuarteto: un dios pagano.

Yo soy Víctor Zúñiga, señores, de quien la gente dirá, cuando muera, que era amigo de Miguel Luna.



EMIGRANTES

alvare

CABBANELI



HOMENAJE A “EL GORRIÓN”

La noche en que murió Miguel, la noche en que lloramos todos, los que inútilmente esperábamos el milagro divino de la salvación de su cuerpo, porque su alma siempre estuvo a salvo gracias al prodigio de su voz que supo compartir con todos y cuya generosidad nos convierte en eternos deudores; esa noche, la esperanza inútil ensombreció más el desamparo nuestro y la partida del artista, del cantante con alma campesina, del sempiterno soñador, del amigo insustituible.

La certidumbre de la muerte es un título de propiedad, un contrato establecido con la vida que se finiquita sin posibilidad de prórrogas. Miguel Luna “El Gorrión” cumplió su ciclo y nos duele profundamente su pérdida. Y el protocolo social y la tradición nos dicta honrar su memoria con minutos de silencio, homenajes póstumos, aplausos y comentarios, que poco a poco habrán de irse diluyendo para dar paso a la nostalgia, la añoranza de aquel hombre cuyo canto transmitió el sentimiento y las emociones humanas.

Cuando Jorge Cuéllar y Maico organizaron este evento y me pidieron participar, me invadió la emoción de compartir con ustedes las anécdotas y los momentos que compartí con “El Gorrión” durante los veintidós años de la amistad que tan generosamente me brindó. Y entonces caí en la cuenta de que esas vivencias pertenecen al baúl de mis recuerdos personales y exponerlas sería una transgresión a la confianza del amigo, Estaría dando paso a la soberbia y a la presunción pública de que yo fui amigo de “El Gorrión”. ¿Y los demás amigos, no tienen también el mismo derecho a contar su cercanía y su afecto? En este punto de la razón, la emoción de participar en este homenaje se convirtió en angustia. Estoy seguro que todos los aquí presentes tenemos en nuestras manos un pedacito de Gorrión y nos asiste el mismo derecho de exponer públicamente esa experiencia de vida, ese recuerdo que nuestro amigo nos legó. Ya en sí mismo este recuerdo es un tesoro y guardémoslo como tal.

En consecuencia, haré de mi participación una semblanza breve de lo que representa don Miguel Luna “El Gorrión” en la escala de valores de nuestra cultura musical norestense:

MIGUEL EL NIÑO

Es indiscutible la sentencia aquella de que infancia es destino. El alma infantil de Miguel, y la de sus hermanos: Cirilo y Lupe, está enmarcada por un ambiente campesino de carencias y necesidades, pero nutrida por la experiencia del amor a la tierra de origen, del olor de los pinos y el sabor a polvo de los adobes del jacal que les dio cobijo y protección como los brazos de su padre y la sapiencia de su abuela paterna con las que forjaron su carácter.

Una madre ausente (por circunstancias que no nos compete juzgar) heredó en sus tres hijos el gen de la cantada, de la música por dentro, esa que brota embriagadora, como el olor de retama, en los campos del sur de Nuevo León. Un talento que los llevó a la senda del triunfo musical, pero que nunca los ensobribizó, porque los tres nacieron para cantarle al campo y a su gente. Su canto ha sido un gozo, un placer que se comparte. Miguel y Cirilo llegaron a convertirlo en oficio porque los oficios permiten la supervivencia y la satisfacción de las necesidades básicas de los seres humanos. Sin embargo, sus voces y su alegría son un canto genuino y desinteresado, una pasión humana que siempre disfrutaban. Las maestras en los primeros años escolares descubrieron este talento en aquellos niños y le pedían a don Jesús que se los prestaran para amenizar las ceremonias escolares de las rancherías de Aramberri, así como festividades o visitas de inspectores escolares que visitaban la zona. Aquellos niños de entonces les cantaron melodiosos.

El lamentable accidente en el que Miguel, siendo muy niño, perdiera la vista de su ojo izquierdo marcó la ruta que habrían de tomar sus vidas bajo la diretriz de don Jesús, su padre. En busca del alivio, de la curación de Miguel, padre e hijos iniciaron su peregrinación por ciudades y poblados de México, cantando en los camiones, en las cantinas, en las plazas públicas, en los mercados. El miedo fue compañero inseparable, la incertidumbre su ángel de la guarda y las canciones el ritmo de sus vidas. Su sueño, el regreso postergado, la promesa pa-

terna de que volverían a La Chona para quedarse en definitiva. A veces el llanto convencía a don Jesús y temporalmente regresaba y los niños: Palomo, Gorrión y el Pájaro azul se escondían porque la ciudad los aterrorizaba. Un buen día Lupe, el Pájaro azul, se quedó definitivamente en La Chona, tomó su propio vuelo y formó su propio destino, su nido en las llanuras de Aramberri donde sigue viviendo hasta la fecha.

Con el tiempo vinieron los éxitos y la consolidación del empeño de don Jesús. El Palomo y el Gorrión serían el descubrimiento disputable entre otras figuras legendarias de la música: don Chucho Rincón, don Rómulo Lozano Morales y su concurso de aficionados; y don Basilio Villarreal. Con este último habría de grabarse el primer disco que fue un éxito total desde la primera hasta la última canción: Ingratos ojos míos; Solito mejor solito; Ya no quiero limosna; Elpidio Paso; La Elisa; El pájaro prieto; En toda la chapa; Amargo licor; Mi rancherita y Dimas de León.

Así empezaría la historia de otro de los íconos de nuestra música regional norteña cuando corrían los primeros años de la década de los sesentas.

Como verán, estas cuantas líneas apenas esbozan una larga trayectoria de El Palomo y el Gorrión. La biografía está inconclusa. La oportunidad que me dio Miguel de escribir su voz narrativa hace algunos años es apenas una parte del caudal histórico de la música de los hermanos Luna Franco.

Ahora estamos en el homenaje a Miguel, rememorando su afecto y aprovecho la oportunidad de dirigirme a ustedes para reiterar una propuesta que ya he hecho antes en otros medios:

La urbanidad y el urbanismo de esta ciudad no puede pasar por alto el reconocimiento a los valores de la cultura que le dieron origen y le dan sustento histórico. La música regional norteña es la identidad, el alma que mueve los engranes de la productividad que caracteriza a este pujante estado y no nos podemos permitir el lujo de presumir un racismo estético etiquetando esta expresión musical como de fara-fara o música de cantina, espacio tan noble generado precisamente por la empresa más importante de Monterrey. Mi propuesta va en el sentido de que se haga un corredor público donde se reconozca a los grandes intérpretes y compositores de la música norteña. Y aprovecho para invitar a nuestro amigo Jorge Cuéllar, al mismo Maico, a Víctor Zúñiga y a los amigos de

Miguel para que unamos esfuerzos cooperando y gestionando la elaboración de un busto en bronce que sería el mínimo reconocimiento que sus amigos pudiéramos hacer en honor a la amistad de El Gorrión.

Al Gorrión ya no lo veremos más. Su figura en el rancho de Dulces Nombres será una ilusión deseada por los que tuvimos la fortuna de su amistad. Su risa en el Portón, donde acostumbraba tomarse el café por las mañanas con los amigos está guardada en el eco mismo de sus paredes. El vértigo de sus recuerdos nos rondará en los momentos de la añoranza, de las páginas vividas. Palomo sin Miguel será un lamento a la nostalgia, a la orfandad de la sangre.

Miguel nos deja un recuerdo y su presencia en cada disco grabado. Nena, Miguel, Beto y Edwin han heredado la esencia musical de su padre y al escucharles la nostalgia del amigo se asoma.

Pero no quiero despedirme antes de disfrutar el canto de Palomo y los hijos de Miguel en este homenaje póstumo, sin mencionar el nombre del más significativo de los pilares en la vida de Miguel Luna: NORMA ARIZPE, su esposa, su compañera cuya fortaleza y amor acompañó hasta el momento final con la entereza que solo las mujeres nortañas poseen. Su espíritu solidario y la nobleza de su carácter son prueba y testimonio de la lealtad al compañero de su vida que fue don Miguel Luna Franco "El Gorrión". Muchas Gracias.

Guillermo Berrones

Texto leído en el homenaje póstumo organizado por la Dirección de Cultura del municipio de Monterrey. Agosto de 2010





LOCUCIONES

A pie: Caminando.

A puro pulmón: Sin micrófonos de por medio.

Abusado: Aguzado, perspicaz.

Agasajar: Acariciar.

Aliviané: Mejoré.

ANDA: Asociación Nacional de Actores.

Artistas grandes: Consolidados.

Aunque nunca quiso jalar: Aunque nunca aceptó trabajar.

Aventarnos: Atrevernos.

Beis: Bajo eléctrico.

Bien sobres: Insistente.

Bien tendido: Insistente. Firme.

Boleaba: Limpiaba zapatos.

Chance: Oportunidad.

Chingazo: Golpe contundente. Contundente, impactante.

Compraban su mandado: Compraban su despensa.

Cuando se pelaron los cuetes: Cuando desenfundaron sus armas.

Curarse: Burlarse.

De pata de perro: De vago.

Echar los perros: Enamorar, seducir.

Esculcan: Registran.

El primer brinquito: El primer acto sexual. Iniciación.

El tapanco: Piso elevado bajo el tejado donde se colocan objetos en desuso.

Empezaba a pegar: Empezaba a impactar en el público.

Es que es muy huevudito: Muy macho, muy atrevido.

Estar muy buena: Refiere a una mujer bella y atractiva.

Fatigas: Trabajo obligado de beneficio colectivo sin remuneración.

Fatigas: Tareas comunales.

Fuera de la olla: Desorientado, sin acierto alguno.
Gentes: Gente, personas.
Guaripa: Sombrero.
Güerquillo: Niño.
Había que chingarse: Había que batallar. Empresa difícil.
Hacerme la valona: Hacerme el favor.
Hacía la valona: Hacía el favor.
Hasta del otro lado: Hasta de Estados Unidos de Norteamérica.
Huevudito: Terco, empecinado, valiente.
La grupera: Arreo para sostener la grupa de los equinos.
La hermandad: Grupo religioso distinto al catolicismo.
La oportunidad de pasar a lo otro: La oportunidad de intimar.
La perrada: Gente ruin.
La podíamos hacer: Lo podíamos lograr.
La sufrimos de a madre: Padecimos.
La traía al mal traer: Lo traía doblegado, dominado.
Le cargaban la mano: Abusaban.
Los meros, meros: Los más sobresalientes.
Mal traer: Maltratar.
Me checaron: Me revisaron.
Me empezó a pelar: Me empezó a hacer caso. Aceptación.
Méndiga ilusión: Pobre (lastimera) posibilidad.
Méndigos: Mendigos, pícaros y abusivos.
Meter al bote: Encarcelar.
Meternos al bote: Encarcelarnos.
Muy abusado: Muy listo. Inteligente. Aguzado.
Muy crecido: Muy soberbio.
Muy derecha: Muy virtuosa.
Muy méndigos: Muy pícaros.
Nos la curábamos: Nos burlábamos.
Nos pelaba el cuete: Nos mostraba el arma.
Otro lado: Estados Unidos de Norteamérica. Al otro lado de la frontera norte de México.

Pa' pronto: De inmediato.
Peda: Borrachera, embriaguez.
Pegar fuerte: Sobresalir, tener éxito.
Peicer (sic): No se encontró definición.
Piscar: Cosechar.
Pleito casado: Viejas rencillas personales.
Ponían peros: Ponían obstáculos.
Por en case la fregada: Muy lejos. Lugar distante e impreciso.
Por fin marchó: Por fin murió.
Por qué no sales y le atorras: Por qué no sales y lo enfrentas.
Profesor Jirafales: Personaje del programa de televisión: El Chavo del 8. Actor: Rubén Aguirre.
Pues dicho y hecho: Pues de inmediato.
Que se los echan: Que los matan. Los asesinaron.
Rapa: Corte de pelo a ras.
Romper la madre: Golpear.
Santo remedio: Solucionar.
Se hizo del baño: Defecó.
Se la amarró: La conquistó.
Se lo metió: Lo asesinó, lo mató.
Talachero: Trabajador en una diversidad de oficios.
Tejabán: Casa de madera.
Tenamastes: Piedras que se colocan en rededor del fuego de la chimenea.
Tocar, tocarle: Hacer una presentación pública de su música.
Toman un cocodrilo: Toman un taxi. Así se les llamó porque estaban pintados de verde y con un par de franjas laterales en fondo blanco y triángulos negros.
Tronadero: Crujir.
Un poco tocado: Un poco loco.
Un varillero: Un vendedor de varios productos que recorría las comunidades rurales.
Una guajaca (sic): Canasto de mimbre o palma.
Varillero: Vendedor ambulante de productos varios.
Y pa' pronto: De inmediato.



EXITOS Y COMPOSICIONES DE MIGUEL LUNA EL GORRIÓN

CORRIDO DE SAN PABLO DE LOS RUEDA

Señores, voy a cantarles
lo que pasó en un ejido:
matan a dos campesinos
y a otros los dejan heridos,
nomás porque se le puso
a un Comandante asesino.

Las jugadas empezaron
queriendo caer la tarde,
en San Pablo de los Rueda,
a un lado de Sandia (sic) el Grande,
donde lloran unos niños
porque les matan su padre.

Había juego de pelota,
también peleas de gallos;
la gente llegó en camiones,
otros a pie y a caballo
pa' celebrar una fiesta
que se festeja cada año.

Llegaron los judiciales
a las peleas de gallos;
armados y bien drogados
-Esta fiesta la paramos-

golpeando y tumbando gente
también al Comisariado.

Con escopeta y pistola,
un Comandante cobarde,
que en compañía de su gente
llenó la tierra de sangre;
como andaban bien armados
no respetaban a nadie.

Vuela, vuela, palomita
por esos caminos reales;
anda a avisar a los ranchos
que se ha derramado sangre;
mataron a unos pichones
halcones y gavilanes.

LA CHULADA

Usted, señora, ya me trae de un ala
ya no me haga señas, yo no valgo nada
siga su camino, que yo sigo el mío
sufriendo y penando, ése fue mi destino.

No juegue conmigo, yo no valgo nada,
usted tiene todo, yo no valgo nada.
No juegue conmigo, está usted muy linda...
¡es una chulada!

Porque esta vida que llevo
es solitario y bohemio;
no cuento con nada,
nomás mis amigos...
¡y mi fiel guitarra!

Está usted preciosa, elegante, orgullosa;
las flores la adornan, de usted están celosas;

su andar de una diosa, sus ojos, su cuerpo...
su boca se antoja.

No puedo quererla,
es toda una señora
y yo soy bohemio
que sueña despierto...
¡usted es una reina!

RECORDANDO A UN AMIGO

Mataron a un amigo
cómo lo voy a extrañar;
era un amigo tranquilo
que no se sabía rajar;
y lo ha matado un cobarde,
lo mató sin avisar;
era mi mejor amigo,
cómo lo voy a olvidar.

Amigo de Filomeno
porque eran de la región:
el Filo de Zaragoza
y Paco de La Ascensión;
no le temían a la muerte
si se trataba pelear
los matan cobardemente
por miedo, esa es la verdad.

Voy a brindar mis amigos
por un amigo especial
de descendencia valiente
muy respetuoso y cabal;
era mi mejor amigo
cómo lo voy a olvidar.

Y fue un 20 de noviembre
no llegó al ochenta y dos
cuando, Beto, “La chaparra”
en sus brazos lo tomó
con seis balazos de muerte
que un traidor le disparó;
desde el carro le dispara,
luego desapareció.

Su gusto era ir a su pueblo,
ver la gente caminar
y saludar sus amigos
y ponerse a platicar;
mientras tanto el asesino
pensaba cómo atacar;
como le tenía miedo
a traición lo iba a matar.

Por unos malos amigos,
Paco, sepultado está;
le decían al malhechor
que Paco lo iba a matar
por una bronca pendiente
de muchos años atrás;
Paco no era vengativo
era un hombre muy cabal.

Su abuelo fue fundador
del pueblo donde nació
y con orgullo decía:
La Chona es todo mi amor,
donde pasé yo mi infancia
pedazo de Nuevo León.

A MI PADRE

A mi padre yo lo admiro
es humilde y campesino
que me supo comprender;
hizo trabajos forzados
con su pecho destrozado
por mi madre que se fue.

Una tarde él regresaba
con su cara destrozada
por el polvo y el sudor
no encontró a su esposa amada
comprendió que lo engañaban
para él todo terminó.

Nos miraba y sonreía;
nos veía y no lo creía:
en qué le fallé, Señor;
-tenía hogar, era mi vida,
tres hijos que la querían
y todo lo abandonó.

Fueron pasando los años,
mi padre sigue a mi lado:
te doy gracias, mi Señor,
y a mi madre la perdono;
mi padre la ha perdonado,
ya lo que pasó ¡voló!

Padre mío, Dios te bendiga;
a ti te debo la vida,
siempre creíste en Dios;
con los tres tú batallaste,
no te importó el frío ni el hambre,
de tu casa a la labor.

(Hablado)

Gracias Dios nuestro
por permitirme aprender
que la escuela de la vida
que al final de cuentas
es el mejor colegio.
Por darme un padre
humilde y sencillo
sin escogerlo.
Por ser hijo, padre, abuelo.
Gracias por darme tanto
sin merecerlo.

TRES GENERACIONES

Te saludo compañero
te damos la bienvenida
si antes hubo diferencias
hoy con el tiempo se olvidan
y venga esa mano, hermano,
vamos a dar alegría.
¿Te acuerdas cómo empezamos?
Empezamos en mercados,
en camiones y en cantinas;
pero seguimos luchando
y cambiaron nuestras vidas;
nunca olvidamos al campo,
a Juan y a mi abuela Martina.
Jesús Luna ya se fue,
un diamante sin pulir;
con él abrimos caminos
que otros habrían de seguir

más de tres generaciones
no nos dejarán mentir.
Fueron varios presidentes
que nuestra voz escucharon;
y también los campesinos
con nosotros han cantado,
olvidando su pobreza,
nuestra música han bailado.
Esos eventos masivos
nosotros los empezamos
y nunca una competencia
a nosotros nos ganaron;
si alguien tiene alguna duda
aquí estamos pa' probarlo.
El que nace con talento
no se le puede opacar
el sol sale para todos
si sabemos trabajar
un saludo pa' los grandes
de Sonora y Culiacán.

SOMBRERO DE LADO

Voy a cantar un corrido
de un hombre que es buen amigo;
de merito Culiacán,
en El Álamo nacido;
valiente y enamorado,
por ser un gallo muy fino.
Usa sombrero de lado,
recargado hacia adelante;
y trae un fiel compañero,
que le organiza la gente,

todos con cuernos de chivo,
 para proteger al Jefe.
 Aunque es muy bien parecido,
 no le quita lo valiente ;
 le gusta tener amigos
 y con todos es muy gente,
 por eso yo se los digo:
 es todo un sinaloense.
 Cuando le tocan las bandas
 y los conjuntos norteños,
 pidiéndoles varias veces
 una misma melodía ;
 disfrutando de la buena
 para gozar de la vida.
 Cuenta con grandes amigos,
 aunque unos ya se le han ido;
 otros que andan trabajando
 y otros que están detenidos;
 espero que pronto salgan
 para cantarles corridos.
 Ya con esta me despido
 sin agravio ni rencores;
 hay que cuidar los amigos
 y vienen tiempos mejores:
 Voy a cruzar la frontera,
 voy a buscar a Dolores.

RANCHO LA PALMA

Con acordeón y con banda
 voy a cantarle a un amigo
 por lo que gusten o manden
 él se encuentra detenido

es para el Chapo Guzmán
 y para Martín su amigo.
 En la Perla tapatía
 donde los hechos pasaron
 ráfagas de metralleta
 en el aeropuerto sonaron
 al confundir su automóvil
 al Cardenal lo mataron.
 Iban a tomar avión
 para atender sus negocios
 y tratan de asesinarlo
 y la llevó un religioso;
 a un General ofendido
 a su nombre pone precio.
 El gobierno lo buscaba
 por el cielo mar y tierra
 y después lo detuvieron
 al cruzar una frontera
 y luego luego lo pasan
 para el penal de Almoloya.
 En ese rancho La Palma
 un joven sigue adelante;
 un saludo para Alfredo
 y para toda su gente
 hombres que son decididos
 no le temen a la muerte.
 Adiós rancho de La Palma,
 el tiempo te hizo famoso:
 primero fue Elpidio Pazo
 y hombres que son de negocios:
 los Guzmán y los Beltrán,
 hombres que son talentosos.

CARO QUINTERO

Mandaron un federal,
de los Estados Unidos,
para acabar con la mafia
él era el mero escogido
pues no agarraba dinero
ni quería tener amigos
con medallas por valiente
él venía bien decidido.

Era un hombre de experiencia
y con bastante colmillo
le dio golpes a la mafia
en los países vecinos
y siempre bien apoyado
por los Estados Unidos
pero un joven mexicano
lo quitó de su camino.

El federal Camarena
vino a perder en Jalisco;
o secuestran y lo matan,
los narcos fueron más listos,
compraron la federal
desde Tijuana a Jalisco.

El Gobierno les ordena:
pongan empeño y esmero,
búsquenme por todas partes
a un tal Caro Quintero
es el primer sospechoso
pues eso dicen los güeros
ahora caiga quien caiga
somos nosotros o ellos.

Por las colonias y ranchos
sonaban las metralletas;
al matar a un federal
habían prendido la mecha
Caro vuela a Costa Rica
con una joven hermosa
después por ella lo agarran
después pescan a Fonseca.

Los culpables son, señores,
la amapola y otras hierbas
que unos estén en la cárcel
y otros estén bajo tierra
si ellos ya no la compraran
tampoco el pobre la siembra.





1 / 2
3 / 4



5
6



Página 179. Jorge Corona, Cirilo Luna Franco (Palomo) y Miguel Luna (Gorrión). **1.** Los primeros años de éxito. El Gorrión con acordeón. Con la actriz Norma Herrera. **2.** Carmelita González y Genaro Moreno conducían el programa infantil de TV Deliciosos Toficos, donde el Palomo y el Gorrión se iniciaron. **3.** El Gorrión con su esposa Norma Arizpe en Washington D. C. **4.** El Gorrión y su esposa. **5.** En Coyoacán. **6.** Catarino Leos, intérprete de los Rancheritos del Topo Chico. Norma Arizpe, esposa de El Gorrión.



1
2
3



4 / 5
6



1. Con el conductor Ricardo Rocha en el cumpleaños de Elba Esther Gordillo, 1995. 2. Con el investigador de la Universidad de Nuevo México Las Cruces, Enrique Lamadrid. 3. Festival de las Culturas. Museo Smithsonian, Washington, D. C. 4. Cirilo Luna, El Palomo, con Celso Garza Guajardo. 5. Con Meynardo Vázquez y Carlos Gómez. 6. Con Julián Garza y Víctor Zúñiga.



1 al 4. En el Pilo's Bar, grabando presentación para el programa "Todo el mundo es música" de Televisión Española. Año 2006.

3
4

1
2





1
2



3
4



1. El Palomo y El Gorrión. 2. En Radio UANL con el conductor del programa Retratos de Nuevo León, Napoleón Nevárez Pequeño. 3. En el Foro Internacional de la Cultura, 2007. 4. Homenaje a Catarino Leos en el Café Nuevo Brasil.



1
2



3
4



1. Los años llegaron y siguieron cantando igual. 2. Filmando en Michoacán. 3. El Gorrión y su hijo Roberto. 4. Haciendo dueto con Eliseo Robles.



1
2



3
4



1. Los hermanos Luna Franco montando a caballo en su rancho de Pesquería. 2. En el rancho. 3. Siempre disfrutó la vida del campo. 4. Los caballos fueron su pasión.

1 al 6. Portadas de disco.



1 / 2
3

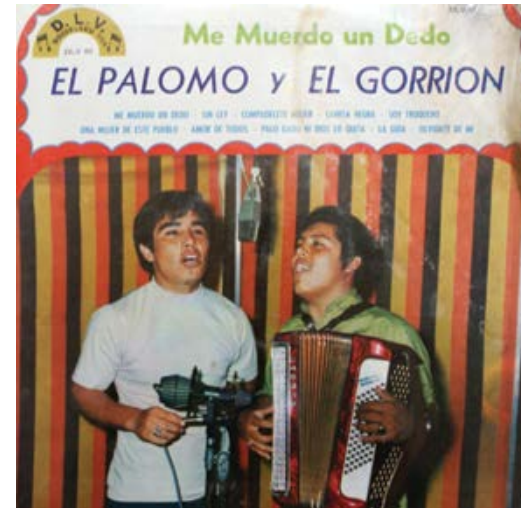


4 / 5
6





1
2



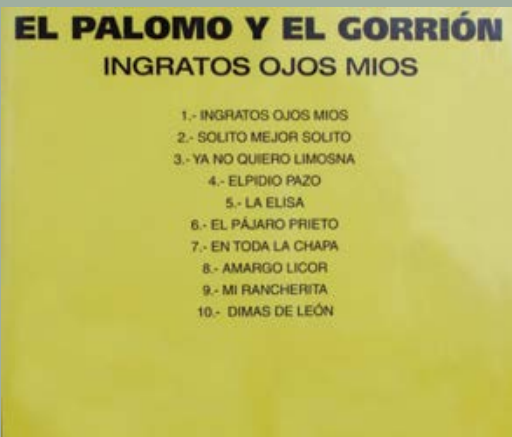
3
4



1 al 4. Portadas de disco.



1
2



1 y 2. Portadas de disco.









Ingratos ojos míos; Miguel Luna y la historia de El Palomo y el Gorrión de Guillermo Berrones, se terminó de imprimir en febrero de 2013. El tiraje, de 1.000 ejemplares más sobrantes para reposición, se realizó en Serna Impresos. Para los interiores se utilizó papel ????????????? de ??? gramos y papel Couché de 300 gramos para forros. En su formación se utilizaron las fuentes: Palatino, Grover Heavy, Din Next y Política XT. Diseño y composición tipográfica de Futuro F. Moncada.





INGRATOS /
OJOS MIOS /
NO ME DEJAN
EN PAZ / CADA
VEZ QUE TE
MIRO / TE
QUIERO MAS
Y MAS /